

 HARLEQUIN™

The Harlequin logo, featuring a stylized diamond shape with a small figure inside, followed by the word "HARLEQUIN" in a bold, sans-serif font with a trademark symbol.

INTENSE



A black and white photograph of a man and a woman in a close embrace. The man is on the right, leaning towards the woman on the left. His hand is resting on her shoulder. The lighting is dramatic, highlighting their profiles and the texture of their clothing.

HAZME
ARDER

CLARE CONNELLY

INTENSE

HAZME
ARDER
CLARE CONNELLY



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Clare Connelly

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Hazme arder, n.º 6 - diciembre 2018

Título original: Burn Me Once

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-948-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

*¿En qué distantes abismos, en qué cielos
Ardió el fuego de tus ojos?
¿En qué alas osó elevarse?
¿Y en qué manos osó tomar ese fuego?*

William Blake

Tenía que estar vacilándome.

Miré la pantalla otra vez y comprobé que el *tuit* existía, que estaba allí, que ciento catorce caracteres me llegaban a través del tiempo y el espacio y eran como un mazazo en la cabeza.

Voy a casarme @The RealTomBanks lo pidió y evidentemente he aceptado! Imposible más feliz! #muyenamorada #sueñoshechosrealidad #felizparasiempre

Rodeé el teléfono con los dedos y con la tentación de tirar el maldito cacharro a la calle. Si no fui tan irreflexivo, fue porque tenía mucha información personal almacenada ahí. La prensa se frotaría las manos si encontraban mi teléfono tirado en una alcantarilla.

¿Cómo era posible que siguiera jodiéndome tres meses después de que nos «tomáramos un descanso»?

Aunque también era verdad que era muy típico de Sienna. Sienna, quien me arrebató seis años de mi vida. Sienna, a quien creía que amaba. Sienna, quien

estaba prometida a otro hombre.

Recuerdos fragmentados de los últimos meses me alcanzaron por todos lados; recuerdos como astillas de espejos acristalados, como esquirlas en la cabeza que me atormentaban de todas las maneras posibles, que se me clavaban en un éxtasis placentero.

Era una pesadilla, pero, aun así, era mi vida.

La pesadilla había terminado y no sabía si me acordaba de cómo se vivía.

Necesitaba una copa y necesitaba sacar a Sienna de mi cabeza de una vez para siempre, y se me ocurría una buena manera de matar dos pájaros de un tiro.

El bar no era de mi estilo. Era anticuado, pero auténtico, lo cual, quería decir que no habían cambiado la decoración desde principios de los noventa. Apoyé los codos en un rincón de la barra, con el hule desprendido, y bajé la cabeza para no llamar la atención de nadie.

#felizparasiempre, que te den.

Pedí una cerveza y casi no le di importancia a que el tipo pusiera un gesto de haberme reconocido. Estaba acostumbrado a que me reconocieran, como lo estaba Sienna, y eso hacía que me costara más creerme que hubiese podido mantener esa relación en secreto. No solo de mí, sino de todo el mundo.

Fruncí el ceño y apreté los dientes. No, no era verdad que la hubiese mantenido en secreto. Me había contado una docena de veces que eran amigos, nada más que amigos, y yo me lo había tragado.

¿Estaba folládoselo mientras también follaba conmigo? ¿Por eso rompió? Me dijo que necesitaba espacio para aclararse y también me lo tragué. ¿Espacio?

¿Después de seis años ni siquiera tenía la puta vergüenza de decirme que estaba con otro?

Me daban náuseas.

No me iba especialmente la vida del rockero, pero esa noche quería echarme a perder, quería mamarme, quería acabar como una cuba.

Necesitaba olvidarme de Sienna como fuese.

Capítulo 1

—¡Venga! Es la ocasión perfecta para que te olvides de Jeremy.

Miré a Eliza con impaciencia, pero no pude evitar el arrebatado de vergüenza que me entraba cada vez que oía su nombre.

—Lo he olvidado.

—Si eso fuese verdad, ¿no te habrías pasado ocho meses dándole vueltas!

—No le doy vueltas —repliqué yo mirando a Cassie con un gesto suplicante.

—Entiendo que creas que voy a respaldarte, pero Ally, en serio, tienes que volver a ser la de siempre.

El estómago me dio un vuelco y desvié la mirada hacia el hombre de la barra. Era Ethan Ash, la estrella de rock, y en persona estaba más bueno de lo que podía haberme imaginado.

—Ni hablar —sacudí la cabeza—. No pienso hablar con él.

—¿Por qué?

Cassie miró por encima del hombro y estaba sonrojada cuando volvió a mirarnos.

—Porque no —las miré con esa mirada que ellas saben que significa que es mejor no discutir conmigo—. Ahora, ¿no podríamos hablar de otra cosa?

Di un sorbo, crucé las piernas en dirección contraria y dejé de mirar hacia la barra.

—¿Alguna novedad?

Escuché sus respuestas y respiré aliviada cuando abandonaron, por el momento, el asunto de ese dios del rock que estaba para chuparse los dedos.

—Las copas están vacías. Te toca a ti, Ally.

Parpadeé, fruncí el ceño y miré a Eliza, quien estaba acercándose su

copa.

—¿No hay servicio de mesas?

—No, no los viernes.

—¿Podrías recordarme por qué hemos elegido este sitio otra vez? —les pregunté con una mueca fastidioso.

Cassie señaló el letrero que teníamos encima y supe lo que decía si leerlo siquiera: *¡Happy Hour_9.9!*

Como era la única de las tres que podía pagarse las copas al precio que fuera en un bar aceptable y con camareros, reprimí las ganas de quejarme. Además, a Ethan Ash no le parecía mal ese sitio, lo cual hizo que me preguntara qué hacía allí. Estaba solo y lo estaba desde que yo llegué allí, desde hacía una hora. ¿Estaba esperando a alguien? ¿Le habían dado plantón? Eso no tenía sentido, ¿quién iba a darle plantón?

Me dirigí hacia la barra con esa seguridad en mí misma que me daba haberme metido dos cócteles. Sin embargo, era inmune a los hombres altos, guapos y morenos, Jeremy me había quitado ese hábito para siempre. Pasé de largo, muy de largo, como a kilómetros de distancia, y apoyé los codos en la barra tan lejos de él que casi entré en la cocina.

Tuve que esperar varios minutos a pesar de que había unas siete personas sirviendo detrás de la barra. Seguramente, tomárselo con calma estaba bien y no dije nada. Saqué el móvil, ojeé Instagram y comprobé los correos electrónicos tarareando sin darme cuenta la canción que estaba oyendo. Entonces, cuando empecé a oír la canción con una calidad envolvente y perfecta, levanté la cabeza y comprobé que lo tenía al lado.

A él.

El del pelo castaño tupido y unos ojos verdes como el mar, el de la piel bronceada y mogollón de abdominales, el de los vaqueros rasgados y la camisa gris y ancha... el del más exclusivo de los desaliños. Además, olía de maravilla. Las entrañas se me encogieron por todo lo anterior y las rodillas me flaquearon como si conspiraran para acercarme más a él. Mi cara, sin embargo, seguía cumpliendo órdenes y, afortunadamente, no se inmutó.

Él esbozó una sonrisa mientras seguía cantando melodiosamente, sí, melodiosamente, una canción pop... y yo quería que siguiera fuera como fuese.

—¿Qué tal...?

Me reí levemente porque no era, ni mucho menos, lo que me había esperado que me dijera el de la barba incipiente.

—¿Qué tal qué?

Su sonrisa te desarmaba y él, evidentemente, lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Su acento era más ronco en la vida real, británico, más de las Midlands que de Eton, y sexy hasta decir basta.

—La vida, el universo y el sitio que ocupas en el universo...

—Ah. Me parece una conversación más apropiada para una tertulia con Neil de Grasse Tyson.

—¿Quieres que lo llame a ver si tiene un rato libre?

—Claro —puse los ojos en blanco—. ¿Lo tienes en marcación rápida?

Él sacó el móvil del bolsillo. Creo que era un iPhone, pero como de oro puro. Pareció abochornarse cuando me vio que lo miraba y se justificó.

—Es que me los regalan.

En ese momento, gracias a Dios, un camarero apareció al otro lado de la barra.

—¿Qué va a querer?

—Un *gimlet* con vodka, un gintonic y un *prosecco*.

El camarero hizo un gesto con la cabeza, se retiró y siguió cantando donde lo había dejado el de la voz aterciopelada mientras mezclaba los combinados.

—Mira.

Ethan reclamó mi atención otra vez y me enseñó su teléfono para que viera al astrofísico más famoso del mundo mirándome desde la pantalla.

—¿De verdad lo conoces?

—Claro. El año pasado hicimos un acto benéfico juntos. Es simpático.

Arqueé una ceja. ¿De verdad estaba en un bar del SoHo charlando con una superestrella del rock sobre un científico famoso en todo el mundo?

—Estoy impresionada.

—Yo también. Creo que eres la primera chica que conozco en un bar y se declara una friki científica.

—¿Estás diciendo que conocer a uno de los astrofísicos más famosos de nuestro tiempo me convierte en una friki? Yo diría que es cultura general.

—No según mi experiencia —replicó él encogiéndose de hombros.

—Ah... También es posible que tu experiencia sea... limitada.

El camarero volvió con nuestras bebidas, pero Ethan Sexy A Más No Poder Ash dejó su tarjeta de crédito encima de la barra antes de que yo pudiera dejar la mía.

—Es posible...

Me miró a los ojos y el estómago me dio un vuelco como si hubiese pasado a toda velocidad por lo alto de una cuesta y estuviese en caída libre.

—¡No utilice esa tarjeta! —le grité al camarero con la voz destemplada—. Es mi ronda.

—Puedes pagar la próxima ronda.

La voz de Ethan no admitía discusión y el camarero pasó su tarjeta por la máquina.

—¿La próxima ronda? —yo arqueé una ceja—. ¿Qué quieres decir?

Él se inclinó hacia mí. Su olor era increíble, como sal, arena y sol mezclados y enrollados.

—Quiero decir que estas copas las pago yo.

Se apartó lo suficiente como para sonreírme mientras me miraba a los ojos, verde contra azul, y yo perdí la batalla que estábamos librando, fuera la que fuese. Entonces, levantó los dedos y los apoyó suavemente en el dorso de mi mano. Fue un segundo, pero fue suficiente. El calor me subió por el brazo, me puso la carne de gallina y me endureció los pezones. Él lo captó y me puse roja como un semáforo.

—Me ha encantado conocerte...

No terminó la frase, pero yo estaba pasmada por esa reacción tan rara e inesperada de mi cuerpo.

—A mí también...

No le di mi nombre, los problemas empezaban con los nombres.

Había olvidado a Jeremy... pero si volvía a verlo alguna vez, era muy probable que yo acabara entre rejas para toda la vida.

Sin embargo, no me libraría nunca del espectro de lo que fuimos, de lo que hizo de mí. No recordaba haberme mirado al espejo sin verla, sin haber visto a esa mujer, a la mujer que hizo de mí, a la mujer que llegué a aborrecer. Dominé un estremecimiento. Ya no era ella, pero había tardado ocho largos meses en volver a ser la que era y tenía que olvidarme de los nombres para olvidarme de eso.

Nada de nombres.

Tomé las tres copas y le sonreí por última vez sin mirarlo a los ojos antes de volver a mi mesa.

Eliza y Cassie me miraban fijamente, la primera con una sonrisa elocuente y la segunda con la boca abierta.

—¿Has hablado con él? —chilló Cassie sin disimular la incredulidad.

—Él ha hablado conmigo —contesté yo mientras dejaba las copas y miraba con remordimiento hacia la barra.

Él ya estaba hablando con otra persona, con un hombre. ¿Era la persona que había estado esperando? Se me cayó el alma a los pies. ¿Significaba eso que se marcharía enseguida?

—Está muy bueno —afirmó Eliza—. ¿Puede saberse qué haces sentada con nosotras?

Cambié de conversación para volver a hablar de la situación laboral de Cassie y sin hacer caso de las miradas de Eliza y de las pataditas que me daba por debajo de la mesa. Sin embargo, bebí deprisa. ¿Fue porque quería volver a la barra o porque necesitaba refrescar mi sangre en ebullición?

Aun así, no daba resultado. Mi cuerpo vibraba con un anhelo sensual que no había sentido desde hacía mucho tiempo. Empezaba a sentir cierta calidez entre las piernas y estaba muy tentada de hacer una estupidez muy grande, algo que no había hecho desde hacía mucho tiempo.

Mis ojos lo miraron por iniciativa propia y, desde luego, sin mi permiso. Estaba apoyado en la barra con una despreocupación sublime y seguía charlando con el mismo hombre, pero tenía los ojos clavados en los míos... y no lo disimuló cuando lo miré.

Un cosquilleo me recorrió la espina dorsal.

Me faltaba muy poco para ceder a la tentación y eso estaría muy mal. Bueno, estaría muy bien en algunos sentidos, pero... No. Estaría mal, rotundamente mal.

—Muy bien, señoras —murmuré apartando mi copa y levantándome de golpe—. Me voy a casa.

—¿Qué? —preguntó Eliza haciendo una mueca—. ¿Sola? ¿Ya? ¡Es muy pronto!

—Lo sé —contesté encogiéndome de hombros—, pero si no me voy, creo

que acabaré lamentándolo.

Les guiñé un ojo para que entendieran lo que quería decir y les mandé un beso con la mano. Las piernas me temblaron un poco mientras me alejaba, y el bar estaba llenándose a pesar de que ya había pasado la hora de las copas gratis. Parecía como si mi cuerpo se rebelase en silencio contra la decisión que había tomado e intentara conseguir que cambiara de opinión, algo que no hice.

Cuando salí del bar con aire acondicionado, la humedad de la noche me envolvió como una oleada de calidez, aunque no era nada en comparación con la temperatura de mi sangre. Levanté una mano para llamar a un taxi, pero pasó de largo.

—¡Maldito ca...!

Empecé a caminar por la acera mirando en todas direcciones.

—¡Eh!

Aunque no nos habíamos dirigido más de diez frases, tenía su voz grabada en la cabeza y la había reconocido antes de darme la vuelta.

—¿Qué...? —pregunté con el corazón saliéndoseme del pecho.

—¿Ya te marchas?

Se me formaba una arruga entre de las cejas cuando las fruncía y la noté en ese momento.

—Bueno, ya me he marchado...

—Es verdad. ¿Adónde vas?

—A casa —contesté con firmeza, aunque el cuerpo me vibró por todo lo que podía insinuar eso—. Sola.

Él se rio por esa forma de pararle los pies.

—¿No te apetece la última copa?

La última copa con Ethan Tus Sueños Se Hacen Realidad Ash y después ¿qué? Ya estaba casi dispuesta a rogarle que me acompañase a casa... y me daba la sensación de que sería increíble en la cama. Una cosa era un buen amante, pero no se podía disimular la buena sintonía y, en ese momento, estaba a punto de tener un orgasmo in situ por la buena sintonía que había entre ellos.

¿Acaso no era lo que quería? ¿No era lo que me merecía?

No había habido nadie desde Jeremy y anhelaba lo que creía que Ethan Ash podía hacer conmigo. Sin embargo, después ¿qué? ¿Estaba preparada?

¿Cómo se sabía cuándo lo estaba?

Sacudí lentamente la cabeza y sin mirarlo a los ojos.

—Creo que sería una mala idea.

Las palabras me salieron espesas, como recubiertas de miel.

—Vamos, arriésgate.

Su guiño fue el colmo de las tentaciones.

—¿Eres un riesgo? —le pregunté.

—Creo que podría serlo contigo.

Había coches y personas que se movían deprisa alrededor de nosotros, pero, aun así, estábamos aislados y el aire que nos rodeaba vibraba por la excitación y el deseo.

Me estremecí, pero no fue por el peligro sino por lo que se avecinaba.

—¿No es eso un buen motivo para que me mantenga alejada de ti?

Mi cerebro hizo un esfuerzo digno de elogio para intentar mantener firme mi decisión.

—Depende.

Él se acercó un milímetro, inhalé su olor viril y la sangre me lo repartió por todo el cuerpo.

—¿De qué?

Él volvió a hacerlo. Me rozó fugazmente el dorso de la mano, pero tuve tiempo de percibir el contacto y de complacerme con la sensación de deseo que se adueñó de mí.

—De que te guste arriesgarte.

—En general, no —contesté apresuradamente y con una sonrisa tensa en los labios.

—Me sorprende.

—¿Por qué? No sabes nada de mí.

Él apartó la mano y me dejó una sensación de vacío.

—¿De verdad?

—¿Cómo ibas a saberlo? Acabamos de conocernos.

—Mmm...

Ese sonido gutural hizo que la lava corriera por mis venas.

—Tienes el pelo más bonito que he visto en mi vida.

Menuda novedad. ¿Por qué los hombres se sentían obligados a alabarme el

pelo? Era mucho más que bonito y hacía mucho tiempo que no me sentía cohibida por esa melena tupida de color herrumbre que fue una maldición en el colegio, cuando todos los días se reían de mi piel blanca, de mi nariz pecosa y de mi pelo rojo como un coche de bomberos.

Efectivamente, no era ninguna novedad, pero jamás se me habían encogido las tripas de esa manera, jamás me lo había creído.

Gracias al empeño de Christina Hendricks, cuando estaba empezando la universidad, me reconcilié un poco con mi piel de color melocotón con nata, con mi figura voluptuosa y con mi pelo oxidado, pero seguía sin tragarme esas frases para ligar, que los tíos me dijeran que les encantaban mis curvas y mis hoyuelos.

¡Era muy fácil no hacer caso a los halagos! Sin embargo, sus ojos, su cara y su voz tenían algo que hacían imposible que los desdeñara en ese momento.

—Sé que tus ojos me dicen todo lo que estás sintiendo y que tu piel es como una perla de agua salada.

Mi risa fue un sonido ronco en medio de ese ambiente de anhelo vertiginoso.

—Qué cursilada...

No, no lo era. Él podía decirlo y quizá fuese porque había escrito y cantado algunas de las canciones de amor más famosas de todos los tiempos. Él, y solo él, podía conseguir que pareciera como si fuese la primera vez que se decía eso.

Él también se rio y sonreí, aunque quería dejarme llevar por su coqueteo y hacer lo que me pedía, arriesgarme.

—¿Aunque sea verdad?

Contuve la respiración y miré hacia otro lado, hacia una mujer que nos miraba con curiosidad y un móvil en la mano. Era raro que me hubiese olvidado tan deprisa de que Ethan Ash era famoso. Me sonrojé, él miró hacia donde estaba mirando yo y lo entendió enseguida. Me puso la mano en la parte baja de la espalda y me llevó calle abajo.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

Miré por encima del hombro. La mujer seguía con el móvil en la mano. ¡Fisgona! Supongo que era algo que estaba a la orden del día para él, pero yo

no podía imaginarme que me miraran y me observaran todo el rato, que la gente creyera que tenía derecho a fisgar en mi vida, a husmear en ella cuando les apetecía.

—¿Quieres vivir algunas emociones fuertes?

—Yo...

Me tambaleé un poco al mirarlo a los ojos y estuve a punto de perder el equilibrio.

—Yo no estoy segura —terminé la frase mientras miraba hacia otro lado.

—¿Qué te parece que empecemos con tu nombre y que te lo pienses mientras tomas una copa tranquilamente?

—Yo...

Me había quedado sin palabras y era algo que no me había pasado en toda mi vida. Tuve que sonreír al caer en la cuenta.

—Creo que estaría bien —conseguí decir.

Su sonrisa iluminó y calentó hasta el rincón más remoto de mi cuerpo.

—Entonces, vamos.

Capítulo 2

Acabamos en un bar increíblemente exclusivo, con tanto boato que hasta la reina de Inglaterra podría sentirse envidiosa. En aquel bar normal y corriente, con luces de neón y canciones machaconas, la fama de Ethan Ash podía llegar a pasar más o menos inadvertida. No quería decir que no fuese distinto y especial, pero esas eran virtudes al margen de su fama.

Allí, el respeto quedaba claro, su fama era evidente y se resaltaba, lo trataban como a un dios y parte de ese tratamiento recaía sobre mí, su indiscutible acompañante.

Efectivamente, era indiscutible porque no me quitaba la mano de la parte baja de la espalda y no se separaba de mí mientras nos abríamos paso por todo el local. Me gustaba tenerlo cerca, tan cerca que podía olerlo y sentir su calidez, tan cerca que podía permitirme la fantasía de imaginarme lo que sentiría, ¿lo que sentiré?, al acariciar su cuerpo de arriba abajo, al besarlo, al paladearlo...

Contuve un gruñido e incliné la cabeza para disimular el deseo líquido que se adueñaba de mi cuerpo, un deseo inesperado, pero bien recibido. Había creído que no volvería a sentirlo después de Jeremy.

—¿Ahí...?

Él señaló con la cabeza un asiento con respaldo alto en un rincón y todas las células de mi cuerpo se enardecieron... por él, por mí, por lo íntimo que era ese asiento.

Asentí con la cabeza y fui a sentarme por delante de él.

—¿Vienes mucho por aquí?

—No —él sacudió la cabeza—, no es mi estilo.

—Qué interesante. Sí es mi estilo —le guiña un ojo—. Al menos, lo es

más que el sitio donde estábamos antes.

—Ya, se te notaba como a un pulpo en un garaje.

—¿De verdad? —arrugué la nariz—. ¿Por qué dices eso?

Él se encogió de hombros.

—¿Un gintonic?

Tardé un par de segundos en darme cuenta de que estaba haciéndome una pregunta, ¿qué quería beber? Tardé un poco más en darme cuenta de que sabía cuál era mi bebida habitual.

—¿Cómo has...?

—Lo pediste delante de mí.

—También pedí un *prosecco* y un *gimlet* con vodka.

—Pero esos se los diste a tus amigas.

La certeza de que había estado observándome me llenó de satisfacción y me dio la sensación de que se había dado cuenta porque esbozó una sonrisa que indicaba que sentía la misma satisfacción por dentro. El ardor prendía enseguida entre los dos.

—Es verdad —me incliné hacia él con un aire de confidencialidad—. No serás uno de esos admiradores que se obsesionan con otra persona, ¿verdad?

Él dejó escapar una risa que fue como música celestial.

—No hasta la última hora, más o menos.

Más satisfacción. Sus halagos estaban cumpliendo su objetivo y aunque prefería creer que no me impresionaba fácilmente, gracias a Jeremy, sentía que me ablandaba con él.

La curiosidad era tan intensa como el deseo.

—Entonces —me acerqué más todavía a él—, ¿cómo te llamas?

Se quedó perplejo un instante y la sorpresa se reflejó en su rostro antes de que soltara una carcajada.

—¿Qué pasa? —pregunté yo para seguir con la farsa y con los ojos como platos—. ¿Qué te parece tan gracioso?

—Nada —él se aclaró la garganta y se puso serio—. Me llamo... Christopher Smith.

—Encantada de conocerte, Christopher Smith —repliqué yo con una sonrisa.

Me pregunté si a Ethan Ash le atraían las chicas que se sentían atraídas por

su categoría de dios del rock más que por cualquier otra cosa. Me pregunté si eso hacía que fuera escéptico con las mujeres o si hacía que se creyera como un regalo de los dioses. Yo, desde luego, no iba a hacer nada para quitarle esa idea de la cabeza. En realidad, estaba convencida de que si los dioses regalasen a las mujeres un hombre solo para gozar, sería él.

Sin embargo, tenía que dominarme. Estaba muy bueno y tenía la voz de un ángel solista, eso era evidente, pero podía ser un desastre en la cama, ¿no? Fruncí el ceño. ¿No había forma de saberlo solo con verlo? ¿Acaso los tíos que estaban tan buenos no tenían que hacer nada para estarlo y tampoco hacían nada para aprender a ser buenos en la cama? ¿Iba a comprobar esa teoría con Ethan Se Me Mojan Las Bragas Solo Con Verlo Ash?

Me cambié de postura, nuestras rodillas se rozaron por debajo de la mesa y tomé aire. Él se dio cuenta y sonrió con sensualidad.

—¿Estás nerviosa?

No sabía si estaba nerviosa o sorprendida. Esa fuerza inexorable de la naturaleza estaba arrastrándome y me notaba rara, como si hubiese perdido la capacidad de decisión.

—Es posible.

Él levantó una mano sin dejar de mirarme a la cara con detenimiento.

—¿Por mí?

Negué con la cabeza y me mordí el labio inferior. Sus ojos me recorrieron el rostro como si fuese un terreno que tenía que conquistar. Lo veía todo.

Esa confianza y tranquilidad eran tan abrumadoras como desconcertantes. Estaba en un rincón bastante íntimo con una estrella de rock y debería sentirme rara, pero me parecía que todo era normal y que estaba muy bien.

—¿Cómo te llamas tú?

—Ally.

—Ally.

Lo dijo como si paladeara la palabra. Su acento fue más excitante todavía cuando dijo mi nombre. Hizo que la A pareciera un suspiro...

—¿Es el diminutivo de algún nombre?

Asentí con la cabeza.

—¿Voy a tener que adivinarlo?

Sonreí y levanté la mirada cuando se acercó una camarera que tenía una

coleta rubia alrededor de la cabeza como si fuese una corona.

—Buenas noches. Les dejo unas cartas —la camarera dejó dos carpetas oscuras encima de la mesa—. ¿Van a desear algo para beber mientras lo piensan?

Ethan se giró para dirigirse a la camarera. Le pidió una cerveza y un gintonic y añadió unos aros de cebolla. De perfil era fascinante. No me había dado cuenta hasta entonces del pequeño abultamiento de la nariz que seguramente indicaba que se la había roto en algún momento de su vida. ¿Habría sido en un accidente o en una pelea?

Sentí un escalofrío por la espalda al imaginarme esa escena tan sexy de Ethan Ash peleándose a puñetazos con alguien. Sería un buen luchador. Estaba segura de que no era violento, pero también estaba segura de que sabría defenderse. Vaya, ni siquiera sabía que eso me parecía atractivo.

—¿Alexandra...? —preguntó él mientras volvía a darse la vuelta hacia mí.

No lo entendí inmediatamente, hasta que caí en la cuenta de que estaba intentando adivinar mi nombre completo.

—No —contesté yo.

—Mmm... —gruñó él en voz baja.

Yo pedí auxilio a todos los santos porque estaba a punto de pecar. Puso sus dedos en mi rodilla por debajo de la mesa y empezó a moverlos como si tocara la guitarra. Se me entrecortó la respiración.

—¿Vas a sancionarme?

—Naturalmente.

—¿Cómo?

Ladeé la cabeza con un brillo burlón en los ojos, aunque el deseo hacía que me pesaran los párpados.

—Cada vez que te equivoques, te preguntaré lo que quiera —contesté después de un rato de silencio.

—Claro —él arqueó las cejas—. Me parece justo. ¿Qué quieres saber?

Buena pregunta. ¿Qué quería saber?

—¿Qué te parece «todo»?

—«Todo» podría ser un poco largo —él se rio—. Se remonta a hace veintiocho años.

—Empecemos por lo que te ha traído a la Gran Manzana.

—Un concierto, una grabación.

—¿Un álbum?

Él sacudió la cabeza y se acercó hasta que sus palabras me acariciaron con delicadeza la mejilla.

—Esa es otra pregunta.

—¡No vale!

Levanté la mano para empujarle el pecho en broma, pero no pude empujarlo cuando mis dedos tocaron esa calidez pétrea. Dejé la mano ahí, lo miré a los ojos y me sentí arrastrada a toda velocidad, sin posibilidad de salvarme.

—¿Alita...?

Negué con la cabeza e hice un esfuerzo para esbozar una sonrisa que tuvo que abrirse paso entre todo el deseo que me atenazaba las entrañas.

—¿Estás grabando un disco?

—Algo así.

—¿Qué quiere decir eso?

Él se movió un poco y se acercó más a mí.

—Estoy retocando, esbozando...

—¿Esbozando?

—Ya sabes... Repasando material nuevo, retocando trozos...

—¿Haces eso en un estudio de grabación?

—Algunas veces —contestó él encogiéndose de hombros.

Mi mano notó la tensión de sus músculos y, como era de esperar, las entrañas se me encogieron.

—Además, has metido una pregunta extra, que me he dado cuenta.

—Bueno... Soy muy tramposa.

—Un poco tramposa.

Él acercó más la cabeza y el aire me abrasó los pulmones.

—¿Alena...?

Esa vez, cuando negué con la cabeza, la acerqué más todavía. Teníamos los labios casi pegados y yo seguía con la mano en su pecho. Las yemas de los dedos jugaban con la tela de su camisa y su olor era embriagador.

—¿Cuál es tu pregunta?

Tenía la cabeza espesa. Quería besarlo. Quería besarlo hasta tal punto que

ya podía notar, como un espejismo, sus labios sobre los míos.

¿Sería espantoso dando besos?

Le miré los labios para valorar esa posibilidad.

No, no lo sería, estaba segura.

—¿No tienes ninguna? —siguió él provocadoramente.

Un ruido hizo que nos apartáramos. Parpadeé como si estuviera despertándome de un sueño. La camarera había dejado en la mesa las copas y la cesta con aros de cebollas. Me había sorprendido agradablemente que hubiese pedido algo tan normal y corriente. ¿Acaso había esperado que pidiera langosta rellena de caviar?

—¿Qué se siente al ser famoso?

Él puso una expresión de sorpresa. No se lo había esperado.

—Eres la primera persona que me lo pregunta.

Bebió la espuma de su cerveza de una forma tan masculina que las rodillas se me juntaron al sentir un calor muy femenino.

—¿De verdad? —conseguí preguntarlo en un tono normal—. No naciste famoso. Tiene que ser un poco raro.

—Sí, raro —él se encogió de hombros—. Ya no lo noto mucho, pero al principio...

—¿Cuántos años tenías cuando salió tu primer disco?

—No saqué discos al principio. Era conocido en YouTube antes de que me llamara una casa de discos.

—Entonces, llevas mucho tiempo metido en esto...

Él tomó un aro de cebolla y se lo comió.

—Tenía dieciséis años cuando llegué a lo alto de las listas en Reino Unido.

Naturalmente, me quedé impresionada, y más todavía porque lo dijo sin la más mínima arrogancia. Solo era un dato más en el entramado de su historia y lo decía sin darse cuenta de lo extraordinario que era.

—¿Te gusta?

—¿La música?

—La fama —le corregí yo antes de dar un sorbo de mi bebida.

—No, es una mierda.

Me reí, no esperaba esa contestación ni mucho menos.

—¿De verdad?

—De verdad —él sonrió—. Acabas acostumbrándote, pero al principio es como si estuvieras en otro planeta. Nunca me olvidaré de la primera vez que abrí la puerta y me encontré con un mogollón de paparazis. Era una locura. Tuvimos que mudarnos a una comunidad con verjas y cámaras. No consigo entender lo fascinada que está la gente por las minucias de mi vida, o de la vida de cualquiera. Un camarero llegó a vender en eBay los cubiertos que yo había usado para comer.

Hice una mueca porque no podía imaginarme lo agobiante que era eso.

—Pero la música...

Él sonrió y el corazón me dio un vuelco.

—Vivo para la música, siempre lo he hecho.

Entonces, empezó a tararear algo en voz baja y volvió a acercarse a mí con un codo en la mesa de tal manera que me enjauló. Era grande y yo siempre había sido menuda, pero me sentía algo dentro del círculo que había creado con sus brazos, algo que no me había sentido antes, me sentía a salvo.

¿A salvo de qué?

Era una idea ridícula que no venía a cuento. No en vano, lo que estaba pasando entre nosotros, fuera lo que fuese, era, seguramente, la situación más peligrosa en la que me había visto metida. Siempre había llevado las riendas, incluso con los chicos con los que había estado antes de Jeremy.

Desde luego, Ethan Cuándo Va A Besarme De Una Vez Ash no comía en la palma de mi mano... todavía.

Me acuciaba la necesidad de arrebatarle el dominio de la situación. Le agarré de la camisa para acercarlo más todavía y le rocé los labios con los míos para notar la melodía, no para oírla solo. Su voz sabía mejor de lo que sonaba, si eso era posible.

—¿Alison...? —preguntó él sobre mis labios.

Yo negué con la cabeza.

—¿Tienes alguna pregunta?

Me encontré en una encrucijada. El pasado, el presente y el futuro me daban vueltas en la cabeza, como la avidez y el deseo, lo que estaba bien y lo que estaba mal. Sin embargo, había algo que se hacía oír por encima de todo lo demás.

—¿No podríamos irnos?

Cada vez que pensaba si eso era prudente también pensaba en el puñetero tuit. *#muyenamorada*.

Si Sienna había pasado página, ¿por qué no iba a divertirme un rato yo?

Algo me atenazó por dentro y se me presentó el pasado con Sienna. Los años que pasamos juntos; cómo nos abrimos paso en la música... Estuve a punto de morirme cuando rompimos, lo único que me mitigó el dolor fue que me prometió que iba a ser pasajero.

En este momento, estaba prometida a otro tío.

Sentí algo desconocido que espoleó mi decisión.

—Eso, vámonos de aquí.

Acabé la cerveza y me fijé en que ella no había bebido casi. Le señalé la copa con la cabeza, pero ella sacudió la suya.

—Estoy bien...

Estaba mejor que bien. Sentí una ligera punzada de remordimiento hacia Sienna... o hacia Ally... Sabía que no estaba pensando con toda claridad, pero mi intuición me decía que me fuera con ella, ¿o sería mi polla?, e iba a hacerle caso.

—Vámonos.

Le tendí la mano y ella la tomó. Tenía una mano pequeña, pero que encajaba perfectamente con la mía. Me levanté y la levanté detrás de mí. Olía a vainilla y a la luz de la luna.

Alguien le había contado a la prensa dónde estaba y cuando salimos, se dispararon flashes por todos lados. Ally se sorprendió, no estaba acostumbrada a la fama y las intromisiones. La acerqué al pecho con unas ganas instintivas de protegerla. No quería que todo esto le hiciera daño de refilón.

Llamé a un taxi y paró inmediatamente. Le abrí la puerta y ella se metió, dejando un rastro de piel blanca, ojos azules y melena roja. Yo también me metí y me acerqué a ella. Noté que todas y cada una de sus respiraciones aceleradas retumbaban en lo más profundo de mi ser.

Di la dirección de mi hotel al conductor y me volví hacia ella. No sabía

qué iba a decirle, las ideas se me esfumaron de la cabeza en cuanto vi sus ojos como platos y los labios separados.

A la mierda, la deseaba.

La besé como si mi vida dependiera de ello, la besé con una voracidad desatada que nos sorprendió a los dos... Aunque quizá no la sorprendiera tanto, porque me besó exactamente igual.

Capítulo 3

¿Era posible desmayarse de placer? Sabía que, en general, era una reacción del cuerpo ante una sensación dolorosa. Sin embargo, ¿era posible estar tan excitada que el placer pudiera llegar a ser doloroso? Jamás había tenido relaciones sexuales en un taxi, pero eso era lo que iba a hacer si el recorrido duraba un poco más.

Tenía su mano en mi muslo y su lengua enredada con la mía mientras movía los labios y yo me derretía en el cuero del asiento. El deseo era como un volcán en el corazón y la lava me corría por las venas. Subió la mano con seguridad, con firmeza, hasta que llegó al encaje del tanga. Me acarició con las yemas de los dedos y yo gemí en su boca, subí la mano hasta introducirla entre su tupido pelo y el cuerpo se me quedó inerte y vigoroso a la vez.

Entonces, retiró la mano de entre mis piernas y fue como una oleada gélida. Contoneé las caderas con impaciencia y volví a gemir mientras subía la palma de la mano por la delicadeza de mi vestido para alcanzar la curva de un pecho. Me recorrió el cuerpo con la mano como si fuese un objeto y él fuese mi dueño. Su caricia despertó una llamarada en lo más profundo de mi cuerpo y me alteró todas y cada una de las células.

Me reí, resoplé y me incorporé para besarlo con más fuerza y para que su mano me aplastara más el pecho. Tenía las manos alrededor de su cuello y me deleitaba con esa sensación y ese sabor increíbles, mejor que increíbles.

Por fin, el taxi se detuvo y tomé aire... hasta que me di cuenta de que era una señal de STOP.

—No puede ser verdad —soltó él con el ceño fruncido mientras miraba por la ventanilla.

Entonces, él también sentía ese anhelo que bullía en la parte trasera de un

taxi que circulaba por Park Avenue. Era un alivio inexplicable saber que no era la única que estaba metida en eso.

Se dio la vuelta para mirarme y tuve que reírme por su expresión de perplejidad.

—Juro que si esto dura mucho más...

Lo entendí perfectamente. ¿Acaso no había pensado yo lo mismo?

Tragué saliva para intentar humedecer la boca reseca. Seguía con la mano en su pecho y podía notar los latidos acelerados de su corazón. Alargué el cuello y miré alrededor, pero solo pude ver la señal que indicaba que estábamos en la esquina de Park Avenue con la calle Veintidós Este.

—¿Dijiste que íbamos a Gramercy?

—Sí.

—Está a una manzana, vamos andando.

Él arqueó una ceja y noté una calidez por todo el cuerpo cuando se inclinó para llamar con los nudillos en el cristal.

—Nos bajamos aquí.

Dio algo de dinero al conductor, me guiñó un ojo, se bajó y me abrió la puerta de par en par. Puse el pie en la acera y no me dio tiempo de más porque me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él.

Volvió a besarme, con una intensidad y una avidez renovadas, antes de que el taxi se hubiese marchado. Era fuerte y me empujó sin problemas hasta la fachada de arenisca de un edificio. Noté el frío pétreo en la espalda y el calor pétreo de su cuerpo por delante. Me rodeó con sus piernas poderosas mientras se restregaba contra mí. Sus brazos me enjaulaban, ¡era maravilloso estar atrapada por él!

Su boca me sujetaba la cabeza contra la pared y lo devoraba como él me devoraba a mí, y le buscaba la cinturilla de los vaqueros por la espalda. Deslicé los dedos por debajo de su camisa y gruñí al encontrar la recompensa de su piel. Subí lentamente las yemas de los dedos, palpé los salientes de su columna vertebral y volví a bajarlas hasta las caderas, como talladas en piedra.

—Jooderr... —gruñó él en mi boca.

Entonces, arrancó la cabeza de la mía. La arrancó literalmente, era como si todo su cuerpo tuviera que moverse por arenas movedizas para conseguir un

espacio entre los dos.

Quizá fuese porque era una estrella de rock, quizá eso hacía que fuera más sexy que el resto de los mortales, no lo sabía, pero no era normal para mí, ¿lo era para él?

—Tengo que llevarte a mi hotel. ¡Ya!

Asentí con la cabeza, no me molesté en discutir con él siquiera, pero tenía el ceño fruncido, como siempre conmigo. Le pasé un dedo por las cejas.

—¿Qué pasa?

La arruga se hizo más profunda. Tenía un hoyuelo en la mejilla que resultaba deliciosamente seductor cuando fruncía el ceño.

—Nada. Yo...

Sacudió la cabeza, retrocedió un paso y me tomó una mano. Habíamos estado simulando que hacíamos el amor con la ropa puesta, pero algo tan sencillo como entrelazar los dedos tenía algo inexplicablemente íntimo. Su dedo, el mío, su dedo, el mío... se intercalaban y era una manera nueva de follar.

—Vamos.

Asentí con la cabeza porque no estaba segura de que pudiera hablar. Dimos unos pasos y me miró con una sonrisa casi embarazosa.

—Parece como si te hubiesen sobado de arriba abajo.

—¿Sobado? —me reí—. Ya que lo dices, tienes razón.

Me apretó la mano y yo me pasé la otra por el pelo. Un pelo que siempre era difícil de domar, y que en ese momento estaba descontrolado. Lo habían hecho sus dedos y me estremecí solo de saberlo.

—Vaya... —él dejó escapar una risa ronca—. Nunca pensé que fuese a... correr tanto esta noche.

No supe si lo dijo con doble sentido, pero lo vi en mi cabeza haciendo eso, correrse, y me sonrojé, y aceleré el paso sin darme cuenta.

—Ni tú ni yo —reliqué asombrada por mi capacidad para que sonara casi normal.

—¿Qué pensabas haber hecho esta noche?

—Salir de copas con las amigas —me encogí de hombros—. Luego, volver a casa hacia las diez para ver *Poldark* y hacerme la máscara facial.

Él hizo una mueca.

—¿Te parece mal?

—¿*Poldark*? Mi madre también lo ve.

—Mmm... Ella y cualquier mujer con sangre en las venas.

—¿De verdad?

Volvió a apretarme la mano. Me encantaba esa sensación, era como una pequeña descarga eléctrica directamente en el corazón.

—Desde luego. *Poldark* es increíble, está para comértelo. Deberías verlo.

—Claro. Después de esa recomendación, no puedo perdérmelo.

Paramos en un cruce, pero tuvimos que esperar en el semáforo porque había mucho tráfico. La noche era templada, me encantaban esas noches de Nueva York.

—Sí, se acerca el verano.

No me había dado cuenta de que había hablado en voz alta hasta que él contestó. Tiró de mi mano y me pegué a él. Me encantaba sentirlo y olerlo. Noté algo parecido a otro estremecimiento por la espalda, pero preferí no analizarlo. Sin embargo, el problema era que ya no era esa chica. Antes podía salir toda la noche y divertirme sin pararme a pensar en las consecuencias.

¿Cuándo dejé de hacerlo?

Me acordaba de que cuando estaba aprendiendo a conducir y mi padre me decía que los jóvenes siempre se creían que eran invulnerables. Era verdad. Era muy fácil creer que no iba a pasar nada, que nada saldría mal.

Nada me había salido mal, pero la prudencia se me había metido en los huesos con la edad. Tenía veinticinco años y no podía pasar por alto los caminos se abrían ante mí, y me preguntaba adónde llevaría el de esa noche.

¿Qué pasaría después de que nos hubiésemos acostado? ¿Me quedaba a pasar la noche o me escabullía mientras él estaba dormido? Si me quedaba, ¿desayunaríamos juntos?

¿Y luego...?

¿Le daba mi número de teléfono y me quedaba esperando a que Ethan He Ganado Un Millón De Grammys Ash me llamara? Peor aún, ¿le pedía su número de teléfono y lo llamaba sin saber qué decirle y sin saber si quería volver a verme?

—Entonces, Alessandra, ¿qué haces cuando no estás siendo irresistiblemente sexy en bares de mala muerte?

—Ya sabes que Alessandra solo es la versión italiana de Alexandra.

—Vaya, eso es un no. ¿Altona?

Me reí y negué con la cabeza. El semáforo se puso en verde y cruzamos la calle a buen paso, como impulsados por las ganas que teníamos los dos de estar en privado.

—Mis compañeras de piso eligieron el sitio —arrugué la nariz—. Les gusta.

La verdad era que les gustaban los precios, pero mi lealtad me impidió confesarlo. Cassie era actriz en Broadway, pero había pocos papeles y siempre estaba en audiciones y esperando su gran oportunidad. Sin embargo, era una actriz fantástica y yo estaba segura de que llegaría muy alto. Eliza era profesora de enseñanza primaria y trabajaba mucho, pero se gastaba casi todo su sueldo en sus alumnos; material nuevo, trabajos manuales, experimentos científicos... Quizá, si no se empeñara en hacer eso, podría beber en sitios un poco menos insalubres.

—¿No eres de Nueva York?

—¿Por qué lo dices? —le pregunté mirándolo sin disimular la sorpresa. Se detuvo antes de entrar en la calle Veintidós Este.

—Por tu acento.

—¿Puedes distinguirlo?

—¿Tan raro es? —preguntó él con una sonrisa.

Me mordí el labio inferior para no gruñir por lo sexy que era la curva de sus labios. Delante de nosotros, la iluminación retro del hotel Gramercy Park nos indicaba el camino hacia nuestro futuro más inmediato. Había un grupo de personas en la puerta y no acababa de entender qué hacían ahí, hasta que reconocí la forma de una cámara con teleobjetivo.

—Hay paparazi en tu hotel —comenté mirándolo a la cara.

Contrao el músculo de sus mandíbulas, como si estuviese apretando los dientes o pensando algo sombrío.

—Vete por delante.

—¿Dará resultado?

Me miró un rato antes de asentir con la cabeza.

—Sí. Espérame en los ascensores.

No me costó nada pasar de largo. Un paparazi levantó la cámara y me

apuntó a la cara, pero volvió a bajarla en cuanto me vio por el objetivo.

Me alegré de no ser nadie.

Me alegre de no ser... ella, la mujer que destrozó una familia.

El remordimiento se adueñó de mí.

Ethan Ash no era Jeremy, y eso no era nada del otro mundo. Solo era sexo, diversión, nada serio.

No obstante, el corazón me palpitó con fuerza cuando miré por encima del hombro y lo vi cruzar la calle como si nada, sí, como si nada, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros desgastados y con la cabeza ladeada de tal manera que mostraba los rasgos cincelados de su rostro.

El deseo me fustigó por dentro.

Crucé deprisa el vestíbulo para haberme alejado de los paparazi cuando Ethan se reuniera conmigo. Vi fugazmente una suntuosa alfombra roja, unas baldosas negras y blancas, unas arañas de cristal enormes, unas pieles de animales y una chimenea que serían muy cálidas y acogedoras en invierno.

Los ascensores eran unas puertas resplandecientes encastradas en unos paneles de madera. Esperé al lado con la mirada fija hacia delante. Oí las ráfagas de las cámaras, pero no miré. Un portero salió y, entonces, él apareció a mi lado y pulsó el botón del ascensor con una impaciencia evidente. No nos miramos.

Unos segundos después, se abrieron las puertas con una campanada. El ascensor estaba vacío.

Entramos y Ethan pasó una tarjeta por el lector electrónico antes pulsar unos de los botones de latón. El ascensor se elevó con un zumbido y mis entrañas se elevaron detrás.

Jamás había deseado tanto a un hombre.

El ambiente se tensó por esa sensación, por esa necesidad. Podría decirse que vibraba alrededor de nosotros y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no parar el ascensor y suplicarle que me follara allí mismo.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos para darme un poco más de fuerza.

Por fin, la puerta se abrió otra vez con una campanada y, una vez fuera, en la intimidad del pasillo, me tomó en brazos, me besó y empezó a andar como si no pesara nada, como si llevarme en brazos fuese una molestia mínima.

Sus labios eran implacables y yo me entregaba, recibía el beso, levantaba las piernas para pedir más, más arrebatado, más intimidad, más de todo.

Lo rodeé con las piernas y oí el sonido inconfundible de la falda al rasgarse. Evidentemente, no estaba diseñada para abrirse de piernas alrededor de una estrella de rock. En algún rincón de la cabeza caí en la cuenta de que eso tenía una consecuencia, de que tendría que arreglarla de alguna manera para que pudiera volver a mi casa, cuando volviera a mi casa...

Él, sin soltarme ni dejar de besarme, pasó la tarjeta por la puerta. No se abrió a la primera y soltó un improperio sobre mi boca. Sí se abrió a la segunda y entramos sin perder un segundo. Ethan cerró la puerta dando un portazo, tiró la tarjeta al suelo como si no sirviese para nada y entró más en la suite.

Vislumbré más lujo, más rojo, más lámparas de techo de cristal... y una cama enorme que era como un oasis en un desierto interminable. Sin embargo, dio un giro muy brusco y me dejó en una mesa. Sus manos me agarraron la blusa en cuanto mi trasero tocó la caoba, tiró de ella y los botones salieron volando como pequeños testigos rabiosos de mi anhelo reprimido.

Era una blusa preciosa, una de mis favoritas, pero no lamenté su pérdida. Ansiaba tanto como él estar desnuda y acariciándonos. Arqueé la espalda mientras me bajaba la blusa por los brazos y sentí sus dedos en la piel antes de que se dirigieran al sujetador. Me pasó el pulgar por encima del encaje y jadeé entre maldiciones como si estuviese a punto de correrme. Creía que estaba a punto de correrme.

Lo miré con los ojos casi en blanco y él lo entendió, supe que lo entendió. Me tomó el trasero con las manos y me arrastró hasta el borde de la mesa para que notara la turgencia cálida de su polla, que estaba a punto de estallarle los vaqueros. La busqué con los dedos, que le tantearon el botón hasta que, con una sonrisa triunfal, encontré la cremallera y se la bajé.

Él, sin embargo, ya estaba quitándome el sujetador, liberándome los pechos y tomándomelos con la boca. Me lamía un pezón y me acariciaba el otro entre los dedos mientras me restregaba la polla con la ropa puesta.

Me brillaba la piel por el sudor. Saqué la mano de sus vaqueros y le hundí los dedos en las caderas, levanté los pies del borde de la mesa y grité cuando me mordió el pezón con la fuerza suficiente como para que viera las estrellas.

Estaba al límite y Ethan también, ¡pero estaba despelotándome a mí! Le clavé las uñas con más fuerza y él me tomó el otro pecho con la boca mientras me provocaba con los dedos donde habían estado sus dientes. Ese cúmulo de sensaciones era una pasada. El calor de su boca y el fresco del aire acondicionado; la delicadeza de las yemas de sus dedos y la dureza de sus dientes...

Grité sin reparos cuando me desarboló el orgasmo, cuando me llevó por delante e impidió que me quedara muda. Era ruidosa, estaba ávida y no podía controlarme. Para ser sincera, tampoco tenía noción del tiempo o del espacio. Si me hubiesen preguntado dónde estaba, tendría que haberme metido un café solo para espabilarme y poder recordarlo. Me dominaba una variedad de sensaciones que desconocía, pero aquello no había terminado, él no había terminado... era solo el principio.

—Quiero follarte.

—¿No es lo que estás haciendo? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí...

Me agarró del trasero, se restregó con la polla y volví a gritar.

—Ethan, por favor...

Al parecer, no hacía falta que se lo pidiera dos veces. Sacó la cartera del bolsillo y rebuscó hasta que encontró un condón. Una parte pequeña de mí misma se alegraba conscientemente de lo que estaba a punto de pasar, al contrario que mi cuerpo, que se dejaba llevar por la situación. Eso no era solo sexo y un alivio, era una liberación, un exorcismo. Iba a follar con otro hombre, cada instante y cada movimiento iban a alejar a Jeremy de mi cabeza, iba a reducir la importancia que tenía en mi vida... con sexo.

—Jamás me había alegrado tanto de ver ese envoltorio de papel de aluminio —sonreí y fui a tomarlo—. Dámelo, déjame ver qué tengo entre manos.

Su sonrisa fue como melaza caliente en un día caluroso.

—Eres muy impaciente... Alicia.

Oírle decir mi nombre de verdad fue lo más excitante hasta ese momento, y no era poco...

Lo miré a los ojos y lo supo.

—Alicia...

Mejor todavía que Ally, mi nombre me supo a gloria en su boca. Se bajó los vaqueros e introduje las manos por debajo de sus boxers de algodón gris, le acaricié la curva de su trasero, que, naturalmente, era un trasero fantástico. Lo miré a los ojos cuando llevé las manos delante, cuando tomé su rabo duro y largo. Dejó escapar un gruñido ronco cuando lo agarré con avidez.

—¿Qué te parece que echemos un polvo rápido?

Su risa tuvo algo de disculpa y de vulnerabilidad que hizo que deseara algo más que solo eso.

—Me parece muy bien.

Rasgué el envoltorio con los dientes y le puse el condón mientras terminaba de quitarse los vaqueros. Me maravillé un instante por el tamaño, hacía mucho tiempo que no me acostaba con nadie. ¿Era posible que me hubiese olvidado de que las pollas se ponían así cuando estaban duras? Era grande, muy grande y preciosa.

Me estremecí. Él se quitó la camisa con impaciencia, volvió a tomarme en brazos y me llevó al dormitorio. Me dejó en la cama, terminó de rasgarme lo que me quedaba de camisa y me quitó el tanga. No se lo tomó con calma, como con el sujetador. Sus manos me acariciaron los muslos y las pantorrillas, pero fue un trámite. Me necesitaba en ese momento tanto como yo a él. No tenía sentido negarlo ni fingir lo contrario.

Fue a ponerse encima de mí, pero lo empujé con una mano en el pecho para que se quedara de costado a mi lado, cara a cara. Lo besé mientras le pasaba una pierna por encima de la cadera y me sentaba a horcajadas encima de él.

No sabía por qué era tan importante para mí llevar las riendas, pero si tuviera que analizarlo, seguramente diría que me sentía tan insegura por lo que sentía, que necesitaba algo que me diera cierta sensación de... albedrío.

Mi albedrío era elegir y había elegido aquello. Había elegido pasar página y olvidar, había elegido que Jeremy no me diera miedo nunca más y había elegido todo lo que estábamos haciendo. Además, mi elección no tenía nada que ver con nada que no fuese el deseo, solo tenía que ver con Ethan Ash y conmigo, Alicia Douglas.

Éramos dos organismos que se mezclaban, que se agitaban y que estaban a punto de explotar.

—Fóllame —susurré mientras me levantaba y volvía a bajar.

Me introduje lentamente toda su extensión para que mis músculos se adaptaran a su tamaño y sus anhelos. Casi no podía soportar la perfección del momento, su inquietante exactitud.

Dejó escapar un gruñido largo y gutural y me clavó los dedos en las caderas. Me sujetó abajo, con todo el miembro dentro, y palpitó. Notaba toda la tensión de su deseo en lo más profundo de mi ser y aguanté la respiración. Me mordí el labio inferior con todas las terminaciones nerviosas en alerta. Su polla susurraba secretos dentro de mí y mi cuerpo la escuchaba con atención.

Fue solo un instante, un instante mágico, y empezó a moverse, acometía agarrándome de las caderas y sus abdominales se contraían con cada movimiento. Me incliné, le busqué cada hendidura del pecho con la boca, le lamí los pezones velludos...

Sus dedos volvieron a recorrerme el cuerpo como si fuese un objeto, como si le perteneciera, y me encantó la sensación de pertenecerle. Contoneé las caderas y dejó escapar un improperio, me tomó la cara entre las manos para besarme la boca.

Me levantó, me dio la vuelta y me tumbó de espaldas casi sin dejar de besarme.

¡Dios...! Era tan perfecto que se me derretían los huesos. Entraba hasta dentro, acometía cada vez más deprisa y con más fuerza y su lengua imitaba esos movimientos. Levanté las piernas, me agarró de los tobillos y se los puso por encima de los hombros para entrar todavía más en mí. Tuvo que dejar de besarme, pero me dio igual porque me besaba la pierna y cada embestida me acercaba un poco más a... Le clavé los dedos en los hombros y exploté.

Grité, le puse la mano en el pecho para pararlo, para pedirle que esperara, para que pudiera sentir hasta el más mínimo temblor de ese terremoto que había originado. Él entendió y esperó con paciencia. Solo se oía su respiración ronca y entrecortada, el dominio de sí mismo que estaba a punto de perder. Sin embargo, me observaba, observaba el efecto del placer en mi cara, en mi piel... hasta que supo, porque me conocía, que yo podía seguir. Volvió a moverse, despacio, para que las sensaciones fueran adueñándose de mí, me bajó las piernas a la cama otra vez, me besó en la boca y tuve que gemir por la perfección del momento.

Me corrí otra vez, pero con él. Los dos nos precipitamos juntos al vacío. Volví a entrelazar los dedos con los de él y ese acto tan íntimo lo significaba todo, y nada, mientras nuestros cuerpos vibraban al unísono. Él, yo y la suite con vistas al parque estábamos aunados.

Me pareció que estaba perdida... ¿o acaso sería que me había encontrado?

Capítulo 4

Inspiración, espiración, inspiración, espiración... Respiré despacio para intentar serenar el pulso acelerado y el sistema nervioso, pero mi organismo seguía siendo una corriente eléctrica por una parte y un huracán por otra.

—Muy bien... —murmuré más para mí misma que para él.

Estaba asimilándolo... o intentándolo. ¿Qué había pasado?

Él se apoyó en un codo para mirarme a los ojos y vi la galaxia que había en los suyos.

—Muy bien —él sonrió—. Ha sido...

—Perfecto.

Yo terminé la frase mientras seguía con el dedo una gota de sudor que le bajaba por el pecho. Se inclinó hacia delante para besarme la yema del dedo y su rabo, que seguía duro dentro de mí, me hizo gemir una vez más. Como exorcismo, me pareció que lo habíamos bordado.

—Sí —él asintió con la cabeza—. Ha sido perfecto.

Volvió a besarme, pero fue un beso delicado y con curiosidad que agradecí. Estaba otra vez ante todos esos caminos, los miraba y la incertidumbre hacía que me flaquearan las rodillas. ¿Quería para algo su curiosidad o indicaba que quería otras cosas que no fuesen esa cama, ese hombre y esa noche?

—¿Tienes hambre?

—¿Hambre?

Parpadeé porque no era, ni mucho menos, la pregunta que me había esperado. Él asintió con la cabeza y apoyó la frente en la mía.

—Sí, ya sabes, esa cosa que siente la gente. Conlleva la necesidad de comida, las ganas de comer y, algunas veces, conversación.

—Conozco el concepto.

Fruncí el ceño y él me lo miró. Sonrió y eso hizo que yo también sonriera. Cimbreado las caderas con sensualidad y sentí una oleada de calidez por dentro que me despertó un deseo incontenible, como la marea alta al romper en la orilla. Levanté las caderas para recibirlo de buena gana.

—Servicio de habitaciones —murmuró él—. Indudablemente, servicio de habitaciones.

Tomó el teléfono de la mesilla sin salir de mí y todo mi cuerpo se estiró con el de él para no perder el más mínimo contacto. Volvió a besarme en la boca con el teléfono sujeto debajo de la oreja.

—Ethan Ash.

Lo miré a los ojos con cierta sorpresa, hasta que me di cuenta de que estaba hablando con otra persona. Sin embargo, esa sorpresa no fue nada en comparación con lo que se adueñó de mí cuando salió, dejándome un vacío provisional, y me introdujo un dedo. No pude contener el gemido que se me escapó. Brotó como una cascada, indolente y apremiante a la vez.

Su dedo giraba sobre las terminaciones nerviosas ya más que sensibilizadas y me arqueé mientras me lamía un pecho a la vez.

—Dos linguini con cangrejo y algo de fruta.

—Un melocotón —susurré.

—Un melocotón.

Me pasó la boca por el pecho y la barba incipiente hizo que la piel se estremeciera a su paso. Su boca era un alivio y me acariciaba un pezón con la punta de la lengua mientras hablaba por teléfono. Notaba sus palabras roncadas y su voz de barítono en la piel, y él me notaba hasta el corazón, hasta la médula.

—Y champán, mucho champán.

Fue bajando los labios hasta el ombligo y, con el teléfono todavía debajo de la barbilla, hasta el clítoris.

—Dios... —gemí cuando su lengua alcanzó sin piedad el cúmulo de terminaciones nerviosas.

—Helado —añadió él agarrándome los tobillos con las manos y separándome las piernas.

Una parte diminuta de mí estaba abochornada por esa intimidad, pero era diminuta. El resto de mí estaba en el séptimo cielo y se preguntaba si alguna

mujer se habría sentido alguna vez así de bien, si alguna persona había sentido un placer parecido.

Supuse que había terminado el pedido cuando dejó caer el teléfono al suelo. El cable seguía por encima de la cama, pero no le pedí que lo colgara ni intenté hacerlo yo. No podía moverme ni iba a pedirle que hiciese algo acabara con esa incursión sensual y placentera.

—¿Melocotón...? —murmuró él dentro de mí.

Clavé las uñas en la cama para intentar respirar sin romperme en mil pedazos.

—Sí...

—¿Es tu favorito?

—Mmm... Sí... —contesté, aunque creía que ya no estaba hablando de fruta.

—Tienes un sabor de puta madre.

Ni siquiera eso me abochornaba. Gruñí mientras buscaba una almohada y me tapé la cara para poder gritar por la destreza de su lengua, una destreza que debería proporcionarle una medalla de oro. En serio, si el sexo oral fuese una competición deportiva, ese tío podría olvidarse del micrófono.

Levantó las manos hasta mis pechos, ya sabía qué era lo que me gustaba. Había aprendido deprisa. Me pellizó los pezones con delicadeza y me acarició la redondez de los pechos con las palmas... y su boca me elevaba, me arrastraba hasta que ya no pude soportarlo más, hasta que me dejé llevar por la euforia que se había ido acumulando dentro de mí para estallar.

Gemí con la almohada encima, aunque no servía de gran cosa porque olía embriagadoramente a él. Olía tanto a él que quise llevármela... Otro camino que se abría delante de mí. Cerré todos los caminos con firmeza y me entregué a esas sensaciones, a esa delicia incomparable.

Bajó el ritmo cuando notó que me desmoronaba. Siguió acariciándome y comiéndome, pero ya no me elevaba a esas alturas disparatadas. Había explotado y estaba reponiéndome. Intentaba recuperar el aliento. Se quedó cerca y esa cercanía me tranquilizaba, hasta que se apartó y se levantó.

Seguía llevando el condón puesto, pero se lo quitó enseguida, lo envolvió en un pañuelo de papel y lo tiró a la papelera antes de colgar el teléfono. Entonces, cuando estaba escondida detrás de una almohada con funda del

algodón orgánico italiano, me miró fijamente con las manos en las caderas, imponentemente desnudo.

—Alicia...

Yo no podía hablar, era posible que no pudiera hablar nunca más, era muy posible que me hubiese dejado sin voz, como en una Sirenita perversa.

—Ven.

No podía hablar, pero sí podía moverme y me movería cuando me lo pidiera porque estaba ofreciéndome todo un mundo nuevo de placer y estaba deseosa de conocerlo, y, de paso, borrar a Jeremy de mi vida.

Me levanté con las piernas temblorosas y la piel irritada, con los pechos enrojecidos. Me sentí como flotando al ver sus marcas en mi cuerpo y un poder femenino y ancestral se adueñó de mí. Él me había hecho eso, su pasión nos lo había hecho a los dos, y había sido una pasión tan intensa que ninguno había podido dominarla.

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

Me tomó la mano y me apartó un poco de la cama. Vi la vista por primera vez desde que entramos en la suite.

—Coño... —me quedé inmóvil, desnuda y sin importarme lo más mínimo —. Caray...

Todo Manhattan resplandecía delante de mí; los sueños, las alturas, los amores, las bajuras, las luces, las calles oscuras...

—Sí.

Me di la vuelta al oír su voz ronca. Volví a mirar su perfil y me pareció muy distinto. Vi sus arrugas, sus planos firmes, y fue como si lo conociese mucho mejor que hacía una hora.

—Siempre me han encantado las contradicciones de Nueva York — comenté.

La vista me atrajo y me acerqué al ventanal, soltándome de su mano sin darme cuenta. Puse la palma de la mano en el cristal, que estaba oscurecido para preservar la intimidad.

—Tanta belleza y tanta desesperación —esboqué una sonrisa torcida cuando nuestras miradas se encontraron en el reflejo del cristal—. En ningún sitio del mundo puedes encontrar tanta riqueza y tanta pobreza en la misma manzana.

—Es un sitio único —confirmó él—. ¿De dónde eres?

—De Wisconsin. Vine aquí hace cinco años, cuando terminé la universidad.

—¿Qué estudiaste?

—Bellas Artes e Historia del Arte.

Lo había sorprendido. Asintió con la cabeza y con un gesto de curiosidad. Tuvo gracia porque era muy conocida y respetada en mi terreno y hacía mucho tiempo que no conocía a alguien que no supiera a lo que me dedicaba.

—¿Eres artista?

—Ojalá... —suspiré con melancolía y lo miré con una expresión de tristeza fingida—. Siempre he querido serlo. Mi madre decía que me pasaba tanto tiempo agarrando pinceles que me había deformado los dedos.

Levanté una mano y los dos la miramos en silencio. Era normal en ese momento, pero me acordaba de que parecía una garra después de haberme pasado días y días encorvada sobre un lienzo.

—Pero...

—No puedo pintar para ganarme la vida —contesté con una mueca de fastidio—. Ahora soy compradora y tasadora por encargo...

—¿Tomas el dinero de otros y compras el arte que está de moda?

—El que está de moda, el abstracto, el clásico... —me encogí de hombros—. Paso mucho tiempo con mis clientes allí donde irá a parar la obra de arte para cerciorarme de que quedará bien.

—¿Eso es un empleo?

—Desde luego —señalé la habitación donde estábamos—. Este hotel está lleno de obras maestras de arte estadounidense contemporáneo, testimonios del movimiento moderno. Miras alrededor y ves arte aunque es posible que no te des cuenta del efecto que crea. Sin embargo, ¡estamos metidos en un movimiento, Ethan!

Oí la pasión y el entusiasmo de mi propia voz y me sobresalté. Adoraba mi trabajo y eso estaba muy bien, pero también podía ser un poco raro para otras personas que no sentían lo mismo.

—Sé lo que quieres decir.

—¿De verdad?

—Bueno, no exactamente...

Se dio la vuelta, cruzó la suite y desapareció por una puerta. Fui detrás.

—La primera vez que grabé en Abbey Road me cagué. Quiero decir... — sacudió la cabeza y abrió un grifo. La bañera estaba medio escondida detrás de un panel de madera oscura—. La historia se palpa en ese sitio. Los micrófonos, la moqueta, las fotos... La lista de leyendas es tan larga como mi brazo. No solo los Beatles, que no son moco de pavo, los grupos, los músicos, los compositores... Es imposible explicarlo, solo me imagino que se parece a lo que tú has dicho. Me encontraba en medio de algo tan descomunal que necesité tres tomas para quitarme el canguelo.

—¿El canguelo?

El corazón me dio un vuelco, como el que me había dado a las entrañas durante toda la noche, por lo entrañable que era esa palabra. Canguelo. Tenía veintiocho años, era sexy a más no poder, era medallista de oro dando placer y empleaba palabras como «canguelo». Él sí que me daba canguelo.

—Sí, ya sabes, mieditis...

—Basta —levanté una mano mientras me reía—. Tienes de que dejar de emplear ese lenguaje.

—¿Como mieditis?

—Sí, es demasiado...

Encantador, adorable, dulce, afectuoso...

—Lo siento, Ally, pero no hay otra palabra. Me han diagnosticado mieditis.

Tomó la mano que le había tendido y me atrajo hasta él. Nuestros cuerpos se fundieron en uno y sus ojos se clavaron en los míos. La respiración no me pasaba por la garganta, como si fuese una soga de esparto. Lo miré fijamente, expectante, cautivada, con el corazón a mil por hora.

Me besó en la frente con delicadeza. Los caminos se me presentaron otra vez en la cabeza y me invitaron a que eligiera uno.

Se oyó un ruido y tomó una toalla, se rompió la magia que había estado envolviéndome.

—Métete. Te acompañaré dentro de un minuto.

—¿En la bañera?

—¿Por qué no?

Se rodeó la cintura con la toalla, aunque le quedó bastante baja y me

pareció más sexy todavía que cuando estaba en pelota picada.

—¿Tienes que estar en algún otro sitio? —añadió él.

Los caminos me miraban, él me miraba. Suspiré lentamente y sacudí la cabeza.

—No, ahora mismo, no.

—Perfecto. Entonces, eres toda mía —me dio un beso fugaz en la mejilla —, y voy a aprovecharlo al máximo. Ahora mismo vuelvo.

Salió del cuarto de baño, pero fui hasta la puerta para ver qué hacía. Lo observé porque no pude evitarlo, porque me atraía como la miel a una abeja.

Tenía los ojos cerrados cuando volví al cuarto de baño. El agua se ondulaba alrededor de ella y sus pechos eran dos cumbres perfectas que sobresalían de la superficie. Había echado un poco de gel y las burbujas creaban una pantalla frustrante que me impedía ver el resto del cuerpo.

Un cuerpo que ya anhelaba volver a ver.

Poseerla era una necesidad primaria y me sorprendía más de lo que debería. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y las cosas entre Sienna y yo acabaron siendo una mierda. En realidad, lo eran desde mucho tiempo antes de que acabaran. Sin embargo, no quería pensar en ella en ese momento. No quería tener a Sienna en la cabeza y que me estropeará eso.

—Estás para comerte.

—Tú lo sabrás... —replicó ella abriendo los ojos como impulsados por un resorte.

—Mmm...

Sonreí, me metí en la bañera y me sentí aliviado cuando mis piernas rozaron las de ella. Me gustaba tocarla, me gustaba mucho. Quizá fuese por la novedad, por lo estimulante que era estar con una mujer a la que no conocía casi.

—Es algo que quiero repetir una segunda vez sin dudar lo más mínimo.

Ella se sonrojó y a mí me encantaba que se sonrojara, no pude resistir la tentación de provocarla más.

—Y una tercera vez... y una cuarta...

Sus mejillas se sonrojaron más. Me apoyé en el cabecero de la bañera,

tomé una cucharada de helado y se la ofrecí. Ella lo tomó sin dejar de mirarme a los ojos. Le cayó un chorrito de vainilla por la barbilla. No hizo nada y acabó recorriéndole el escote hasta que llegó donde el pecho se encontraba con el agua.

Mierda, era perfecta.

—¿Sabes una cosa...? —seguí yo, entregado a mi misión de que se le sonrojara todo el cuerpo—. Haces unos ruidos deliciosos cuando te corres.

Misión cumplida. Se puso roja como un tomate y dejó de mirarme a los ojos.

—¿Por qué estamos comiendo helado?

Fue el cambio de conversación más zafio que había oído en mi vida, y eso que solía estar con mujeres que se ponían muy nerviosas. Me reí, fue un sonido delicado en la quietud del cuarto de baño, y tomé otra cucharada del cuenco.

—Vas a verlo.

Me lo metí en la boca y me moví en el agua hasta que encontré uno de sus pechos, que ya consideraba mis pechos. Sabía cuánto le gustaba que jugara con ellos, sabía que le volvía loca.

Por un instante, me imaginé a Sienna y que estaba jodida por lo que estaba haciendo. La rabia me atenazó fugazmente por dentro, pero dejó paso a la satisfacción. Me alegraba de que estuviese jodida, no era la única.

Sienna siempre estaba celosa. Estaba celosa de las mujeres que había entre bastidores durante mis conciertos, de las mujeres que me presentaban los integrantes de mi grupo, de las mujeres que averiguaban dónde estaba y se presentaban en mi hotel, de las mujeres que me escribían correos o *tuits* con sus fantasías más obscenas y esperaban que las convirtiera en letras de canciones... o en realidad.

En fin, no tenía sentido lamentarse. Estaba en una bañera enorme con Ally y podía compensar el tiempo perdido, y pensaba hacerlo.

Era muy ardiente. Los dioses del sexo habían reconocido mis penurias y habían decidido compensarme con un verdadero ángel.

Dejé caer helado en su precioso pezón color melocotón y la agarré de las caderas por debajo del agua. Pude notar que contenía la respiración por la sorpresa al notar ese frío gélido. La pasión helada, otra contradicción.

Se movió por debajo del agua y chisté como si me disgustara.

—¿No te ha gustado?

—Sí me ha gustado —contestó ella sin mirarme a los ojos—. Lo que no me gusta es que me vuelvas loca tan fácilmente. No es justo.

—¿No es justo? —sacudí la cabeza—. Te aseguro que tu placer me da tanto placer como a ti.

Para demostrárselo, le restregué la polla para que notara lo dura que estaba, que la necesitaba.

—Me tranquiliza —murmuró ella.

—Me alegra que te tranquilice, Alicia —repliqué entre risas.

Sus ojos dejaron escapar un brillo serio y se incorporó en la bañera produciendo una pequeña oleada que rompió en los bordes. Tomó la cuchara de helado y comió un poco antes de besarme en la boca. Fue un beso ardiente y frío y gruñí mientras introducía las manos entre su pelo. Luego, fui bajándolas hasta las caderas, le acaricié todo el cuerpo y me encantó sentirla cuando se colocó encima de mí.

Quise tomarla allí y en ese preciso instante.

Afortunadamente, ella podía pensar un poco todavía. Sacudió la cabeza y se mantuvo lo bastante alejada como para volverme medio loco.

—No hay condón...

De no haber sido por eso, estaría entrando hasta lo más profundo de ella.

Me besó y cada vez estuve más cerca de explotar. Contoneó las caderas contra mi cintura para provocarme, para tentarme, cuando los dos sabíamos que no podíamos hacerlo. Elevaba la pelvis como si follara y yo echaba humo. La tenía más dura que el granito y solo había una solución.

La deseaba, pero también deseaba más de eso, de sentirme como si fuera a explotar. Esa noche había querido emborracharme hasta la inconsciencia y, en vez de eso, había conocido a Ally. Estaba borracho, pero de algo que no era alcohol. ¿Era la penuria? ¿Era que no hubiese podido hacer algo así desde hacía mucho tiempo?

La carne con la carne, tenerla debajo de la yema de los dedos...

Jooderrr....

—¿Qué te parece si saliéramos de la bañera?

Solo podía pensar en poseerla otra vez, en entrar en ella como si fuese mi casa nueva.

—¿Podemos llevarnos el helado?

—Vale, podemos llevarnos el helado.

Era muy grácil. Parecía una bailarina incluso cuando se levantaba y salía de la bañera. Era esbelta y flexible y me quedé mirándola incluso cuando ansiaba ir detrás de ella. La observé mientras se levantaba el pelo mojado y se lo secaba con una toalla y la mirada fija al frente. Bajó la toalla por todo su cuerpo y fue secándose con un gesto que fue mi nueva definición de sensualidad.

Entonces, se dio la vuelta y me pareció como la Mona Lisa recién levantada de la cama: enigmática, ardiente, deseable.

—¿Preparado?

—Sí.

¿Tenía una voz tan ronca y áspera? Ella tomó otra cucharada de helado, pero dejó la cuchara a unos centímetros de la boca y me miró a los ojos. Fue un segundo, un abrir y cerrar de ojos, pero fue suficiente para que me imaginara que era yo quien entraba en su boca.

Tendría que ser un animal si no tuviera remordimientos por lo que estaba haciendo. Hacía cuatro meses, creía que Sienna y yo resolveríamos toda nuestra mierda y acabaríamos casándonos algún día. Hacía cuatro meses, no habría estado con otra persona ni en sueños.

En ese momento, estaba tirándome a la preciosa y sexy Ally.

¿Lo hacía para hacerle daño a Sienna?

¿Lo hacía para quitarme a Sienna de la cabeza de una puta vez?

¿Lo hacía porque era lo que se merecía Sienna?

Sí, claro, pero también lo hacía porque Ally me había privado de la capacidad para marcharme, me había metido en algo a lo que no podía resistirme... ni quería resistirme.

Capítulo 5

El sol intentaba abrirse paso entre la neblina de sensualidad que se había formado en su cuarto. Me estiré, bostecé y arqueé le espalda hasta que me choqué con él. Esboqué una sonrisa felina. Me di la vuelta justo cuando sus labios buscaban los míos.

Hacía mucho tiempo que no pasaba la noche en la cama de un desconocido y cuando lo hice, siempre me sentía incómoda a la mañana siguiente, siempre me sentía cohibida a la luz del día y empezaba a querer olvidar. A olvidar lo que había hecho y con quién.

No sentía eso en ese momento.

Me dejé llevar por el beso y mi cuerpo buscó el suyo con avidez y naturalidad. Gruñó en mi boca y fue la respuesta a mis anhelos desenfrenados y a mi desinhibición. Por un segundo, se distanció, se dio la vuelta, pero me monté encima de él a horcajadas y se rio mientras alargaba el brazo hacia la mesilla. Tiró un vaso de agua, pero no reaccionó.

Yo tampoco reaccioné porque ya estaba buscándolo, ya estaba anhelando tenerlo dentro de mí.

Se rio, fue un sonido gutural de aceptación, y entonces soltó un improperio.
—Espera.

Yo no quería esperar, pero fruncí el ceño y seguí la dirección de su mano. ¡Claro, un condón! ¡Casi se me había olvidado! Me sonrojé, pero el bochorno dejó paso enseguida a otra cosa, a algo mucho más primario.

Incliné la cabeza antes de que hubiese rasgado el envoltorio y lo tomé con la boca como quería tomarlo el resto de mi cuerpo. Entrecerré los labios alrededor de él hasta que alcanzó el fondo de mi boca y volvió a soltar un improperio. Noté que retumbaba por todo su cuerpo y entraba en el mío.

No paré.

Introdujo los dedos entre mi pelo y moví la boca hacia arriba. Volví a bajarla y a subirla una y otra vez.

—Jooodeerrr...

Me agarró de los hombros y me levantó. Lo miré por encima de la verga, que era preciosa, por encima de su pecho fibroso y llegué a su cara, que era como un sueño. Estaba bueno, bueno de verdad. Una mujer podría perder la cabeza por un tío así.

¿Y el corazón...?

Yo no. Mi corazón iba a quedarse encerrado en mi pecho, donde tenía que estar. Sin embargo, estaría encantada de perder la cabeza por ese dios del rock.

—Te deseo —dijo mientras sacaba el condón y se lo ponía.

—Vaya novedad...

Me reí y me agarró por debajo de los brazos. Me levantó y lo tomé entre gemidos mientras acometía dentro de mí. Me incliné hacia atrás cuando todos los muros de mi mundo saltaron por los aires.

Estaba perdida.

—Sabes...

Él me pasó un dedo por la columna y me estremecí. Seguía dominada por el paroxismo del deseo incluso diez minutos después de que nos hubiésemos dejado arrastrar por esa oleada y de que hubiésemos sentido el goce absoluto que era entregarse por completo al placer.

—Me vienes muy bien a mi vanidad —terminó él.

Sonreí sobre su pecho y escuché los latidos sincopados de su corazón.

—¿No debería ser al revés? No todos los días me seduce una superestrella.

Bajó la mano y me acarició la redondez del culo.

—¿Eso es lo que soy?

—Bueno... Eso dicen.

—Tampoco estoy seguro de que te haya seducido...

—¿Lo dices en serio? —le pregunté entre risas.

—Estabas mirándome todo el rato...

—¡No es verdad!

Me apoyé en los codos y el pelo me cayó sobre su pecho, sobre su piel bronceada. Bajé los labios entre sus pectorales, lo besé con indolencia y me deleité con el sabor punzante de su sudor y de la virilidad de su cuerpo. Sentí una opresión en el pecho. Estaba cálido y podría quedarme así todo el día.

La mera idea era como una descarga eléctrica que tenía que sofocar. No iba a hacerlo. Echar un polvo estaba muy bien, pero todo podía complicarse si se pasaba de ahí. Tragué saliva y me aparté de él convencida de que se me notaba el desconcierto en la sonrisa.

—En cualquier caso, estimada estrella del rock, creo que hasta aquí hemos llegado.

Suspiré teatralmente, imité lo mejor que pude a una actriz shakespeariana y me levanté. La ropa estaba repartida por la moqueta como si fuese confeti. Notaba que tenía los ojos clavados en mí mientras iba de un lado a otro recogiendo las distintas prendas.

—¿Te importa que me dé una ducha rápida?

No contestó, tenía una expresión imprecisa, como si estuviese ausente o no me hubiese oído.

—Ethan...

—Perdona. Claro, adelante —contestó él señalando el cuarto de baño con la cabeza.

Me sentía como en carne viva. Me vibraban todas las terminaciones nerviosas mientras me frotaba con una esponja vegetal y me aclaraba la espuma del jabón. Antes, cuando me daba un revolcón de una noche, la ducha posterior me parecía como una ceremonia para borrar todo lo que había hecho.

No sentía lo mismo en ese momento, y si lo sentía, era sin querer.

No quería alejarme de él, y eso era un problema grave. Solo había sentido lo mismo una vez en mi vida y había acabado siendo un desastre. Jeremy estuvo a punto de destrozarme. ¿A punto? No pude hacer nada durante meses después de que terminara. Dejarme llevar por el deseo hasta el punto de ser imbécil estuvo a punto de terminar conmigo... y no volvería a cometer el mismo error.

Cerré los grifos y me quedé un momento rodeada de vapor para

prepararme para lo que se avecinaba. Las despedidas siempre eran un trago amargo. Me preparé, mientras me vestía, para el inevitable intercambio de números de teléfono, para las promesas de que nos llamaríamos y para la certeza de que ninguno de los dos lo haría.

Cuando volví a la sala, él se había vestido con unos vaqueros con la cinturilla baja y nada más. Su pecho era una obra de arte, ¡a mí iban a decírmelo!, pero lo que me pareció curiosamente erótico fueron sus pies. Su forma de estar tenía algo que irradiaba seguridad en sí mismo; tenía las piernas un poco separadas, los brazos cruzados, unos brazos impresionantes, y los ojos clavados en la puerta del cuarto de baño como si hubiese estado esperando a que yo saliera. Parecía un león enjaulado, pero también tenía una despreocupación innata.

El fuego se desató en cuanto salí, fue como un incendio que se extendía por un desierto. Me arrasó de arriba abajo. Sonreí de oreja a oreja como si no me hubiese inmutado, como si no hubiese pasado nada.

—Muy bien... —me acerqué a él para recoger mi bolso—. Ha sido divertido.

—Sí, divertido.

Él asintió con la cabeza y con ese aire de estar pensando en otra cosa. Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla y él se apartó.

Efectivamente, las despedidas siempre eran un trago amargo.

Sentí la necesidad de decir alguna de las cosas que las personas solían decir en esas situaciones: «Te llamaré...». «Ya lo repetiremos alguna vez...». «Avísame si pasas por aquí...».

—Ally, escucha...

Se pasó una mano por el pelo, capté vagamente su maravilloso olor y estuve a punto de soltar un gruñido.

¿Cómo era posible que lo deseara otra vez?

No, no lo deseaba otra vez, seguía deseándolo. Quería seguir en la cama y entrelazada con él, quería comer helado en su cuerpo hasta que no pudiera más...

Cada vez que pensaba algo así era como si pusiera un obstáculo que me impedía avanzar. Ya había sido ridícula antes, ya había perdido el corazón y lo había perdido de tal manera que me había enseñado las lecciones más

importantes sobre mí misma y sobre mi vida. Me habían roto el corazón y dudaba mucho de que volviera a recomponerlo alguna vez.

Él buscaba las palabras y también rebuscaba en mi cara, como si no encontrara la manera de decirme lo que tenía que decirme.

—No pasa nada —dije apresuradamente y sin dejar de sonreír—. De verdad, Ethan, no pasa nada. No hace falta que digas nada —le tomé una mano y se la apreté—. No pretendo nada, la noche pasada me basta y me sobra, fue... perfecta. Ahorrémosnos todo el número de intercambiarnos los números de teléfono, ¿de acuerdo?

Sus ojos no dejaban de escudriñarme el rostro como si intuyeran más de lo que estaba dispuesta a transmitir. Me ardieron las mejillas, miré hacia otro lado, recogí el bolso y me lo metí debajo del brazo. Era curioso dónde podía encontrarse un punto de apoyo. El mero hecho de ponerme el bolso donde tenía que estar me había dado seguridad, me había afianzado en mí misma y en lo que sentía, me había recordado quién era antes de que esa noche me llegara hasta el alma y lo pusiera todo patas arriba.

—Gracias —contestó él.

Hasta yo me di cuenta de lo incongruente que era ese comentario cortés. Me di la vuelta y le di otro beso en la mejilla.

—De nada.

Acabé no despidiéndome y me limité a marcharme como si fuese a comprar café, como si tal cosa. Me marché y no miré atrás por miedo a que mi fuerza de voluntad me abandonara si lo veía una última vez.

La olía en la almohada, la veía en cada rincón de la habitación y cuando cerraba los ojos.

Ally. Ally desnuda, magnífica, dominándome, abrasándome... Ally.

Se me retorcían las tripas como si hubiese engañado a mi novia. A mi exnovia, quien estaba prometida a otro hombre. Aun así, algo raro se apoderaba de mí. Era difícil interpretar los sentimientos. Rabia, celos, rencor...

Alivio... y algo que tenía que reconocer que era perverso. A Sienna le jodería que me hubiese follado a Ally y creía que eso me gustaba.

Volví a comprobar los datos de la cita y deseé que Lesley, mi secretaria, pasara los correos electrónicos por el corrector automático antes de mandarlos:

Dos p.m. cita con Grayson Heynes. 44 calle once oeste, en el Village. Rehabilitación completa. Os encontrareis en la dirección

Cometía tantas faltas de ortografía que no conseguía entender que se hubiese graduado en el instituto. Sin embargo, compensaba con creces ese defecto. Lesley era una maestra de la organización y no había conocido a nadie que trabajara tanto como ella. Daba igual cuándo le escribiera un correo, ella lo contestaba al cabo de un minuto. Era tranquila e imperturbable y yo necesitaba esa estabilidad. Sobre todo, en ese momento.

Tenía que reconocer que había estado alterada desde el fin de semana. Había salido a correr los dos días por la mañana y por la noche. Eso no era raro del todo, pero hacía mucho tiempo que no me machacaba tanto. Era como si me sobrara la energía desde la noche que pasé con él.

No me salía decir su nombre.

Era como si tuviese la sangre recargada y fuese una persona distinta. Tenía el mismo aspecto, pero era otra. Era muy raro y era una sensación que no me gustaba... lo más mínimo.

Jeremy me enseñó todo lo que tenía que saber sobre las relaciones y no volvería a permitir que un hombre me cambiase, no volvería a permitir que un hombre me hiciese dudar de mí misma.

Me estremecí. Últimamente, había pensado en Jeremy más que de costumbre. Eso también era culpa de Ethan. Era posible que Eliza se hubiese equivocado y yo no estuviese preparada para eso. ¿Qué tenía de malo la abstinencia y estar sola? Estaba segura de que podría consolarme con *Juego de tronos*.

Veamos... Jon Nieve... No sentí nada.

Mierda, ¿qué conjuro sexual me había echado Ethan Ash que ni siquiera Jon Nieve podía conseguir que me olvidara de la noche que habíamos pasado juntos?

Giré la cabeza para mirar hacia la otra dirección de la calle. Nada, lo normal en el West Village. Una mujer con dos niños y un *golden retriever* en una acera de la calle y una pareja de turistas en la otra. Ninguno parecía mi nuevo cliente.

Volví a darme la vuelta justo cuando un hombre se bajaba de una limusina negra. Iba vestido con un traje que casi no podía contener toda su fuerza. Era bajo y ancho, tenía el pelo rubio y muy corto, estaba bronceado y llevaba gafas de sol aunque el día estaba nublado. Se dirigió hacia mí con seguridad, le sonreí y me alegré de haberme puesto mi pintalabios rojo favorito.

—Señorita Douglas...

—Ally, por favor.

Le tendí la mano mientras intentaba identificar su acento. ¿Era australiano?

Él asintió con la cabeza y señaló hacia la casa de ladrillo rojo que teníamos detrás. Tuve que contener una sonrisa porque me encantaban esas casas. Yo, como todas las mujeres de mi edad, me había criado con repeticiones de *Friends* y *Sexo en Nueva York* y esos edificios representaban Nueva York para mí. Por eso me encantaba donde vivía, a la vuelta de la esquina de donde estábamos, porque me parecía como si estuviese en mi serie favorita y fuese tan increíble como me había imaginado que sería.

Sin embargo, toda una casa... ¡No! ¡Dos! Él abrió la puerta y entramos en una obra llena de botes de pintura, escaleras y cintas amarillas que supuse que indicaban adónde no se podía pasar.

—¿Va a juntar las dos?

No pude contener la emoción. El precio del inmueble y la reforma indicaban que el señor Heynes contaba con una economía... saneada.

Aceptaba encargos de todo tipo de clientes, pero los más divertidos eran, con mucha diferencia, las parejas o los clientes que estaban forrados, los que me dejaban reunir una colección de arte digna de un museo de categoría mundial, y sospechaba que el señor Heynes podía ser uno de esos.

—Por aquí, por favor.

Lo seguí mientras intentaba asimilar la belleza arquitectónica del edificio. Me di cuenta, con agrado, de que alguien había decidido conservar todos los detalles originales. Estaban restaurando las molduras del techo y la balaustrada de la escalera. Íbamos introduciéndonos en la casa y me quedé

maravillada con la luz natural que entraba por el jardín trasero. Era un día gris, pero ese jardín era una fuente de luz y un oasis en medio de Nueva York.

Vi un movimiento por el rabillo del ojo y me giré instintivamente. Otro hombre se levantó de una silla de lona plegable. Mi cabeza tardó más que mi cuerpo en reconocerlo. Mi cuerpo lo reconoció al instante, naturalmente, y mis pezones se endurecieron bajo la tela de la camisa. Los recuerdos de la noche que pasamos juntos me desbordaron el cerebro y el ambiente de la habitación se tensó por el deseo.

Ethan Ash me miró con una sonrisa seductora, como si esperara a que yo hablara... o a que me abalanzara sobre él.

Capítulo 6

—¿Ethan...?

La palabra brotó sola y, efectivamente, fue una pregunta, pero también fue un gemido apagado.

Llevaba vaqueros otra vez. ¿Serían los mismo que llevaba el día que me marché? El sábado, hacía cuatro días. Los había conjuntado con una camisa azul con botones blancos que se había remangado para mostrar los antebrazos bronceados. También llevaba unas zapatillas Nike que no estaban mal, pero eché de menos su sexys pies descalzos. Estaba despeinado y me acordé, sin poder remediarlo, del aspecto que tenía cuando le pasaba los dedos por el pelo.

—Gracias, Grayson.

—Estaré afuera —replicó el otro hombre con un gesto de la cabeza.

Me giré hacia el señor Heynes, pero ya había desaparecido por el pasillo que habíamos recorrido juntos.

—Es mi guardaespaldas —me explicó Ethan con una sonrisa que me desarmó al instante.

Normalmente, me habría defendido con algo ingenioso, pero estaba pasmada. Me pasmaba que estuviese mirando al hombre con el que había echado el mejor polvo de mi vida, a quien había creído que no volvería a ver. Di gracias a los dioses de la moda porque me había puesto mi vestido de punto negro favorito, unos Louboutin con tacones de vértigo y un collar dorado con cuentas gruesas. Era una vestimenta que siempre me daba seguridad.

No dije nada durante un buen rato y su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido, en esa arruga que se abría paso entre las dos cejas.

Miré hacia otro lado para reponerme lo antes posible.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi casa —contestó él como si eso lo explicara todo.

—No me refiero a eso —repliqué con un resoplido de desesperación.

—Lo sé.

Se acercó a mí y las vibraciones que estaban alterándome todas las células fueron más intensas. Además, las tripas me dieron un salto de alegría. Genial...

—¿De dónde has sacado mi número?

—Busqué en Internet a alguna asesora de arte con melena pelirroja y ojos hipnóticos y allí estabas tú.

Me crucé los brazos y entrecerré los ojos con una expresión de cabreo.

—Tienes una reputación fantástica, Alicia.

Arqueé una ceja, aunque sus halagos hacían mella en mí.

—¿Qué hago yo aquí?

Se acercó tanto a mí que pude ver las manchas negras que tenía en los ojos verdes como el mar.

—Tengo una propuesta para ti. Mejor dicho, dos.

—¿Una propuesta?

—Dos —desvió la cabeza hacia el jardín y me di cuenta de que había una mesita puesta para dos personas—. Almuerza conmigo.

Coño... Eso era una montaña rusa de emociones y tuve que ponerme el cinturón de seguridad para poder hablar con la más profesional de mis voces.

—La verdad es que no hace falta...

Sus ojos me atravesaron hasta los higadillos.

—Almuerza.

Hablaba con una autoridad, una fuerza y una seguridad en sí mismo que me dejaba sin fuerzas para oponerme a su petición.

Sabía que no debería quedarme, que debería marcharme, que debería salir corriendo porque estaba mirándolo y lo que quería hacer de verdad era caer sobre su pecho, pegar la oreja a su corazón y escuchar su maravilloso palpitar hasta el estremecimiento. Lo que quería hacer de verdad era desvestirse a esa estrella del rock y acariciarla de los pies a la cabeza.

Sin embargo, ni podía ni lo haría, sería un disparate.

Lo que aquella noche fue sencillo y natural, era imposible en ese momento.

No éramos una pareja, ni siquiera éramos amigos. Éramos unos desconocidos que habíamos follado una vez.

No una, me corrigió mi memoria inmediatamente. Habíamos follado como posesos, pero solo había sido una noche, una noche... épica.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba mordiéndome el labio inferior hasta que me lo soltó con un dedo. Tenía los ojos clavados en los de él y me abrasaba por dentro. También notaba que el suelo se movía bajo nuestros pies... ¿lo notaba él?

—¿Almuerzas?

Me di cuenta de que no había contestado y asentí lentamente con la cabeza, tan despacio que fue como si estuviese drogada... y, en realidad, lo estaba. Él era una droga y yo era una adicta.

—De acuerdo.

Lo dije como si estuviese cabreada y lo estaba. Había sobrellevado el deseo que sentía hacia él y había archivado aquella noche con él. En ese momento, estaba mirándolo otra vez y barajaba posibilidades que ni me atrevía a analizar.

Tenía que ser fuerte. Podía con eso. Podía dominarlo.

Era un día templado, las nubes bajas hacían de invernadero y me alegré de que no hubiese nada caliente para comer. La mesa tenía una ensalada de batata con queso feta y hierbas aromáticas o algo así y otra de... ¿kale? En el centro, majestuoso, un melocotón.

—Me acuerdo de lo que te gusta.

Me guiñó un ojo y me hirvió la sangre. Era ambiguo a propósito, pero me imaginé que no estaba hablando del melocotón. Nunca podría volver a mirar un melocotón sin acordarme de cómo... me lo comió Ethan Ash. Mis ojos, por iniciativa propia, le miraron de arriba abajo y se detuvieron en la entrepierna. El abultamiento no era imaginación mía y me alegré, me alegré mucho. Si yo iba a tener que sofocar un acaloramiento sensual, que él tuviera que hacer lo mismo...

—Me alegro de saberlo.

Sonrió con indolencia mientras me apartaba la silla. Fui a sentarme, me rozó los hombros con las manos y sentí una descarga eléctrica.

Sirvió dos copas de agua con gas y lo observé. Lo observé con todo

detenimiento. Que le caía el flequillo sobre la frente; que agarraba la botella con una firmeza casi autoritaria; que se le juntaban las pestañas, largas y tupidas... Que era sexy y seguro de sí mismo aunque estuviese haciendo algo tan insignificante.

Me recordé que con Jeremy me pasaba lo mismo, que el deseo me cegaba, que no podía sentir nada más.

Levantó la mirada y sonrió, aunque la sonrisa casi se desvaneció cuando me vio. Me imaginé que podía parecer como un lobo que miraba a un cordero, estaba hambrienta y él era mi comida.

¿O era al revés? Estiró las piernas por debajo de la mesa y sus pies me rozaron los tobillos. No supe si lo había hecho intencionadamente o no, pero daba igual, el efecto fue el mismo, sentí un calor ardiente por todo el cuerpo.

—Entonces... —intenté por todos los medios recuperar algo del control de la situación—. ¿Por qué no vamos al grano?

Él entrecerró los ojos y me miró pensativamente, como si intentara adivinar mis intenciones.

—Me lo pasé bien la otra noche.

Tragué saliva, pero no sirvió de nada. La belleza de aquella noche me abrasaba.

—Yo también —reconocí con una voz ronca y cautelosa.

—Quiero repetirlo.

Las alarmas se dispararon dentro de mí. ¿Repetirlo?

—¿Por qué?

Él se rio en voz baja y se inclinó mirándome a los ojos.

—¿De verdad quieres que te lo recuerde?

Noté una llamada en las mejillas.

—Ethan, fue un revolcón de una noche. Hemos terminado, por definición.

—¿Eso es lo que quieres? —me preguntó él moviendo la cabeza pensativamente.

«Lárgate de mi casa, putita». Ella se giró con la cara colorada y el pelo negro. «¿Creías que podías traerla aquí y que no me enteraría? Por favor, Jeremy, ¿creías que no la olía en las sábanas? ¡Nuestros hijos llegarán dentro de diez minutos! ¡Lárgate de mi casa!».

Tuve ganas de vomitar por el espanto de aquella tarde tranquila, cuando

me despertó la esposa de mi prometido, cuando me di cuenta de que me había tragado toda su historia de principio a fin. Miré a Jeremy y vi mis sueños, él era una pesadilla andante.

¡Qué poco me había costado creerme todas sus mentiras!

«Estoy con la familia de mi hermano mientras reforman mi casa».

¡Era su familia! Los dibujos de sus hijos en la nevera. La foto de su esposa en el rellano. Qué idiota fui. Me juré que no volvería a ser tan estúpida, que un hombre no me atraparía hasta el punto de que perdiera el sentido común y dejar de pensar.

No quería relaciones sentimentales, ni siquiera quería relaciones sexuales.

Hasta que Ethan Irresistible Ash hizo que me olvidara... durante una noche.

—Sí —contesté con poco convencimiento—. Mira, Ethan... —suspiré casi como si me disculpara y me pregunté cuántas veces habrían rechazado a Ethan Ash—. No quiero una relación sentimental. La otra noche fue genial, pero solo fue sexo. Sexo del bueno...

—Por eso es perfecto —me interrumpió él con una expresión burlona.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque yo tampoco quiero una relación sentimental.

Dio un sorbo sin apartar la mirada de mis ojos y volvió a dejar la copa sin romper ese contacto visual.

—Solo quiero follar contigo.

Sentí un fogonazo que me bajaba por toda la columna vertebral. Era muy tentador y yo también quería lo que él quería. Quería arrancarme la ropa y rogarle que me tomara allí mismo, sobre ese césped impecablemente cortado y bajo ese cielo gris y tórrido.

Sin embargo, ¿era eso posible? ¿Podíamos echar un polvo sin que intervinieran los sentimientos? No sabía si tenía lo que había que tener para hacerlo.

—Es demasiado complicado.

Oí mi recatada réplica y, en cierta medida, me alegré de que me quedara algo de sentido común.

—Lo que sentimos no tiene nada de complicado —me rebatió él.

—No quiero... enrollarme.

—¿Por qué? —me preguntó él con los ojos entrecerrados y una tensión repentina—. ¿Estás con alguien?

Se me paró el pulso solo de pensarlo y negué con la cabeza, pero los recuerdos de aquella aventura estaban grabados muy dentro de mí. Me habían tildado de «la otra» sin que yo lo supiera y lo aceptara. Era un ultraje que seguramente arrastraría toda mi vida. A la esposa de Jeremy le daba igual que yo no tuviera ni puta idea de que estaba casado, de que fuese padre. Me había acostado con su marido, me había enrollado con el padre de sus hijos, había roto una familia.

Me sonrojé por el remordimiento y noté que los ojos me escocían de repente, pero contuve las lágrimas.

—Mira... —siguió él con un suspiro—. No sé si te habrás enterado, quiero decir que se publicó en su momento... Rompí con mi novia hace unos meses.

Me miró a los ojos con una expresión atormentada que se parecía a lo que yo sentía por dentro. Ladeé la cabeza e intenté recordar. Mis conocimientos sobre *Poldark* son inmensos, como los de los árboles genealógicos de Westeros, pero los dramas de la vida real...

—Estaba completamente jodido —él sacudió la cabeza como si no quisiera pensar algo tan doloroso—. La noche que te conocí me había enterado de que se había prometido.

—¿Y estabas cabreado?

No fue una pregunta, pero él me contestó en cualquier caso.

—Eso es decir poco, quería acabar con todo y con todos.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —pregunté al notar que algo cambiaba dentro de mí.

No contestó y mi experiencia con Jeremy me recordó que eso indicaba secretismo, que estaba ocultándome algo.

—Olvídalo —seguí en tono tajante—. Me da igual, no voy a meterme en medio.

—Está prometida a otro hombre —insistió él en un tono descarnado—. No hay «en medio» de nada.

—¿Sigues enamorado de ella?

La pregunta lo sorprendió con la guardia baja. Fue como si se diese cuenta

de lo impropio que era hablar conmigo, con la última mujer que se había tirado, de la mujer que amaba.

—¡No! Creo que, en este momento, sería más exacto decir que la odio.

No lo tuve en cuenta, yo también sabía lo que era el dolor, lo había padecido.

—Se puede amar y odiar a la vez.

—¿Lo dices por experiencia propia? —me preguntó a bocajarro.

—Sí.

Lo reconocí, pero también le advertí que estaba dando la conversación por terminada... y él pareció entenderlo.

—No a Sienna, no después de lo que me ha hecho.

—¿Sienna Di Giorgio?

Me acordé. Había salido en todos lados y la gente había cotilleado sobre ese asunto. Fue muy sonado para quienes se preocupaban por esas cosas... que era casi todo el mundo.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—Es posible que sea lo que necesitas... —comenté con ciertos celos atenazándome por dentro—. ¿No deberías dejarlo zanjado?

—Hablar con Sienna no dejaría zanjado nada —él se rio, se levantó y se acercó a mí de una manera feroz, indómita—. Quiero follarte.

Di un respingo por la sinceridad y crudeza de la declaración.

—¿Un polvo por despecho?

Cierto instinto de conservación me hizo llamar a las cosas por su nombre antes de que fuéramos más lejos.

—Algo así —contestó él.

Quise aceptar y entregarme plenamente a él, pero había cierto peligro. ¿No estaría siendo una necia?

—¿Solo sexo?

—Solo sexo.

Él me tendió una mano. La tomé y me levantó. Estábamos pegados el uno al otro. Titubeé y él me susurró al oído con una voz ronca.

—Yo...

Me tomó el lóbulo de la oreja con los dientes y tuve que contener la

respiración.

—Quiero...

Me agarró el vestido por el dobladillo y me lo subió hasta las caderas.

—Follar...

Me rodeó el culo con las manos y me estrechó contra su erección. Se restregó y gruñó al acordarme de lo que me gustaba tenerlo dentro.

—Follarte...

No había terminado de decir la última palabra cuando ya estaba soltándole la hebilla del cinturón. Yo también quería lo mismo.

Su ex... Mi ex... Habían dejado de existir.

En mi cabeza solo había sitio para Ethan Ash y le abrí los vaqueros, metí la mano y le rodeé el rabo con los dedos.

—Joder... —gruñó él.

—Es un disparate.

—No —murmuró él—. Es una propuesta. Tú, yo y un polvo. Es muy sencillo.

Frotó la barba incipiente contra mi mejilla antes de besarme sin contemplaciones, como si yo tuviese la culpa de que hubiésemos pasado cuatro días separados. Era un disparate, era una insensatez y sabía que podría arrepentirme, pero me arrepentiría mucho más si no lo hacía.

Me arrastró mientras nos besábamos y entramos en la casa, no habíamos entrado casi cuando caímos sobre el suelo de madera en un revoltijo de ropa y hormonas, de avidez y lujuria. Me puso de espaldas y me quedé temblando mientras se ponía el condón, yo le bajaba los vaqueros y él terminaba de quitárselos sin dejar de besarnos.

No me quitó las bragas, no había tiempo. Apartó el encaje y entró con una acometida precisa y potente, con todas las ganas del mundo, como si supiera lo dispuesta que estaba, lo húmeda y deseosa que estaba. Grité y me arqueé para invitarlo a que me acariciara, pero no necesitaba invitaciones. Ya tenía las manos por debajo de mi vestido, ya tenía los pezones entre el índice y el pulgar y me elevaba cada vez más alto, me transformaba, era suya...

Era primario, no tenía nada de refinado o seductor, pero jamás había estado tan excitada. Me corría y notaba que otro orgasmo estaba pidiendo paso con todas sus fuerzas. Le clavé las uñas en las caderas; noté su carne cálida y

tersa y quise dejársela marcada como si fuese mía.

Le rodeé la cintura con las piernas y me tomó el culo con las manos y me lo sobó hasta que gemí en su boca.

No podía pensar, solo podía sentir y lo sentía en todos lados. Cada acometida lo metía más dentro de mí, hasta que existí solo para eso, para él.

Además, conservaba la suficiente cordura como para que me diera miedo.

—¿No habías dicho dos propuestas?

Estábamos recuperando el aliento y su cuerpo era un peso que anhelaba sobre mí.

—Es verdad —contestó él con una sonrisa sensual—. ¿Significa eso que aceptas la primera?

—Estoy pensándomelo —contesté yo haciendo una mueca.

—¿Necesitas que te convenza más?

—Es posible.

Me tembló el cuerpo. No. Quería dormir con él una y otra vez y eso, por sí solo, debería disuadirme.

Ethan se movió un poco y mi cuerpo reaccionó al instante.

—Tengo una arquitecta para el interior, pero quiero tu aportación artística, quiero que toques el sitio con tu varita mágica. ¿Crees que podrías hacerme eso?

Debería escamarme su forma de decírmelo, pero no me daba miedo. Habíamos sido sinceros, nos habíamos inmunizado contra las secuelas sentimentales. Estaba bien ligar con él porque los dos sabíamos lo que queríamos, y lo que nos jugábamos si no lo sabíamos.

—¿Estás pidiéndome que trabaje para ti?

—Sí. ¿Qué contestas?

Tenía que aceptar, ¿no?

—¿Por qué no me enseñas la casa mientras tomo una decisión?

—Supongo que esto podría ser una especie de cuarto de estar.

Él hizo un gesto que abarcó todo un espacio diáfano en el último piso de la casa. Era enorme, incluso desangelado. Me imaginé inmediatamente cómo

podía quedar. Una decoración neutra, paredes color crema, el suelo de madera barnizada y una de las paredes pintada con un gris oscuro. Iluminación moderna, lámparas de suelo redondas y apliques curvos en las paredes, y una alfombra de pelo largo en el centro... y arte contemporáneo.

Sabía que Christie's va a subastar una obra de Hirst y me la imaginé en la pared. No me acordaba del tamaño exacto y saqué mi iPad mini del bolso.

—¿Qué te parece algo así?

Le enseñé el cuadro, pero no me acerqué demasiado para no arriesgarme a olerlo y a tocarlo. Todavía le daba vueltas en la cabeza a lo que había pasado abajo y no sabía si debería salir corriendo y ponerme a salvo o fingir que solo era trabajo. Había elegido lo segundo, pero cada movimiento que hacía él me recordaba lo que habíamos hecho, lo que deseaba, e intentaba por todos los medios darle sentido.

—Me encanta —contestó él mirándome a los ojos.

Era tan franco y sencillo que me costaba creer que sintiera algo parecido al lío que sentía yo por dentro. ¿Por qué estaba complicando las cosas? Éramos dos adultos que queríamos follar como locos y sin ataduras. ¿Qué tenía eso de peligroso?

Me di la vuelta inmediatamente para que no pudiera captar en mi cara lo que acababa de pensar.

El asunto con Jeremy me asustaba y seguramente me asustaría toda mi vida. Según Eliza, me había jodido la vida y yo había estado de acuerdo.

Me enamoré de él enseguida y como una loca, y creí que había sido recíproco. Me creí todo lo que me dijo. Aunque debería haber visto indicios durante los seis meses de relación. No me contestaba las llamadas muchas veces; me daba explicaciones muy raras sobre lo que había hecho; cambiaba los planes en el último momento; una vez fuimos a un restaurante, una pareja se acercó a hablar con nosotros y la mujer no paraba de mirarme con una perplejidad evidente. Hasta que, efectivamente, su esposa nos pilló in fraganti.

Había sido una idiota. ¿Estaba siéndolo en ese momento?

—¿Cómo es posible que tengas una casa tan enorme cuando ni siquiera vives en Estados Unidos?

Él se encogió de hombros como si estuviésemos hablando de un apartamento de una habitación y no de dos casas unidas.

—Me gusta este sitio y hago giras por Estados Unidos. No es tan raro que quiera tener algo aquí. Además, es una buena inversión.

—¿No te cansas de viajar? —le pregunté mientras asentía pensativamente con la cabeza.

—Intento no viajar mucho.

—Pero sales de gira...

—Sí, salgo de gira, pero obligo a mi representante a que me dé semanas enteras cuando vuelvo a casa, para dormir en mi cama.

¿Para ver a Sienna? Dejé a un lado a esa mujer. Estaba prometida. Habían roto hacía meses, no eran como Jeremy y Fiona.

—Me espantaría —comenté en tono pensativo.

Pasé por encima de un hueco entre los tablones y fui al otro lado de la habitación, hacia el ventanal del suelo al techo que daba al jardín. La comida seguía en la mesa. Mi pobre tenedor estaba clavado en una rodaja de batata como si esperara que alguien lo agarrara.

—¿De verdad?

—De verdad. Soy muy hogareña.

—No lo habría dicho.

—¿No?

—No.

Se puso a mi lado y me di cuenta de todas las cosas que no quería ser.

—No puedo enrollarme contigo —dije sin mirarlo a los ojos.

—¿No puedes o no quieres?

No me había dado cuenta de que había hecho esa distinción, lo había eludido intencionadamente.

—Creo que eres un problema —hice un esfuerzo para mirarlo—, y no me va eso.

Él me miró detenidamente y en silencio, hasta que habló.

—¿Pero sí te iba?

Parpadeé para disimular la sorpresa. ¿Por qué lo sabía? Torcí la boca y me encogí de hombros.

—El problema me venía a mí —le corregí—, y he aprendido a verlos venir.

Él no dijo nada y nos quedamos mirando el jardín, que era precioso.

Seguía sintiendo una vibración por todo el cuerpo por cómo nos habíamos corrido juntos. Éramos dinamita pura. Por separado éramos inofensivos, pero juntos...

No teníamos esperanza.

—Aun así, me gusta la idea de... dormir contigo.

Miré su atractivo rostro, esos labios que me volvían loca.

—Dormir es lo de menos...

Él me guiñó un ojo y, que Dios se apiadase de mí, sentí un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Es verdad —le sonreí—. Sabes, estaba preguntándome si no podríamos limitarnos a pasarlo bien juntos.

Él resopló con alivio.

—Doy gracias a Dios por eso...

Sin embargo, seguía sin estar convencida de que fuese una buena idea, seguía aterrada de todo lo que podía salir mal.

—¿Cómo podría dar resultado? Quiero decir, solo puede ser sexo, sin ataduras.

—Sí... —él sonrió y me miró a la cara—. Eso podemos hacerlo...

—¿Y si no podemos? ¿Y si uno de los dos quiere algo más?

—No queremos —contestó él arqueando una ceja.

—¿Cómo lo sabes?

—Si eso te tranquiliza —él se encogió de hombros—, podemos poner unas reglas del juego.

—¿Unas reglas del juego? —asentí lentamente con la cabeza porque me parecía una buena idea, pero no pude evitar meterme con él—. Es usted decepcionantemente conservador para ser una estrella de rock, ¿no le parece, señor Ash?

—Me temo que, efectivamente, podría serlo.

Él me guiñó un ojo y sentí una punzada en las entrañas. No tenía nada decepcionante, absolutamente nada.

—¿Te parece más aceptable la conversación si hago esto? —añadió él.

Me besó en el cuello y sentí una oleada de excitación por todo el cuerpo. Asentí con la cabeza, pero ya me costaba pensar con coherencia. La cosa fue a peor cuando metió la mano por debajo de la falda e introdujo los dedos entre

los pliegues húmedos y cálidos. Dejé escapar un gruñido por esa... incursión tan placentera.

—Estabas hablando de....

Gemí por el placer en aumento y el deseo creciente.

—Reglas del juego... —contestó él con la voz ronca.

—Es verdad.

Incliné la cabeza hacia atrás hasta que se chocó contra el cristal. El placer me arrastraba otra vez. ¿Cómo podía hacerme aquello? Hacía años leí un artículo en *Cosmopolitan* sobre las calorías que quemaba una mujer cuando se corría. ¿Eran sesenta o cien? Desde luego, iba a tener que aumentar la ingesta de hidratos de carbono mientras follaba con Ethan.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó sin separar los labios de mi boca.

Me estremecí por lo sensual que era.

—Diversión —contesté como pude mientras el placer se adueñaba de mí—. Solo diversión.

—¿No quieres flores ni quedarte a dormir ni esperas nada aparte de la satisfacción? —bromeó él—. ¿No quieres nada serio?

—No... Diversión... —le clavé los dedos en las caderas—. Joder, Ethan, estoy...

Se retiró y abrí los ojos como platos. La furia empezó a dominarme hasta que... hasta que se puso de cuclillas y su lengua se encargó de que el placer no cesara.

—Dios...

Le clavé los dedos en los hombros con todo el peso apoyado en el cristal.

—¿Qué más? —le preguntó él a mi clítoris.

No pude evitar reírme, aunque enseguida la risa se convirtió en un grito de anhelo. Lo hacía tan bien, lo hacía todo tan bien...

—Es pasajero... —yo ya no podía hablar. No quería ni hablar ni pensar—. ¿Hasta cuándo...? —hice una pausa para intentar tomar aire—. ¿Hasta cuándo te quedas en Estados Unidos?

—Dos semanas.

—Muy bien —asentí con la cabeza, aunque estaba perdiendo la cabeza por el placer—. Esa es nuestra fecha límite.

Ya no podía formar más palabras, pensamientos u objeciones. Vibraba

contra el ventanal y contra él, que me agarraba con fuerza y me besaba mientras me apaciguaba. Sabía lo que necesitaba y expresaba ese conocimiento con cada movimiento de su boca y su cuerpo. Tenía miedo y era temeraria, era una contradicción entre sus brazos, contra el cristal, en su casa.

Entonces, se levantó.

—Trato hecho.

Capítulo 7

—¿Quién coño es ella?

Estaba aturdido y me costó reconocer la voz de Sienna en el teléfono.

—¿Quién es quién? —me froté los ojos y me dejé caer otra vez en la cama

—. Sienna, son las cinco de la madrugada.

—¿Quién es la mujer que está contigo?

Pensé inmediatamente en Ally y palpé para comprobar si estaba. Naturalmente, no estaba. Nada de quedarse a dormir...

—¿Qué mujer?

—Ya, claro, me imagino que hay un millón, pero me refiero a la que hoy sale en todas las páginas de cotilleos, a la pelirroja.

¿La foto que nos sacaron la noche que ligamos estaba en Internet? Me pudo la curiosidad. Puse el altavoz del móvil para conectar con un navegador sin tener que cortar a Sienna.

—¿Estás de coña? Estás prometida, ¿puede saberse qué te importa a quién esté tirándome?

—Entonces, ¿estás tirándotela! —gritó Sienna.

Bingo. Se me alteró el pulso. No podía verse la cara de Ally, pero, evidentemente, era ella. Tenía algo muy elegante, incluso en la foto del paparazi. Tenía el pelo por encima del hombro y la cara escondida. Yo la agarraba posesivamente con una mano.

—Sí —entrecerré los ojos—. Puedes estar segura...

—Ash, por favor... Un poco de categoría.

—¿Quién fue a hablar! ¿No crees que deberías haberme avisado antes de *tuitear* a todo el mundo que estás prometida?

Se quedó en silencio y me pregunté si tendría remordimientos, pero lo

descarté. Sienna era especialmente egoísta.

—No debería haberlo hecho.

Era algo, pero no bastante. Era un ejemplo de nuestra relación. Metía una pata horrorosa y casi se arrepentía acto seguido. Siempre era insuficiente y yo siempre dejaba que quedara así.

Hasta ese momento.

—¿Puede saberse qué estabas pensando?

—Habíamos bebido algunas botellas de champán —murmuró ella—. Creo que la verdad es que no estaba pensando nada. En cualquier caso, tú no puedes hablar.

—¿Porque me acuesto con otra en la intimidad de mi hotel?

—No pretenderás que me crea que es solo una. He visto cómo te persiguen. Me imagino que, a estas alturas, tendrás una orgía cada noche.

Me reí.

—Si eso es lo que quieres imaginarte, allá tú.

Una orgía no tendría nada de lo que me ofrecía Ally. Me recosté en las almohadas y cerré los ojos. Recordé cómo me la chupó mirándome a los ojos y se me puso dura.

—Eres un cabrón —sollozó Sienna.

—Vale, es una suerte que ya no tengas que aguantarme más.

Corté la llamada y tiré el teléfono a un lado. Era mucho más divertido imaginarme los labios de Ally alrededor de mi polla que discutir con Sienna. Sin embargo, la conversación me había alterado. Nuestra ruptura fue espantosa, no, fue mucho peor que eso.

Recordaba vagamente que Sienna me tiró un florero de cristal mientras gritaba y que yo le decía cosas atroces, cosas de las que me arrepentía.

Los dos estábamos muy cabreados, los dos sabíamos que estábamos agarrándonos a algo que había estado muy bien y que se había agriado poco a poco. Como si la relación se hubiese ido envenenando a lo largo de los años y no hubiésemos querido reconocerlo.

La última pelea fue la constatación. No había quedado amor.

Lamentaba cómo habíamos acabado. Estábamos bien cuando estábamos juntos y nos conocíamos como solo podíamos conocernos nosotros, los dos habíamos pasado de ser personas normales a ser personas famosas casi de un

día para otro.

Eso también significaba que deberíamos haber sido discretos y no habernos peleado en la calle. Sin embargo, Sienna era así y explotaba en plena tarde, con el maquillaje cayéndole por las mejillas, con los pies descalzos y gritándome como si todo el mundo tuviese que saber nuestros problemas.

Efectivamente, nuestra ruptura había sido una mierda.

Me puse unos boxers, tomé la guitarra mecánicamente y miré hacia Manhattan.

Las cosas con Sienna eran un jaleo, pero daba igual porque lo que tenía con Ally era perfecto. Follaba con alguien normal y sin exigencias, con alguien que parecía menos interesado que yo mismo en todo ese coñazo de salir juntos.

Nada de flores ni de salir juntos.

Solo sexo.

Además, teníamos una fecha límite que nos ahorraaba la pesadez de preguntarnos a dónde íbamos... De repente, tuve unas ganas horrosas de verla.

Estaba pensando...

Mandé el mensaje de texto con una sonrisa y sin ninguna esperanza de que fuese a contestarme. Era muy temprano y, seguramente, estaría dormida.

La idea me gustaba...

Dejé el teléfono en la mesita, al lado de los pies, y tomé la guitarra. Siempre la tenía a mano cuando estaba componiendo, y llevaba un mes haciéndolo. Empecé a tocarla y pensé en su sonrisa.

Ally.

Se me escapó su nombre, me incliné hacia delante y garabateé una letra que solo yo podría descifrar, anoté los acordes y volví a recostarme hacia atrás mientras cantaba la canción mirando por la ventana.

Zumbó el teléfono.

¿En general o en algo concreto? Creo que deberías preocuparte si no piensas alguna vez.

Ponía el emoticono de un beso al final y me recordó tanto a ella que la sonrisa estuvo a punto de rasgarme la cara.

Bueno, pensaba en algo muy, muy concreto.

Aparecieron tres puntos que indicaban que estaba escribiendo, pero desaparecieron otra vez. Sonreí, dejé el teléfono y tomé otra vez la guitarra para seguir tocando. Sin embargo, a los diez minutos, cuando no había contestado, me puse impaciente.

Agarré el teléfono y estaba a punto de ponerme a escribir cuando entró un mensaje.

¿Concretamente...?

Me reí.

¿Diez minutos para una palabra? ¿Te parece normal?

Los puntos de su móvil se movieron como locos.

¿Estás pegado al teléfono esperando a que conteste?

Algo me atenazó las entrañas. Eso era divertido y hacía años que no me divertía tanto. Pensé en Sienna con remordimiento. ¿Cuándo dejó de parecerme divertida? ¿Era algo normal después de haber conocido a una persona durante mucho tiempo?

Sí. ¿Tú no?

Miré por la ventana mientras esperaba a que contestara, pero no tardó mucho. Mis plegarias habían sido escuchadas. Me mandó una foto suya, una foto sonriente, una foto... ¿corriendo? Amplié la foto. Parecía un parque y llevaba auriculares y una gorra.

Estaba muy guapa incluso así, sin maquillaje y congestionada por el ejercicio. La anhelaba.

Bonita. La próxima vez podrías correr en mi dirección...

Me pregunté si una insinuación tan evidente habría sido sensata, pero me contestó al instante.

Estaré ahí dentro de diez minutos.

Coño, qué bien...

Ethan Ash no andaba, se arrastraba como el dios del sexo y del rock que era.

Lo miraba desde mi observatorio privilegiado al otro extremo del vestíbulo de hotel Gramercy Park y cada paso arrastrado que daba hacía que me subiera la temperatura y que me bullera la sangre. Por eso, cuando se paró

delante de mí, era como un charco de lava en la carísima butaca de cuero.

—Hola...

—Dios mío, ser tan sexy tendría que ser ilegal.

Soltó una carcajada, me di cuenta de que lo había dicho en voz alta y me puse roja como un tomate hasta la raíz del pelo. Me pregunté fugazmente si tenía sentido que hubiese acudido así, justo después de haber corrido. ¿Debería haber pasado por casa antes para darme una ducha, peinarme y maquillarme?

Él se puso serio, se compadeció de mí y se inclinó.

—Lo mismo te digo.

Me dio un beso casto en la mejilla. Mi cuerpo, sin embargo, no opinó lo mismo y todas las células me vibraron entre gritos de alegría solo de pensar lo que les esperaba.

—Nunca me olvidaré de ti en licra... —me susurró al oído con la voz ronca.

El deseo se adueñó de mí y me corroyó por dentro. Me levanté, pero me flaquearon las rodillas y estuve a punto de chocarme con él. ¿A punto? Quería chocarme con él. Sin embargo, se movió con rapidez para evitar la colisión y me puso una mano en la parte baja de la espalda. Ese gesto posesivo hacía que me derritiera. Lo miré a los ojos y vi el mismo ardor que me abrasaba las entrañas.

—¿Vamos...?

Asentí con la cabeza porque no estaba segura de que pudiera hablar.

Su sonrisa fue lo que me faltaba para que terminara de desarmarme. Se extendió por todo su rostro sin dejar de mirarme a los ojos y me hundí, no pude mantenerme a flote.

Había otra pareja que también estaba esperando el ascensor y, naturalmente, reconocieron a Ethan No Te Olvides De Que Soy Famoso Ash. Me aparté con una sonrisa tensa y adopté una actitud seria. Él esbozó una sonrisa provocadora que fue todo lo que necesité para saber que se había dado cuenta.

Miré al frente y no hice caso de la mirada embobada de la otra mujer. Cuando se abrieron las puertas, ellos entraron por delante. Me puse al fondo del ascensor y me quedé allí mientras que Ethan se apoyaba con

despreocupación y un gesto algo burlón en el panel de botones.

—¿Qué? —le pregunté en cuanto nos quedamos solos.

—¿Te abochorna que te vean conmigo?

—No —contesté con una sonrisa forzada—. Esta mañana había una foto de nosotros en los periódicos.

—¿En los periódicos? Sabía que estaba en Internet.

—¿Está en Internet?

Se me aceleró el corazón, pero no pasaba nada. La mujer de la foto no se parecía a mí. Sin embargo, sí pasaba algo porque no podría soportar que mi padre y mi madre tuvieran que pasar el trago de otro escándalo. Todavía no habían superado todo el asunto de Jeremy. Me parecía que se lo habían tomado peor que yo todavía. No solo había sido «la otra», sino que también había sido una destrozahogares. ¡Él tenía hijos!

Si descubrían que estaba teniendo una aventura exclusivamente sexual con una superestrella como Ethan, renegarían de mí.

—Mmm...

Se acercó y yo me quedé donde estaba, con la espalda pegada a la pared. Me costaba respirar, me costaba soltar el aire, como si pesara. Estrechó su cuerpo contra el mío, pero no me tocó con las manos, las puso contra la pared del ascensor, a ambos lados de mí. Me enjaulaba, pero mi deseo era incontrolable, llenaba ese cubículo y nos rodeaba como una neblina espesa.

Se abrieron las puertas y se apartó de mí. Me tomó una mano y salimos al pasillo enmoquetado. Estaba vacío, gracias a Dios, porque no quería separarme de él. Nos movimos deprisa, como si la misma fuerza silenciosa acelerara nuestros pasos.

Introdujo la llave en la ranura y abrió la puerta de par en par.

—Usted primero, señorita Douglas.

—Gracias, señor Ash.

Entré y me encontré con la mesa donde hicimos al amor la primera vez, no, donde follamos la primera vez. Me dirigí hacia ella, apoyé las caderas en el borde y pasé los dedos por el cristal. Se me aceleró el pulso por los recuerdos. Él estaba mirándome y sonreí al saberlo.

Se acercó lentamente y me levantó la gorra de béisbol. Me pregunté si tendría el pelo aplastado contra la cabeza, sobre todo, cuando siguió

mirándome con todo detenimiento.

Me tomó las mejillas con las manos y fue retrasándolas hasta la cinta que me recogía la melena en una coleta. Me la quitó con firmeza y con la mirada fija en lo que estaba haciendo. Yo pude fijarme en él, en la hendidura de la barbilla, en la pequeña arruga entre las cejas, en el color de sus ojos, que me había hipnotizado desde que lo vi la primera vez.

Dejé escapar un suspiro y él sonrió.

Me agarró el borde de la camiseta y me la levantó un poco, lo justo para que sus dedos me tocaran la piel con una devoción extraña, como si estuviese adorándome en mi altar. También debería decir que si alguna vez me concedían la categoría de diosa, me pasaría todo el tiempo haciendo eso.

Me miró a la cara, pero no dijo nada, se limitó a mirarme fijamente durante un segundo interminable, hasta que, entonces sí, me levantó la camiseta por encima de la cabeza y la dejó en la mesa.

Llevaba un sujetador deportivo de color verde chillón que se me pegaba a la piel. Metió los dedos por detrás y lo aflojó, pero me besó antes de que intentara quitármelo. Fue un beso ávido y profundo, un beso posesivo, rabioso, conquistador... y apasionado, muy apasionado.

Le rodeé la cintura con las piernas. Tenía el miembro duro, lo notaba a través de la ropa y gemí en su boca. Ese gemido debió de transmitirle todo lo que quería, porque cruzó la suite conmigo y me llevó al dormitorio.

Me quitó el sujetador mientras me dejaba en el suelo y me reí cuando se me enganchó en el pelo.

Él no se rio, estaba serio y concentrado. Noté una punzada por dentro.

¿Me deseaba a mí o a ella? La noche que nos conocimos estaba furioso con ella y me deseó a mí. ¿Me deseó por mí o por desquitarse de ella? ¿Quería hacerle daño a ella o follarme a mí?

¿Qué me importaba? Eso era exactamente lo que yo quería. Un polvo ardiente y sin ataduras.

Nos corrimos juntos y deprisa. Follamos como si fuésemos dos personas que habían pasado varios meses separadas. Nuestros movimientos tenían una voracidad impetuosa que explotaba enseguida.

Después, me abrazó con fuerza contra su pecho, me besó la cabeza y me acarició el pelo.

—Explícamelo, ¿de qué va todo esto?

Él me metió otro trozo de melocotón entre los labios. Yo me deleité con su dulzura sin mirarlo.

—Hemos visto dos capítulos, ¿cómo es posible que no te enteres?

—Es posible que haya estado un poco distraído.

Alargó una mano y me secó un reguero de zumo de melocotón que me caía por la barbilla. Me sonrojé.

—Es muy angustioso —suspiré con una desesperación fingida—. Ha estado en la guerra y todo el mundo lo da por muerto. Su pobre prometida ha tenido que llorar su pérdida y que seguir adelante con su vida. Cuando decide casarse, una segunda elección muy mala, hay que reconocerlo, ¡él vuelve a aparecer en el pueblo!

Me miraba fijamente, como si hubiese empezado a hablar en un idioma desconocido para él.

—En esencia, es la lucha entre el bien y el mal. Es un drama y también hay amor, pero es tan... Olvídalo.

—Es aburrida —replicó él encogiéndose de hombros.

—¿Cómo es posible que no la entiendas? ¡Me indigna! No tiene nada de aburrida.

Cortó otro trozo de melocotón. Aunque estaba mirando al frente, lo vi por el rabillo del ojo. Vi sus dedos largos que manejaban el cuchillo con destreza.

Giré la cabeza con los labios separados mientras él levantaba la fruta. Me la metió en la boca, pero le rodeé los dedos con los labios y me los quedé mirándolo a los ojos.

—Además —seguí después de soltarle los dedos—, Aidan Turner está buenísimo.

—¿Ese? —preguntó él arqueando las cejas.

—Sí.

Volví a mirar la pantalla y sonreí para mis adentros al darme cuenta de que él se quedaba dándole vueltas a la cabeza.

—Bueno... Si te van melancólicos y respetables...

—Creo que es lo que les va a todas las mujeres —repliqué sin mirarlo.

—Te cuidado, Alicia.

—¿Qué pasa? —le pregunté con una expresión de inocencia.

Me sorprendió y se sentó a horcajadas encima de mí. Me metió el último trozo de melocotón en la boca, pero sacó los dedos, tiró el hueso y tomó el mando a distancia. Quitó el sonido a *Poldark* y me besó en la boca. Noté el sabor a melocotón y supuse que a él le pasaría lo mismo.

—No pasa nada —me mordió el labio inferior—, pero no quiero compartirme con *Poldark*.

Sonreí sobre su boca aunque una campana de alarma estaba repicando en mi cabeza. Solo era una broma, estaba siendo gracioso, estaba distrayéndome de una serie que no le gustaba... y yo estaba encantada de que me distrajera.

—Quédate esta noche.

Estaba a punto de quedarme dormida. Había perdido la noción del tiempo, habíamos pasado horas en su cama. Habíamos hablado y nos habíamos besado, mi cuerpo era una mezcla extraña de levedad y pesadez, me sentía saciada y... necesitada.

—¿Qué día es?

No era una broma del todo. La semana había pasado tan deprisa que no me acordaba bien del día que era.

—Sábado. Mañana es domingo.

Me pasó un dedo por la nariz, siguió toda la curva hasta la punta y luego lo bajó a los labios. Se lo besé y él sonrió a mi lado. Siguió el recorrido del dedo por la barbilla y el canalillo de los pechos. Se me puso la carne de gallina.

—Ally...

—Mmm...

Me incorporé un poco para prestar atención.

—Quédate esta noche.

—Nada de quedarse a dormir, ¿te acuerdas?

—Mmm... Pero eres tan suave...

Me acarició el pecho, me tomó el pezón entre los dedos y tuve que contener la respiración. Sabía que era peligroso quedarme a pasar la noche y

que tenía que marcharme. Lo haría... enseguida. Ya no podía ni pensar ni hablar, ni evitar el agotamiento. Me quedé dormida con su mano en el pecho y con recuerdos de él rondándome por la cabeza.

Capítulo 8

¿Dónde estás?

Me guardé el teléfono en el bolso sin contestar y fijándome solo en las flores que tenía delante. Había puestos callejeros por toda la acera, pero yo tenía mi favorito y era fiel. Elegí dos ramos de tulipanes, uno amarillo y el otro rosa, y saqué algo de dinero del bolsillo trasero. Los estreché contra el pecho mientras me abría paso por el mercado y me paré para comprar un *pretzel* y un café, que tuve que agarrar con una mano.

Merecía la pena. El *pretzel* estaba caliente y blando, la masa era salada por fuera y casi dulce por dentro, era la metáfora perfecta de Nueva York, esa ciudad que me pareció impenetrable al principio y que ya adoraba. Noté que zumbaba el teléfono, pero no podía contestarlo, tenía las manos ocupadas.

Tendría que esperar.

Solo sexo...

Nada de flores...

Nada de quedarse a dormir...

Nada de amor y compromiso...

Nada de complicaciones...

Nada que pudiera rompernos el corazón.

Sonreí con firmeza y seguí sorteando puestos callejeros y personas, perros y niños, hasta que doblé la esquina de mi calle. El corazón me dio un vuelco. Me gustaba estar allí, prefería estar en mi casa que en la habitación de su hotel.

Lo había pasado muy bien, pero si me hubiese quedado a pasar el día, habría creado un precedente y no estaba dispuesta. Fue inteligente que me escabullera mientras estaba dormido y sin darle un beso en la mejilla siquiera

para no despertarlo, para que no me devolviera el beso y mis buenas intenciones se esfumaran.

Llegué a la puerta de la calle justo cuando estaba saliendo Kelvin Monteith, el vecino del piso de encima. Me la sujetó y se ofreció a subirme los tulipanes. Negué con la cabeza, subí las escaleras tintineando las llaves y abrí la puerta del apartamento.

Eliza seguía dormida, pero Cassie estaba preparando el desayuno en la cocina. Oí a beicon en cuanto entré en casa.

—¡Buenos días! —la saludé jovialmente y sacudiendo los tulipanes—. Son preciosos, ¿verdad?

Ella arqueó una ceja y taconeó elocuentemente.

—¿Qué?

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Has estado con él otra vez?

Negué con la cabeza, pero me encogí de hombros.

—Sí.

—Es la tercera vez esta semana, ¿no?

—¿Quién las cuenta...? —pregunté sonrojándome.

Ella me miró un rato y suspiró.

—Ally...

—Lo sé.

Dejé las flores en el banco y me puse de puntillas para llegar a una jarra de cristal que estaba encima de la nevera. La llené de agua hasta la mitad y ya iba a meter las flores dentro cuando Cassie me la quitó y la vació. Empezó a limpiarla por dentro y entonces vi una marca antigua que había dejado el agua. Solo Cassie veía esos detalles tan nimios.

Yo estaba en mi punto más bajo y Cassie y Eliza me apoyaban, su preocupación era natural, pero no iban a hacerme daño otra vez.

—Esto es distinto.

—Sí, claro, no puede haber dos hombres tan misóginos y narcisistas como Jeremy.

Todas leímos muchos libros de autoayuda psicológica después del incidente de Jeremy. Era un modelo preventivo para nosotras, estaba segura de

que llegaría a ser como un mito urbano. El Cabrón.

Aun así, a pesar de todas las heridas metafóricas que me hizo, todavía arrastraba un instinto de defenderlo. Fue tal el poder que ejerció sobre mí que, en cierta medida, todavía me tenía sometida. ¿Cómo era posible que lo odiara y que no quisiera que otros lo hiciesen?

—Ethan está bien —repliqué en cambio.

Además, no pensaba añadir que estaba segura de que estaba utilizándome para llegar a olvidarse de Sienna Di Giorgio.

—Ya... —la cautela de Cassie era comprensible—. Tú, ten cuidado.

Asentí con la cabeza y la miré a los ojos para tranquilizarla. No podía reprocharle que se preocupara. Cassie y Eliza habían tenido que levantarme con parihuelas después de Jeremy, habían tenido que recoger todos los trocitos de mi corazón, uno a uno.

—Lo tengo, de verdad, Cassie.

¿Qué más podía hacerse que acordar las condiciones del contrato antes de tener una aventura?

—De acuerdo.

Se inclinó hacia delante y me dio un mordisco al *pretzel*. Éramos tan amigas que no me quejé, aunque esos malditos bollos me daban la vida. Yo también le di un mordisco y di un sorbo de café, y saqué el teléfono y lo abrí cuando creí que estaba distraída dándole la vuelta al beicon.

Tenía que seguir siendo mi corazón palpitante.

Había una foto de él. Llevaba una camiseta blanca de tirantes y sus vaqueros favoritos. Parecía desconcertado y estaba delante de la cama deshecha. Sostenía un melocotón en la mano... y me estremecí.

¿Vas a volver?

Miré la foto unos segundos más. La punzada de deseo fue inconfundible. Me complació que me quemara porque sabía con certeza que volvería a estar con él... pronto, cuando hubiese comprobado que podía estar lejos.

Desgraciadamente, era muy normal que te piropearan por las calles de Nueva York. Por eso, el martes por la tarde cuando salí de trabajar y oí un silbido, me puse muy recta y seguí andando.

—¡Tía buena!

La voz me pareció conocida, dejé de andar y me di la vuelta muy despacio. Vi la limusina y a Grayson. La ventanilla estaba lo bastante bajada como para que viera los ojos y el pelo de Ethan. No necesité nada más para que me estremeciera por dentro.

Agarré bien la bandolera del bolso y me dirigí hacia el coche.

—Hola.

—Os espera vuestro carruaje, *milady*.

Arqueé una ceja. Las sensaciones forcejeaban a brazo partido. Verlo me gustaba, claro, pero también me preocupaba. Me preocupaba que eso no entrara en el trato.

—Mi carruaje puede seguir su camino, me gusta pasear.

—Vaya —él hizo un gesto con la cabeza—, pero tengo una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —repliqué poniendo los ojos en blanco.

—Creo que esta sí te gustará.

Abrió la puerta unos centímetros y estuve tentada de largarme en dirección contraria, pero había pasado dos noches sin él y me había demostrado que podía sobrellevar eso... ¿o no?

—¿Qué sorpresa?

Me subí a la limusina y su cercanía me desarboló al instante. Su olor, la posibilidad de que fuera a acariciarlo muy pronto...

Me senté y me puse el cinturón de seguridad en el asiento que tenía al lado.

—Ethan...

—Ya lo verás —sonrió enigmáticamente y se inclinó hacia mí—. Te comería...

Grayson arrancó y se mezcló con el tráfico. Veía, borrosos, los edificios que pasaban, pero no sabía a dónde íbamos y la curiosidad me corroía por dentro, hasta que supe que estábamos a unas manzanas del MoMA. Había pasado tanto tiempo allí desde que llegué a Nueva York que era como mi segunda casa.

Me encantaba, pero no me encantaba la idea de estar allí en ese momento, cuando Ethan no me había besado desde hacía días, cuando Ethan no me había follado desde hacía días, cuando podíamos estar en su hotel haciendo todo lo que había fantaseado esa misma tarde.

—¿Y bien?

Me bajé del coche y miré con admiración el edificio. Desde ese punto era moderno y hermoso, pero me gustaba más mirarlo desde dos manzanas de distancia, desde donde podía verse la disposición confusa de los distintos niveles, el equilibrio precario de unos encima de los otros, como si fuera una construcción hecha por alguien de tres años. Podría escribir una tesis sobre el significado de esa superposición temeraria e irreverente, sobre el equilibrio entre las líneas y el orden con el caos y la disposición aleatoria en apariencia, sobre por qué tiene sentido cuando no debería.

—Miras ese sitio como yo te miro a ti —comentó él con sensualidad.

—¿Como si fuese una mezcla de orden y desbarajuste?

—Algo así —me guiñó un ojo y sentí un escalofrío por toda la columna vertebral—. ¿Vamos...?

El deseo de estar sola con él estaba librando una batalla, y perdiéndola, con el amor que sentía hacia ese sitio. Me dirigí hacia la puerta y noté que la atracción del museo era mayor con cada paso que daba.

Grayson nos había conseguido una especie de pase especial y no tuvimos que esperar. Nos recibió una empleada del museo que era una joven impresionante con piel color caramelo, pelo castaño, unos enormes ojos marrones y un escote impresionante. Miró a Ethan de tal manera que me hizo pensar que preferiría comérselo de verdad, no solo con la mirada.

Noté un desagradable sabor a adrenalina en la boca. Se me apagó un poco la excitación ante la perspectiva de no estar sola con Ethan, pero no me puse tensa por eso.

Ethan Ash estaba muy bueno, tanto que no era normal y llamaba la atención, era hipnótico. Además, era enormemente famoso y estaba allí conmigo, pero no lo estaría al cabo poco más de una semana. Al cabo de poco más de una semana estaría con otra, estaría haciendo el amor con otra, estaría engatusando a otra con su voz ronca y su sonrisa, otra como esa empleada del museo más que... dispuesta.

Mis celos eran infundados, pero inequívocos.

—La señorita Douglas es una especialista en arte, estaré bien en sus manos —le explicó Ethan a la empleada.

Yo sentí un alivio infantil.

—Claro, no pasa nada, pero no dude en llamarme si necesita cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—¿Así es todo para ti? —le pregunté a Ethan mientras nos alejábamos—. ¿Entradas especiales y personas que se desviven para servirte?

Él me sonrió, me tomó una mano y me la apretó de una forma que indicaba, una vez más, intimidad y cercanía. Yo también se la apreté.

—No.

—¿No?

—¿Adónde vamos?

Nos paramos delante del jardín de esculturas y señalé con la cabeza hacia las escaleras.

—Al arte contemporáneo, claro.

—¿Por qué «claro»? —me preguntó mientras me acompañaba.

—Porque me gusta empezar por el final e ir bajando.

Le sonreí y, de repente, me sentí cohibida. Era inexplicable y no me gustó. Desvié la mirada y la fijé en la pared que tenía delante. No era una primera cita... Era un disparate.

—En cierto sentido, es más fácil entender el arte contemporáneo. Llega a la gente porque encaja con los gustos y las necesidades de este momento.

—A mí no —él sacudió la cabeza—. Donde estén los impresionistas...

Hice un gesto de aprobación e intenté disimular mi escepticismo, aunque él lo captó.

—¿Qué pasa? ¿Te parece mal?

Elegí las palabras con mucho cuidado.

—El impresionismo seguramente sea el movimiento con más admiradores.

—Entonces, ¿no puede gustarme porque le gusta a todo el mundo?

—Puede gustarte lo que quieras. Solo digo que tiene ventaja porque es muy... accesible. Girasoles, lirios... Están muy asentados en la cultura popular. Puedes ver a Monet en los anuncios de los aeropuertos. A la gente no le gustan necesariamente los impresionistas, sino que los reconoce.

Él se llevó una mano al pecho como si se sintiera dolido y dejó de andar.

—¿Qué...?

Miré alrededor y, afortunadamente, no había nadie mirándonos.

—Me has herido —se quejó él en un tono muy teatral.

—Lo siento —sonreí para que supiera que no lo sentía lo más mínimo—. Siempre soy excesivamente sincera.

—Te equivocas —él se puso serio y me tomó la mano—. Te lo demostraré.

Me contuve las ganas de decirle que, en teoría, yo era quien iba a enseñárselo a él. Subimos varios tramos de escaleras hasta que una señal nos indicó dónde estaba al ala de los impresionistas.

A pesar de todo lo que acababa de decir, tuve que detenerme cuando entramos en la sala, me sentí abrumada por la belleza y la profunda singularidad de todas y cada una de las obras que teníamos delante.

Ethan me miró y siguió avanzado despacio. Ojeó todos los cuadros hasta que se detuvo delante de un Matisse poco conocido que se llamaba, según la cartela, *Mujer leyendo*.

—Este es el primer cuadro que me encantó en mi vida.

Miré el cuadro y lo miré a él sin salir de mi sorpresa.

—¿Por qué?

—Tiene algo que me llega dentro. A lo mejor es porque da la espalda. Todo el cuadro es casi desdeñoso. La composición es desconcertante y que me excluya hace que quiera tocarle el hombro para que me mire.

Estaba describiendo tan bien lo que creía que quería transmitir Matisse que quise besarlo. No todo el mundo sabía hablar de arte y que Ethan Ultrasexy Ash lo hiciera tan bien que era increíblemente sensual.

—Eso está muy bien —reconocí sin poder disimular el sentimiento de la voz—. El arte debería crear ese tipo de emociones en uno. Lo único que importa es la reacción emocional, independientemente de lo que la inspire.

—Entonces, ¿pueden gustarme los impresionistas otra vez? —bromeó él olvidándose de las teorías cerebrales.

—Sí, supongo...

Así, entre Van Goghs, Monets y Seurats, empezamos nuestro recorrido por el MoMA.

—Muy bien —dijo él cuando ya habíamos visto dos plantas completas—. Te he enseñado la mía. ¿Cuál es la tuya?

—¿Mi qué...? —pregunté sinceramente desconcertada.

—Tu obra favorita.

Caray, era impresionante cuando hablaba de arte. Creía que podría haberla hartado con mi verborrea sobre *Mujer leyendo*, pero, al parecer, la había estimulado, como si creyera que estaba hablando con una alma gemela, con alguien que entendía su amor por el arte... y, escuchándola, creía que podría.

Ally Douglas podía explicarme cualquier cosa y dejarme maravillado. La miraba fijamente mientras me contaba que la luz y la sombra se empleaban para dar la sensación de tres dimensiones, pero yo solo podía pensar en la luz y las sombras en su cara y en todas las dimensiones de sus ojos mientras la luz del atardecer entraba por la ventana e iluminaba su rostro.

También pensaba en la luz y las sombras de su voz, en cómo variaba el tono por la emoción mientras se movía por el museo y me aleccionaba con naturalidad. No lo hacía porque quisiera que yo aprendiera ni porque creyera que yo debería saber esas cosas, lo hacía porque no podía evitarlo.

El arte era su pasión y lo vivía de una forma apasionada.

La escuchaba con paciencia aunque estaba abrasándome por dentro. Quería decirle lo hermosa que era, quería decirle que era la mujer más hermosa que había visto.

No solo eso. Quería hacer más cosas así. Me gustaba salir con ella y tomarle la mano. Me gustaba la idea de salir a cenar con ella. Quería que fuese a un concierto mío y que me esperara entre bastidores.

Me molestaban esos límites que me había empeñado en poner y sabía por qué.

No me gustaba que Ally me dejara a un lado y se alejara de mí de una manera natural cuando le convenía. Yo tenía la necesidad insaciable de alterar esa facilidad con la que lo hacía, de alterarla un poco. ¿Por qué? ¿Para que se olvidara de nuestras reglas aunque solo fuera un rato?

Me la sudaba.

—Eres preciosa —le murmuré acercándome a ella.

Levantó la cabeza tan bruscamente que llegué a pensar que podía haberse dislocado algo. Me miró fijamente, pero no dijo nada. Esos malditos ojos podrían arrastrarme hasta el infinito. Entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, desvió la mirada y me dejó a un lado.

—Ese.

Yo no pude desviar la mirada hasta que vi que tenía un dedo levantado y que señalaba algo. Seguí la dirección del dedo y acabé viendo un retrato al otro lado de la sala. Era el retrato de una mujer con el pelo rojizo y la piel muy blanca. Estaba de perfil y tenía un gesto enigmático en los labios que despertaba la curiosidad. Tomé la mano de Ally, que seguía señalándolo, y fuimos hacia el cuadro.

—¿Es tu favorito?

—Sí —reconoció en voz baja.

La miré y estaba sonrojada. ¿Acaso estaba incómoda conmigo?

Objetivamente, Ally siempre era impresionante, pero cuando se sonrojaba, cuando resplandecía con esa calidez interna, no se parecía a nada que hubiese visto en el mundo. Era... intrigante incluso en medio de esas obras de arte, era una mezcla de inteligencia, madurez y fragilidad.

El anhelo, ávido e insistente, se adueñó de mí, pero había demasiadas personas como para que pudiera hacer lo que me apetecía; tomarla entre los brazos y besarla como si mi vida dependiera de ello, literalmente.

—¿Por qué?

Se mordió el labio inferior, me miró y volvió a desviar la mirada una vez más.

—Bueno, es que me gusta. Van a cerrar enseguida —añadió para cambiar de conversación—. Tendríamos que irnos.

Capítulo 9

Me sentía como si el ascensor estuviese parado.

Ethan estaba a mi lado y subíamos gracias a los cables y las poleas, pero lo necesitaba a él. Necesitaba que me la metiera. Me daba igual que me dijera que era preciosa, que recorriera conmigo el MoMA y que mirara los cuadros mientras escuchaba cómo se los explicaba.

¡Eso era incumplir las reglas! ¿Qué coño estábamos pensando?

Teníamos que echar un polvo inmediatamente para que no nos olvidáramos de todo lo que queríamos sacar en limpio... y de lo que no.

Cuando se abrieron las puertas, por fin, no pude contener un gruñido de alivio. Me sonrió, me rodeó la cintura con un brazo y me llevó por al pasillo pegada a su costado. Una vez dentro de su habitación, nada más entrar, me abalancé sobre él para besarlo.

Él me besó con la misma avidez. El anhelo era recíproco, apremiante, abrasador...

—Jooodeeerrr... —se apartó de mí y me miró como si quisiera entenderlo, entenderme, entender nuestro deseo—. Joder, ¿qué coño estás haciéndome...?

No quería hablar, ni siquiera de sexo y de ese anhelo insaciable que nos dominaba. Me pegué a él, lo besé, le saqué la camisa de los pantalones. Él me levantó el vestido por encima del culo y dejó de besarme lo justo para desvestirme por completo.

Me metió las manos por debajo de la cinturilla de las bragas, me las bajó, me agarró por detrás y me levantó como si no pesara nada. Le rodeé la cintura con las piernas y su beso llegó a abrasarme por dentro. Me tumbó en el sofá y su beso, su peso, el contoneo de su cintura... Arqueé la espalda para sentirlo

más cerca, pero había demasiada ropa en medio.

—Tengo que...

Le desabroché el cinturón. Él se soltó el botón, se bajó la cremallera de los vaqueros y se los quitó casi sin dejar de besarme. Sus labios me tentaban, su lengua me tentaba, hacían que me olvidara de todos los motivos para que eso no pasara a mayores, hacían que quisiera más, hacían que quisiera rogarle que permaneciera en mi vida, fuera como fuese, aunque sabía que solo éramos algo pasajero, que eso era lo único sensato y lo único que yo debería desear.

Le pasé los dedos por la espalda y gruñó, creo que soltó algún impropio, pero solo podía oír la campana del deseo, nuestras respiraciones entrecortadas, el sonido de esa pasión acuciante que nos definía.

Me gimió al oído y dejé escapar un sonido que se parecía a un jadeo. Era muy sexy, tenía una voz preciosa, descarnada, famosa... Entonces, por primera vez, caí en la cuenta de que estaba acostándome con alguien muy famoso que todo el mundo conocía, y me aparté un poco para mirarlo a la cara, para mirarlo a los ojos.

¿Qué coño estaba haciendo?

El corazón me dio un vuelco, se estrelló contra las costillas y unos sentimientos que no quería analizar, ni mucho menos, me oprimieron el pecho. ¿Por qué había tardado tanto en darme cuenta de que no era solo Ethan? ¿Por qué había tardado tanto en recordar que era Ethan Ash, una superestrella?

—¿Qué pasa?

Su voz grave me llegó con su calidez hasta el rincón más recóndito del cuerpo y me abrasó de adentro afuera. Sacudí la cabeza, pero seguía con los labios fruncidos. Lo besé para pensar en otra cosa y me dejé arrastrar una vez más por esa carga de sensualidad que nos dominaba.

—¿Te pasa algo?

—Fóllame —contesté asintiendo con la cabeza.

Él se rio sin ganas.

—Alicia...

Vaya, encima me llamaba por mi nombre verdadero.

—Estoy bien.

Le clavé los dedos en las caderas, lo estreché contra mí y me arqueé un poco. Él se apartó y por un instante pensé que no iba a darme lo que

necesitaba. Estaba vacía... Entonces, un momento después, volvió con un condón en la mano y una sonrisa en los labios.

—Alicia Douglas, eres un misterio.

—¿Un misterio bueno?

—Fantástico.

Me guiñó un ojo y se me secó la garganta.

Tenía que mantenerlo como algo liviano y divertido...

Lo agarré por detrás de la cabeza, se la bajé, le busqué la boca con codicia, tomé todo lo que me ofrecía y le exigí más. Eso no tenía nada de liviano, pero sí era lo más divertido que había hecho en mi vida.

Esa necesidad era devoradora, no era ni tan ciega ni tan tonta como para fingir que no lo necesitaba. Si no tenía cuidado, iba a dominarme y perdería la independencia.

Tenía que tirármelo y largarme.

Lo empujé con rabia, con avidez, con desesperación, y nos caímos del sofá a la moqueta. Él se rio, pero yo ya le había quitado el envoltorio del condón, lo rasgué y se lo puse. Él me miró y me temblaron las manos. Me quité apresuradamente la ropa interior, me puse a horcajadas encima de él, me incliné hacia delante para besarlo y me lo introduje hasta dentro.

La pasión se adueñó de nosotros y nos movimos deprisa, con ansia. Yo movía las caderas, pero él gruñó y nos dio la vuelta para ponerse encima de mí. El peso de su cuerpo era un placer celestial. Le rodeé las caderas con las piernas, pero él me agarró las pantorrillas y me las levantó más. No podía contener el placer que se apoderaba de mí. Cerré los ojos con todas mis fuerzas mientras ese fuego me devastaba por dentro, hacía que temblara y sudara.

Se detuvo y yo gruñí cimbreado las caderas.

—Mírame.

Me lo ordenó con la voz ronca y con un dedo debajo de la barbilla para levantarme la cara hacia él.

—Mírame —repitió él.

Entonces, me di cuenta de que tenía los ojos cerrados. Parpadeé para abrirlos y me arrepentí en ese instante. Fue como si me hubiesen apuñalado. Algo penetrante y desagradable se me clavó en el pecho, algo que no sabía qué

era, ni quería saberlo. Miré por encima de su hombro, pero él sacudió la cabeza.

—Quiero verte cuando te corras.

—Me verás... —murmuré yo.

Sabía que la oleada estaba a punto de llegar. Él empujó y me clavé las uñas en las palmas de las manos con la respiración entrecortada.

—Déjame que te vea.

No sabía qué quería decir. Lo miré para intentar adivinarlo y nuestros ojos se encontraron. Se movía dentro de mí sin apartar la mirada y yo tampoco la aparté porque, de repente, no pude. Había unas fuerzas invisibles que me obligaban a ser valiente aunque estuviese huyendo de esa sensación, de esa tormenta perfecta.

Inexplicablemente, noté la amenaza de unas lágrimas. Parpadeé, pero no dejé de mirarlo y empecé a caer, no podía agarrarme a nada, flotaba ingrávida, arrastrada por el placer.

Estaba segura de que él lo veía porque me miraba fijamente y me besaba de una manera distinta mientras me estremecía entre sus brazos. Era un beso más cálido que apasionado, un beso de comprensión y aceptación. Yo también lo besé.

¿Qué podía hacer si no?

Se movió lentamente dentro de mí para que los músculos que estaban apretándolo volvieran a su estado normal. Entonces, acometió con fuerza y grité, y caímos juntos esa vez, agarrados de las manos, sobre la misma ola de placer. Grité su nombre una y otra vez. No grité Ethan Ash porque volvía a ser Ethan, quien hacía que me sintiera como jamás había creído que podría sentirme.

Ethan, quien era mío, no del mundo. Sabía que sí lo era, pero así, allí, era mío... y yo era suya.

Eso me desquiciaba, me sacudía por dentro. Yo no era de nadie.

Me quedé rígida debajo de él y le puse una mano en el pecho mientras miraba hacia otro lado.

—Eres acojonante —comentó él—. Esto es acojonante.

—No soy yo —repliqué en tono serio.

—Creo que tiene que serlo...

Me besó la punta de la nariz y me estremecí. Tenía que escapar de esa perfección antes de que me absorbiera y me privara de la poca cordura que me quedaba.

—Tengo que irme.

—Sigo dentro de ti —contestó él con una risa ronca.

Se movió y me quedé sin respiración, con las mejillas acaloradas.

—Lo sé.

Hice un esfuerzo para decirlo en un tono desenfadado, burlón.

—No vas a irte a ninguna parte.

Sin embargo, se apartó, se levantó y cruzó la habitación del hotel hacia el cuarto de baño. Lo miré, mis ojos devoraron con voracidad su hermoso cuerpo desnudo.

Salió al cabo de un minuto con una toalla alrededor de la cintura y descolgó el teléfono.

—Soy Ethan Ash, póngame con el servicio de habitaciones.

Me apoyé en los codos. Sabía que debería hacer un esfuerzo para vestirme, pero disfrutaba demasiado mirándolo. Intenté convencerme de que me movería enseguida.

Él se dio la vuelta y nos miramos a los ojos. Pude notarlo dentro de mí, aunque estaba al otro lado de la habitación y me dejé arrastrar. Esa especie de espejismo sensorial era muy hermoso y poderoso.

—Entrecot, patatas fritas, aros de cebolla y ensalada —arqueó una ceja y tapó el teléfono—. ¿Quieres algo más?

Negué con la cabeza.

—Helado, ostras, pan de ajo y un melocotón.

Me guiñó un ojo, colgó y fue hasta la cama. Me miró fijamente, con una expresión indescifrable, y me tendió las manos. Sabía que era una imprudencia, pero mis manos, como si tuvieran voluntad propia, tomaron las de él y me levantó. Nuestros cuerpos se unieron y contuve el aliento.

—Te he echado de menos.

El corazón me dio un vuelco. No podía haberme echado de menos, no éramos... eso.

Sonreí, pero supe que solo me había salido media sonrisa. Estaba demasiado alterada, perpleja y preocupada.

—Quiero preguntarte una cosa.

Yo creía que mi mirada no era especialmente alentadora, pero él no pareció darse cuenta. Empezó a cantar otra vez. Era su última canción, la que ponían en todas las emisoras de radio y en todas partes, la canción que era el número uno en las listas... era muy famoso y, aun así, hablábamos como si diese igual.

—¿Qué? —pregunté con cierta brusquedad.

—El viernes por la noche tengo una función. ¿Quieres venir?

Tardé unos segundos en encontrar el sentido real de las palabras, en comprender que tener una función era dar un concierto... y que no sería en una pequeña sala de un pueblo.

—¿Dónde...? —le pregunté con cierto desaliento.

—En el Garden.

—¿El Madison Square Garden?

Él asintió con la cabeza. El viernes por la noche, cuando yo solía salir a beber copas con mis dos mejores amigas, él cantaría ante decenas de miles de personas.

—Qué bien —no sabía qué contestar—. Estoy bien...

—Ya sé que estás bien —él hizo una mueca irónica con los labios—. Te he preguntado si quieres ir al concierto.

Me mordí al labio inferior y decidí que lo mejor era ser sincera.

—¿Te ofenderías si dijera que no?

—No —él se rio—. Mi ego no es tan frágil. Sin embargo, me produce curiosidad.

—Es que...

¿Cómo podía expresar con palabras algo que ni yo misma comprendía del todo?

—¿No te gusta mi música? —me preguntó él en tono burlón.

—No puedo soportarla —bromeé yo.

Él sonrió y se me alteró el pulso.

—Es que... —intenté seguir yo.

—¿Qué...?

Sonreía para mostrar que le divertía, aunque intentaba escuchar con seriedad esa cosa tan profunda que tenía que contarle.

—No lo sé. Es que... Para empezar, no te veo así. Sé que eres una superestrella, pero me gusta que todo parezca normal —hice una pausa—. Bueno, aparte de la lujosa suite, la megamansión en el centro de la ciudad y tu afición a pedir todo lo que hay en la carta del servicio de habitaciones.

Él se rio.

—Además, los dos sabemos que esto no es una... relación sentimental —hice un esfuerzo para mirarlo a los ojos—. Somos dos personas que hemos aceptado... dormir juntos. No, follar juntos. Hoy me lo he pasado muy bien en el MoMA contigo, pero no deberíamos repetirlo.

—La próxima vez podríamos tomar el transbordador a Staten Island.

—Lo digo en serio, Ethan —tenía que entenderlo—. Los dos hemos dicho lo que queremos con todo esto. El MoMA, tu concierto... Esas cosas no están en mi lista.

Me miró fijamente, con una mirada implacable, durante unos segundos.

—Creía que habíamos dicho que queríamos divertirnos.

—Sí. Una diversión... sexy.

Él se rio.

—Me pareciste muy sexy en el MoMA. Considéralo un prolegómeno. Solo fue una tarde.

—No —sacudí la cabeza con vehemencia—. Es más complicado que eso.

Él arrugó los ojos como si estuviese intentando por todos los medios no reírse.

—¿No te han dicho nunca que tienes tendencia a darle muchas vueltas a las gilipolleces?

—No tan elocuentemente —murmuré.

Él se rio un poco.

—Pues lo haces.

—Esto es peligroso —insistí con seriedad para llevarlo otra vez al meollo de mis preocupaciones—. Es peligroso para mí.

Sus ojos vibraron, estaba interpretándome, estudiándome, analizándome. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener una expresión inexpresiva.

—¿Quién te hizo daño?

Casi me tambaleé por la pregunta. Le solté la mano y retrocedí un paso.

—Nadie.

Fui hacia el ventanal. Me sentía rara, tenía frío y calor a la vez.

—¿Quién te hizo daño?

—Nadie —contesté más enérgicamente—. ¿Crees que el único motivo para que una persona no quiera tener una relación sentimental contigo es que está huyendo de un trauma del pasado o algo así? Menudo ególatra.

El ataque fue completamente injustificado, sobre todo, cuando él tenía razón.

—Creo que hay algo que no me estás contando —insistió Ethan sin alterarse.

Lo miré a los ojos en el reflejo del cristal. Su actitud era firme y noté que me presionaba. Tomé aire, pero no me llegó casi a los pulmones.

—¿Y...? —estaba a la defensiva y bajé la voz—. ¿Acaso tú me has contado todo sobre tu historia con Sienna?

Vi en el reflejo que él fruncía el ceño.

—No.

—Sin embargo, crees que yo tengo que ser un libro abierto para ti.

Se acercó despacio y noté sus manos en los hombros. Eran unas manos rotundas. Me dio la vuelta y me puso el pulgar debajo de la barbilla para que lo mirara.

—Tú eres la que está comportándose como si te hubiese pedido la puta mano. ¿Por qué?

—No es verdad —me mordí el labio inferior y me aparté de él—. Lo que pasa es que no quiero que cambies las reglas del juego durante el partido.

Me mordí el labio con más fuerza y él lo miró. Me dolió el corazón. Su rápida aceptación de mi punto de vista era mucho peor que sus ganas de negociar eso, fuera lo que fuese. Sabía que era para bien, pero me dolía que no pelease más.

¿Qué quería? ¿Quería que demostrara que deseaba algo que yo no estaba dispuesta a darle? ¿En qué sádica emocional estaba convirtiéndome?

—Un concierto, ¿eh? —lo dije en un tono tan desenfadado que quedó endeble—. ¿Estás nervioso?

Sonrió con desdén, como si estuviese pensando en otra cosa.

—No, no es el primero.

—No, claro.

Estábamos en un terreno más seguro y lo agradecía, pero la tirantez de la conversación seguía flotando entre nosotros, pegajosa e insistente. Me espantaba que hubiésemos discutido, me espantaba que pensara que era muy rara o que estaba completamente loca.

—Llevas mucho tiempo en esto, ¿no?

Él suspiró con cansancio. ¿Estaba cansado de mí?

Se dispararon las alarmas.

Yo estaba embrollándolo todo.

¿No era lo que buscaba? ¿No estaba empeñándome en dejar mis sentimientos al margen precisamente por eso?

—Sí.

Esquivé su contacto. La intimidad se había esfumado, éramos dos desconocidos en una habitación fría y llena de malentendidos. Mi vestido estaba al lado de la puerta. Fui hasta allí con las piernas temblorosas, lo levanté con la punta de los dedos y me lo puse. Cuando me di la vuelta, estaba mirándome con el mismo gesto de perplejidad en la cara.

No se merecía eso.

Tragué saliva y miré hacia el ventanal. Estaba intranquila e insegura.

—No te equivocas.

Lo dije con un hilo de voz, ni siquiera supe que iba a decirlo hasta que lo oí flotando en el aire hacia él.

—¿Sobre qué?

Me aclaré la garganta.

—Antes de ti, no había... Hacía mucho tiempo que no estaba con nadie.

—Sin embargo, sí hubo alguien importante antes que yo.

Asentí con la cabeza mirándolo a los ojos para que viera la profundidad de mis sentimientos y la intensidad de mi dolor.

—Sí.

—Y no salió bien...

Lo dijo con delicadeza, como si hubiese soltado el nudo de una cuerda.

Yo sacudí la cabeza y esas lágrimas, esas ridículas lágrimas, volvieron a escocerme en los ojos. Parpadeé con rabia para secarlas sin tocarme la cara.

—¿Qué pasó?

Lo preguntó con tanta ternura que creí que iba a desmoronarme, pero Jeremy no iba a debilitarme nunca más. Ya era fuerte, más fuerte que cuando lo conocí y creía en cuentos de hadas, en finales felices comiendo perdices y en almas gemelas. Cuántas sandeces.

Ethan creyó que no contestaba porque no quería hablar del asunto.

—Bueno... —se pasó el peso de un pie a otro—. No tienes que hablar de eso, pero tampoco te alejes de mí, Alicia. Quédate y... diviértete más.

Mi cuerpo dio un respingo ante semejante perspectiva. Era lo que necesitaba y quería, más que nada en el mundo.

—¿Por qué no te das un baño y te relajas? Te llamaré cuando haya llegado la cena.

Estaba siendo encantador y eso me dolía en el alma porque sabía las limitaciones que teníamos.

Aun así, asentí con la cabeza y fui al inmenso cuarto de baño antes de que él pudiera ver los sentimientos reflejados en mi cara, y antes de que yo pudiera entenderlos porque estaba muriéndome de miedo.

Habíamos devorado casi toda la bandeja del servicio de habitaciones. Aunque había dicho que no tenía hambre, esa inconcebible pasión multiorgásmica podía despertar el apetito a cualquiera.

—Las cosas iban mal entre Sienna y yo desde hacía mucho tiempo...

No sabía qué hacer. La curiosidad malsana me dominaba la cabeza, pero también sabía que esa conversación era peligrosa.

—¿Por qué?

Al parecer, la curiosidad se había impuesto.

Él tomó una patata frita y se la comió pensativamente.

—No lo sé —Ethan esbozó una sonrisa que me desarmó—. Es posible que nunca estuviésemos bien juntos, pero al final nos odiábamos. Aun así, que se prometiera a alguien al cabo de unos meses...

Hice una mueca de desagrado por su descripción y volví a pensar en Jeremy, en aquella tarde.

—¿Esto es lo que haces? —gritó la esposa de Jeremy—. ¿Me mandas a casa de mi madre con nuestros hijos para poder tirártela?

—¡Vamos, Fiona! ¿De qué te extrañas? Eres fría como el hielo y estoy aburrido. Ya no nos vemos, ¡ya no me acuerdo de la última vez que follamos de verdad!

El recuerdo me dolía en el alma.

—Las relaciones cambian, las personas cambian, el amor es complicado —dije encogiéndome de hombros—. ¿Le conoces a él?

—Sí, se llama Tom Banks —me contestó con un gesto de fastidio.

—Eso es mucho peor. ¿Te cae bien?

Ethan se encogió de hombros.

—La cuestión es que llegué a pensar que había algo entre ellos dos. Ella me dijo que eran imaginaciones mías.

Se me revolvieron las tripas. Mentiras. Amor y mentiras, qué complicado y qué corriente a la vez.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Intermitentemente, seis años.

Como si nada, como si eso no lo cambiase todo. Si me hubiese dicho que tenían gemelos, no me habría impresionado más. Era muchísimo tiempo. Él solo tenía veintiocho años. Empezaron a salir juntos cuando tenían veintipocos. Parpadeé, pero no pareció darse cuenta de lo alucinada que estaba.

—Y antes fuimos amigos durante otros seis años más o menos.

Era la misma historia que Jeremy y Fiona. Sentí un escalofrío, tuve la misma sensación de ser la tercera en discordia. Sin embargo, eso me pareció casi peor y no sabía por qué.

—Todo esto de la fama... es una cabrona engañosa. Lo digo porque conocí a Sienna antes, antes de que yo la alcanzara y de que ella también la alcanzara. Creí que eso nos... vacunaría, nos pondría los pies en la tierra.

¿No sabía cuánto me dolía oír eso? No, claro que no. Le había dicho que no quería nada de él, que éramos personas que follábamos... y, al parecer, ya era su psicoanalista también.

Estuve tentada de poner algún tipo de barrera, una raya en la tierra que indicara que no íbamos a hablar ni de Sienna ni de Jeremy, pero tenía una curiosidad malsana muy arraigada en mí, y me resultaba imposible pasarla por alto.

—¿La echas de menos?

Clavó los ojos en los míos y sonrió de oreja a oreja muy despacio, aunque también capté cierta resignación.

—Bueno, creo que he encontrado el tratamiento perfecto...

Capítulo 10

—¿Estás buscando a alguien?

Estaba rasgueando las cuerdas de la guitarra con los ojos cerrados y buscaba todas las notas de los acordes. Flotaban en el aire y podía verlas desde todos los ángulos, pero, sobre todo, me reverberaban por dentro con una frecuencia que conocía íntimamente.

Entonces, oí la pregunta. Carl llevaba años saliendo de gira conmigo y me conocía bien. En ese momento, me pareció que me conocía mejor de lo que yo me gustaría.

—No.

Era mentira. Seguía preguntándome si ella iría y pensando que me molestaba que no fuese. ¿Por qué me jodía tanto? Era difícil saberlo.

—¿Está Sienna?

¿Carl creía que estaba escudriñando entre el público por Sienna?

—No. Te recuerdo que rompimos.

—Joder, perdona, colega.

Hice un gesto de fastidio y empecé a tocar *Wild Silver*. Canté unas frases y me callé bruscamente. Había escrito esa canción para Sienna, con Sienna. Ese recuerdo era como un balón que se alejaba dando botes en medio de una neblina, podía verlo, pero cada vez era más borroso y no podía alcanzarlo. ¿Cuántos recuerdos tendría así, inevitablemente asociados a ella, pero intangibles?

—¿Te has enterado de lo de las entradas?

Parpadeé y volví a centrar mi atención en Carl, en el presente. Aunque, en ese momento, había otro espejismo en el horizonte, uno que hacía que sonriera. Si Ally no estaba allí, ¿dónde estaba?

Me la imaginé desnuda en mi suite, enjabonada en la ducha, cantando de esa manera desafinada que me gustaba tanto. Quería estar con ella y que le dieran al concierto.

—No, ¿qué ha pasado?

—Han llegado a mil pavos en la reventa.

Arqueé una ceja, aunque no me extrañó del todo. Las entradas se vendieron en media hora y mi representante no quiso hacer un segundo concierto.

—Joder...

—Pues sí.

Carl me dio otra guitarra. Le devolví la Fender y empecé a afinar la Gibson.

—¿Saldremos luego a tomar algo?

Mierda. Me había olvidado de nuestra costumbre. Siempre me llevaba al equipo a beber algo después del concierto. Sin embargo, Ally... desnuda en mi ducha, en mi cama...

Paul, mi representante, y Grayson aparecieron y no tuve que contestarle a Carl. Les sonreí, pero yo ya estaba pensando otra vez en el hotel y Ally me comía... de la mano.

Decidí que había hecho lo que tenía que hacer. No era una *groupie* y me habría parecido raro ver a Ethan en el escenario, como un dios del rock.

Entonces, ¿por qué estaba pegada al teléfono y no dejaba de mirar la cuenta de Twitter #ethannashNYC, que, naturalmente, era *trending*?

Estaban subiendo vídeos del concierto y los veía en cuanto aparecían. Hizo una versión acústica de *Hallelujah* que me puso la piel de gallina hasta en el más mínimo rincón del cuerpo, como meteoritos que se dirigían hacia su final natural. También cantó sus primeras canciones, más juveniles, rápidas y llenas de entusiasmo. Interpretó algunas baladas y una canción con Hunter Smith y Esther Scott de Scott Smith, mi grupo favorito de siempre.

Estaba increíble, increíble de verdad, aunque no dejaba de ser él mismo.

Aun así, me costaba identificar a Ethan, mi Ethan, con ese hombre que estaba actuando delante de decenas de miles de personas que chillaban, de mujeres que se desmayaban, que gritaban su nombre, que levantaban carteles

con declaraciones de amor... y él era guay, natural, saludaba con la mano, cantaba, iba de un lado al otro del escenario con su despreocupación característica. A mí se me había acelerado el pulso.

Dios mío.

Estaba buenísimo... y era mío.

¡Shh! Acallé esa parte gruñona de mi cabeza que no paraba de recordarme que no podía ser tan posesiva.

«Creo que he encontrado el tratamiento perfecto».

Esa frase había estado dándome vueltas por la cabeza y tenía que reconocer que me había aliviado, que me había liberado porque indicaba que estaba utilizándome como unas muletas, por despecho, de rebote mientras se olvidaba de Sienna. Eso significaba que podía relajarme, que no era nada serio para él.

Eso significaba que todo estaba bien.

Estaba bien que estuviese esperándolo, que estuviese en su hotel y él lo supiese, que había prometido que se daría prisa, que estaría contando los minutos...

Yo solo era un tratamiento y él era sexo abrasador. Era sencillo. No había perdido el control, los límites estaban claros y seguíamos dentro de ellos. Sentí un cosquilleo y miré con una sonrisa los detalles que había preparado para la suite. Velas, música, cena... Yo llevaba una provocativa bata negra y nada debajo.

Me tumbé en el sofá mirando el teléfono como si mi vida dependiera de ello.

Por fin, el concierto terminó. Ya no tardaría mucho, ¿no? ¿Cuánto?

Miré el teléfono y pensé mandarle un mensaje, pero lo descarté. Estaba deseando verlo, pero él no tenía por qué saberlo.

Había pasado casi una hora cuando oí ruidos fuera de la habitación. ¡Me puse nerviosa de repente! Me levanté de un salto y me alisé la bata con la mirada clavada en la puerta. Me pasé los dedos por el pelo para darle volumen y esperé.

Serían solo unos segundos.

Sin embargo, me dio tiempo a que el corazón se me desbocara y el estómago se me revoliera, a que la boca se me secara y empezara a sudar.

Esperé sin apartar la mirada y, por fin, empujó la puerta.

No sabía qué estaba esperando. ¿Que entrara, cerrara la puerta y mirara alrededor?

Pues no. Abrió la puerta y me miró como si supiera dónde iba a estar, cómo iba a estar esperándolo. Nos miramos a los ojos y el tiempo dejó de existir, se hizo un vacío, un agujero negro con solo nosotros dos en su centro cósmico.

No supe quién se movió primero, solo supe que nos movimos los dos con premura, que nos abrazamos, que nuestras bocas se buscaron y que nuestros cuerpos se fundieron en uno. Tenía la camisa húmeda de sudor. Lo besé y me besó, me arrastró por la habitación mientras me acariciaba la espalda.

Le agarré la camisa y se la levanté, le besé el cuello y los pectorales. Me deleité con esa perfección salada y se rio mientras me agarraba de las muñecas y me apartaba.

Lo miré a los ojos y tuvo que captar la voracidad, porque estaba devorándome por dentro.

—No, así, no.

—¿Cómo?

—Tengo que ducharme, estoy sudoroso.

—Me da igual.

Me reí, le bajé los pantalones y le tomé el culo entre las manos. Me agarró del pelo y apoyó su frente en la mía con los ojos cerrados y la cara arrugada.

—Joder, Alicia...

—Ya te ducharás más tarde.

Incliné la cabeza para buscarle los labios, para besarlo, para tentarlo, para rogarle... Fui bajando la boca y le mordí el hombro con delicadeza. Me reí cuando él gruñó.

—Fóllame ahora.

Volví a morderle y dejó escapar un sonido gutural, retrocedió y me arrastró hacia el dormitorio entre besos, ropa tirada y anhelo incontenible.

—Qué bonita... —susurró mientras me bajaba la bata.

Sentí el roce de la seda por la piel, parecía un líquido que me caía por las caderas hasta el suelo.

Salí del... charco mientras él me llevaba a la cama.

Se puso encima de mí y no lo cuestioné, no cuestioné que estuviese haciéndome el amor y yo no tuviera las riendas. No cuestioné que estuviese mirándolo fijamente, que tuviese el corazón desbocado y que mi cuerpo hubiese cobrado vida con unas necesidades que solo él podía satisfacer.

Gracias a Dios, se había acordado del condón. A mí ni se me había pasado por la cabeza. Se lo puso, me separó las piernas, me miró a los ojos y entró, tomó posesión inmediata e inapelablemente.

Era Ethan, mi Ethan, y estaba follándome de maravilla. Sin embargo, esa noche, también era Ethan Ash, una superestrella del rock, y yo era suya.

Le clavé los dedos en las caderas y las bajó para llegar más dentro de mí. Me recorrió el pecho con las manos, me los acarició, me los sobó, me pellizcó los pezones y grité. Él sonrió.

Bajó la boca y me pasó la punta de la lengua por uno de los pezones rampantes. Yo jadeaba de placer, de un placer fuera de mi alcance. Acometió con fuerza mientras me succionaba el pezón y no pude más. Grité como si estuviese despedazándome, pero no paró. Aunque mi cuerpo explotó al alcanzar el zénit del éxtasis, también me arrastraba a cotas de excitación y anhelo desconocidas, a placeres y sensaciones nuevos.

Clavé los talones en la cama, empujé hacia arriba para cerciorarme de que se quedaba donde lo necesitaba. Sin embargo, Ethan era un conocedor de mi cuerpo, no había que decirle nada para que lo supiera. Seguía donde lo necesitaba, sabía que yo estaba al límite y me miraba.

Yo también lo miré.

Esa vez no hizo falta que él me lo pidiera, porque no podía apartar la mirada, ni quería. Además, me sentía impotente. Había algo que me llamaba en el fondo de sus ojos y acudí, aunque no sabía qué era.

Acudí con todo mi ser. Cada parte de mí, por pequeña que fuera, era como un rompecabezas que iba encajando.

Acometió otra vez y gemí, me arrastró la oleada que estaba creando. Subió las manos a mi pelo y me pasó los dedos como si estuviese venerándome mientras su cuerpo poseía el mío. Aceleró el ritmo, me besó con fuerza e introdujo las manos entre mi pelo. Grité en su boca cuando explotó el orgasmo. Él respondió con un juramento ininteligible, empujó dentro de mí y volamos sin límites. Se estremeció encima de mí, le rodeé la cintura con las

piernas y lo besé, aunque los dos estábamos desintegrándonos.

Solo notaba mi corazón.

Palpitaba con fuerza y a toda velocidad, me exigía que lo escuchara y lo escuché, pero no entendí lo que decía. Solo sabía que jamás había sentido un placer como el que podía producir Ethan Ash. Se adueñaba de mí, me hacía su prisionera y me hacía volar al mismo tiempo.

Él se movió un poco y nos miramos a los ojos. Sonreí, toda yo sonreí de adentro afuera.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal el concierto?

Me miró la cara con una indolencia que me excitó de una manera distinta. Su seguridad en sí mismo era hermosa porque era natural, no se parecía nada al egocentrismo. Había aprendido cuál era la diferencia, antes de Jeremy creía que eran exactamente lo mismo.

—Bien.

—Te has hecho el amo de los *tuiteros*.

—¿De verdad? —preguntó arqueando una ceja tupida y oscura.

—Sí. Eres *trending topic*.

Su cara resplandeció con algo que no supe qué era.

—Eso es normal.

—Lo será para ti —repliqué entre risas.

—Para cualquiera que actúe en el Madison Square Garden.

Me trazó unos círculos alrededor de un pezón y se me entrecortó la respiración. Miré cómo me miraba y mi avidez se intensificó, mi anhelo de él era infinito.

—Dime una cosa... —murmuré.

—Una cosa.

Se me encogieron las entrañas al ver su sonrisa. Mi sonrisa solo era un susurro en mis labios. Pasó la mano al otro pecho y tuve que tomar aire.

—¿Qué estabas diciendo? —me preguntó.

—Se me ha olvidado.

Se rio y retiró la mano. Me quejé con un gruñido, le agarré la muñeca y le puse la mano donde estaba. Me gustaba que me acariciara. No, me encantaba.

Me encantaba todo cuando estaba con él.

¿De dónde coño había salido eso?

Me encantaba follar con él y punto. Se me puso la carne de gallina.

Me puse de costado, pero él no retiró la mano, hasta que fue bajándola y la dejó en la cadera... un momento. Luego, se acercó a mí y nuestros cuerpos se tocaron. Noté su erección y mis ojos se entrecerraron.

—Si no te hubieses convertido en una superestrella famosa en todo el mundo...

—¿Hay superestrellas que no son famosas? —me interrumpió él con una sonrisa indolente.

—De acuerdo. Si no te hubieses convertido en una superestrella superinterruptora famosa en todo el mundo, ¿qué habrías sido?

—Un gigoló.

Me reí.

—En serio...

—De acuerdo.

Volvió a mover la mano y me acarició el trasero, tamborileando con los dedos.

—Ally... —me apasionaba cómo decía mi nombre—. No se trata de la fama, eso es secundario. Si solo hubiese llegado a ganarme la vida cantando mis canciones en la calle, lo habría hecho. Lo he hecho. Lo importante siempre ha sido la música.

¿Cómo no iba a reaccionar a su pasión? Era muy sexy.

Se inclinó y me besó. Seguía teniendo la mano en mi culo y nuestros cuerpos desnudos estaban pegados el uno al otro. Sin embargo, se separó de mí tan repentinamente que me sobresalté.

—Voy a darme una ducha rápida.

Se levantó, desnudo y sexy, y fue, calmoso, por la sala de la suite. Se agachó para recoger los vaqueros y sacó el teléfono del bolsillo. Hizo algo y lo miré con curiosidad, pero fue muy fugaz. ¿Un mensaje corto? ¿Una ojeada a Twitter? Fuera lo que fuese, desapareció y oí el agua de la ducha al cabo de un segundo.

Me recosté en la cama y aspiré su olor, que seguía flotando en el aire.

Las yemas de los dedos me recorrieron el cuerpo sin mi consentimiento,

me acariciaron la piel que él había sensibilizado, que había besado, que había poseído con su cuerpo.

Oí la ducha y la impaciencia se abrió paso dentro de mí, la impaciencia por verlo otra vez.

Me levanté con el cuerpo dolorido de la mejor de las maneras y crucé la habitación del hotel. Recogí nuestra ropa por el camino, algo que ya se había convertido en una costumbre. Retiraba los vestigios de nuestra pasión tan deprisa como habían aparecido. Dejé sus vaqueros en el respaldo del sofá con mi bata encima y entré desnuda en el cuarto de baño.

Estaba tarareando con el cuerpo cubierto de espuma. El cristal estaba empañado por el vapor y no pude ver todos los detalles de su magnífico cuerpo.

Me acerqué con avidez y escuché con una sonrisa de admiración. Él tenía los ojos cerrados y pude entrever sus pestañas mojadas.

—Hola.

Apoyé la cadera en el lavabo y sonreí de oreja a oreja cuando abrió los ojos y me miró.

—Hola...

—No pares.

—Si querías oírme cantar, podrías haber corrido a verme... —replicó él con una ceja arqueada.

—He... corrido hace un momento...

Él se rio, pero empezó a cantar otra vez en voz más alta. Era una voz como caramelo caliente, pero también era áspera, con una profundidad ronca que hacía que me temblaran las rodillas. No había nadie como él. Reunía lo mejor de Bruno Mars, Ed Sheeran y Jason Marz y, aun así, era único y distinto a todos.

—Podría escucharte todo el día.

Abrió la puerta de cristal de la ducha y me tendió una mano sin dejar de cantar. ¡Por fin! Entré y tiró de mí moviendo las caderas. Captaba la pasión en su cara, la pasión por la música. Creaba un mundo con su voz, como yo lo creaba al juntar obras de arte, cuando creaba una habitación, una sensación, un estado de ánimo...

Cantaba y me abrazaba, miraba al frente, pero yo sabía que estaba viendo

la canción, que sentía las palabras. Era precioso, mágico. El agua caía sobre nosotros y yo no quería hacer nada que pudiera romper ese momento. Lo miraba de cerca y el corazón se me salía del pecho.

Cuando acabó la canción, me puse de puntillas y le di un beso.

Con delicadeza.

Con agradecimiento.

Me había regalado esa canción solo a mí. Era mucho más especial que si lo hubiese visto en el concierto.

—¿Para qué iba a meterme entre una marabunta de fans chillonas si puedo oírte en la ducha?

—Le verdad es que la acústica de este sitio es fantástica —bromeó él con una sonrisa maravillosa.

—A mí me lo vas a decir...

Sus dedos se deslizaron por mi piel y suspiré.

—Vale, Ethan Ash, le cena está preparada.

—Se está tan bien aquí... —se lamentó él contoneando las caderas.

—Es verdad —cerré los grifos—, pero he cocinado y no lo hago nunca. Así que vas a tener que comértelo.

—¿Has cocinado? —preguntó él sin poder creérselo—. ¿Dónde?

—En mi casa.

Él tenía el ceño fruncido, pensativo, y yo rehuí instintivamente lo que estaba pensando, aunque no sabía lo que era.

—Vives con otras dos mujeres, ¿no?

—Sí. Eliza y Cassie.

—¿Cómo las conociste?

Salí de la ducha con él pisándome los talones. Tomó una toalla y me la entregó. Yo sabía que era un gesto sin importancia, pero esa consideración tuvo algo que socavaba poco a poco mi decisión de mantenerlo a distancia.

Encallecí el corazón mientras me secaba los brazos. Era más fácil decirlo que hacerlo, porque estaba mirándome y sonriendo.

Entonces, empezó a cantar otra vez, pero era una canción con mi nombre en la letra...

El pelo como llamas, fuego me hace sentir.

Ojos azules como el cielo, no sabes mentir.

Los secretos no puedes ocultar.

La verdad te hace llorar.

Ally... Ally...

Esboqué una sonrisa forzada, como si hubiesen vertido resina sobre mi cara y la hubieran convertido en una máscara de cómo sería para siempre.

—¿Es sobre mí?

—No —él tomó una segunda toalla y se frotó el pelo—. Es de otra chica que conozco. Alisandre.

—Tú sí que no sabes mentir —repliqué con los ojos en blanco.

—¡No estoy de acuerdo! —exclamó él entre risas.

Me envolví en una toalla y la sujeté entre los brazos. La canción me daba vueltas en la cabeza.

—¿Sobre qué crees que estoy mintiendo?

—Es... una licencia poética —él se encogió de hombros, pero, de repente, me miró con los ojos entrecerrados—. No creo que mientas, creo que eres... impenetrable.

—¿Impenetrable? —arqueé las cejas y creí que ese gesto debería expresar lo poco impresionada que estaba—. ¿Lo dices en serio? He... intimado contigo más que con nadie... desde hace mucho tiempo.

—¿Lo ves? Eso es lo que haces. Te reprimes antes de que puedas decir algo sobre ti misma.

—¡Eso no es verdad!

—Muy bien. ¿Por qué te gusta tanto ese cuadro del MoMA?

Me puse roja.

—Te dije...

—Me dijiste «porque sí» —él imitó mi voz con los ojos en blanco, pero estaba sonriendo—. ¿Lo ves? Vaguedades, vaguedades...

—Bueno, no... Es que... —resoplé con indignación—. Es que es un poco... embarazoso.

—¿De verdad?

Cruzó los brazos sobre el pecho desnudo y tuve que bajar la mirada. Todo era mucho más fácil cuando estábamos acostándonos. Entonces no había barreras. Hice una mueca de fastidio por el secreto que iba a contarle, algo

que no le había contado a nadie.

—Cuando estaba en enseñanza media, me espantaba mi aspecto. La piel blanca, el pelo naranja...

—No es naranja —murmuró él.

—A mí me lo parecía. Todos eran rubios y bronceados y yo... no era como nadie —me encogí de hombros—. Mi madre no me dejaba que me tiñera el pelo, aunque yo quería darme reflejos como fuera —suspiré teatralmente—. Entonces, vi ese cuadro y... y era muy hermosa y misteriosa y... se parecía a mí, ¿no crees?

—Nadie se parece a ti —contestó él tomándome entre sus brazos.

Lo dijo en un tono tan sincero que me llegó a lo más profundo del corazón.

—Eres absolutamente única.

El ambiente era como una red que me tenía atrapada. Lo miré y solo oí los latidos de mi corazón y el murmullo de la sangre que me bullía en las venas.

Era excesivo.

Esboqué una sonrisa torcida, me aparté de él y salí del cuarto de baño con el corazón disparado y la sangre anhelándolo.

—Entonces... —él me siguió con despreocupación porque sabía que era lo que necesitaba—. ¿Qué has cocinado?

—¡Ah! —ese me parecía un terreno más seguro—. Lasaña.

—Mi plato favorito.

Me recompensó con una sonrisa que me dio un escalofrío. Al parecer, no era un terreno tan seguro.

Pasé a la acción para buscar algo que sofocara las chispas que saltaban a nuestro alrededor.

La lasaña estaba quemada por encima. Estuvo a punto ser lo que necesitaba...

Sus besos eran como gotas de lluvia sobre mi piel, eran igual de delicados y me moví un poco.

—¿Estaba dormida?

Me estiré en la cama y levanté la mano para tocarle la mejilla. El corazón me dio un vuelco.

—Sí. ¿Te he despertado?

—Bueno... —parpadeé. Estaba aturdida—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro.

—¿Las cuatro de la madrugada?

Mierda. Había pensado marcharme después de que hubiésemos cenado.
¿Por qué seguía allí?

—¿Qué haces despierto?

Subió un poco la boca, hasta un pecho, y me tomó el pezón entre los labios. Fue un placer, pero corto. Siguió subiendo y me besó el punto palpitante que tenía en la base del cuello antes de llegar a los labios. Sin embargo, fue un beso que no tenía la avidez y la premura de costumbre. Estaba cansada y él estaba sondeándome, se movía por curiosidad.

Yo suspiré ligeramente.

—Nunca duermo después de un concierto.

—¿De verdad? —levanté una mano y le acaricié el pelo—. ¿Por qué?

—Estoy demasiado tenso —contestó él encogiéndose de hombros.

—Te enseñaré un truco.

—¿Cuál?

—Túmbate.

Se tumbó de espaldas a mi lado. Yo le puse la cabeza en el pecho, le tomé una mano con los dedos entrelazados y también las puse encima de su pecho.

—¿Qué haces a cambio?

—¿De esto?

—No, de dormir.

—¡Ah! —me pasó distraídamente los dedos por el pelo—. Salgo con mi gente.

—¿Tu gente?

—Sí, los técnicos, no los pandilleros.

—¿Esta noche no has salido?

Sus dedos se quedaron quietos un momento.

—No, esta noche no he salido —contestó él.

Por mí... Lo que implicaba era precioso, y muy problemático.

—¿Cuál es el truco?

—Este. ¿No da resultado?

Él tomó aire. Noté que se movía su pecho y sonreí.

—Un poco... —él bostezó—. ¿Cómo es posible que te haya espantado tu pelo? Yo sueño con él.

—¿Con mi pelo?

—Sí.

—¿De verdad?

—Claro. Con tu pelo, con tu cuerpo, con tu sonrisa —él volvió a bostezar—. Con tus ojos, con tu cuerpo.

—Eso ya lo habías dicho.

—Se merece un reconocimiento doble.

Sonreí. Le acaricié el pecho con la mano todavía entrelazada con la de él. Lo acaricié rítmicamente, me deleité con su cuerpo vibrante, cálido y terso. Me moví un poco y me acurruqué contra él.

—Gracias por quedarte esta noche.

No contesté. No pensaba quedarme, sería una estupidez monumental. Sin embargo, estaba cansada y él se había quedado dormido antes de que pueda pensar qué decirle. No quería arriesgarme a despertarlo y, además... no quería estar en ningún otro sitio. Tampoco hacía daño a nadie, ¿no?

Estaba quedándome dormido. Ally estaba pegada a mí y respirábamos a la vez. Éramos nuestra propia música, una canción compuesta por nuestros cuerpos. La acaricié al ritmo de esa canción sin letra y fue perfecto, una fracción de tiempo tan hermosa como las estrellas.

Sin embargo, las estrellas estaban muy lejos. Eran hermosas, sí, pero distantes, y no quería hacer comparaciones con Ally, como tampoco quería pensar en lo bien que hacía eso, no quería preguntarme a quién habría abrazado así, con quién habría respirado al unísono para ayudarlo a que se durmiera.

Capítulo 11

Era tarde cuando me desperté y Ethan no estaba en la cama. Parpadeé. Estaba un poco desorientada y muy satisfecha, y estiré los brazos por encima de la cabeza mientras contenía un bostezo. Entonces, me quedé inmóvil para escuchar. Se oía música.

Me levanté de la cama y fui a la sala. Estaba sentado en la butaca de orejas, de espaldas a mí, y miraba Manhattan por el ventanal. Pensé que nadie tenía ni idea de que Ethan Trending Topic En Twitter Ash estaba allí, por encima de todos ellos, como un ángel sexy y hermoso.

Conocía la canción que estaba cantando y no era suya, creía que era de Bob Dylan. Intenté entender la letra, pero estaba tarareándola en voz baja, como si ni siquiera se diese cuenta de que estaba cantándola.

¿Era eso lo que me gustaba de él? Su necesidad de crear música podía con él, se le escapaba de las manos. A mí me pasaba lo mismo cuando me acercaba a él, lo hacía involuntariamente. Algunas veces había notado que había una especie de magnetismo entre nosotros. Aunque la verdad era que no creía en todas esas chorradas de la energía universal y esas cosas... o, al menos, no me las tragaba.

—Vaya, la Bella Durmiente se ha levantado.

Me sonrió justo cuando el sol salió por detrás de una nube y le iluminó su rostro con una luz dorada. Dejó la guitarra y se dirigió hacia mí.

Llevaba sus vaqueros favoritos, que ya eran mis favoritos también, con la cinturilla baja. Iba descalzo y con el pecho desnudo.

Me quedé sin respiración de repente y se me secó la garganta. Me rodeó la cintura con los brazos y me estrechó contra sí.

—Creo que me he desmayado —le sonreí—. Es una cama muy cómoda.

—Deberías quedarte más —comentó con una sonrisa.

Sentí un escalofrío de peligro por la espalda y dejé a un lado el comentario.

—¿Quieres café?

—Sí —él señaló la maquina con la cabeza—. ¿No te gusta la idea?

—¿Del café? —pregunté, aunque sabía que estaba hablando de otra cosa—. Claro, me encanta.

—De quedarte.

Lo miré a los ojos con una expresión que sabía que era de advertencia.

—Ethan...

Sonó su teléfono e interrumpió lo que iba a decir, fuera lo que fuese. Él me miró a los ojos de una manera muy elocuente, que decía que eso no se había acabado. Me mordí el labio inferior y lo miré mientras iba a recoger el teléfono de la mesita baja, donde lo había dejado la noche anterior.

Algo se reflejó en su cara, un sentimiento que no pude interpretar, y dejó el teléfono otra vez.

—¿Estás eludiendo a alguien?

Me miró a los ojos, aunque estaba pensando en otra cosa.

—No...

Me acordé del mensaje que había mandado la noche anterior, o de lo que hizo con el teléfono. ¿Fue a un amigo, a otra mujer o a Sienna?

Oí algo parecido a una sirena de alarma en la cabeza y tuve que acallarla. No éramos eso, y él tampoco era Jeremy.

—¿Qué ibas a decir?

Introduje una cápsula en la máquina de café y esperé a que se encendiera la luz.

—Anoche me lo pasé muy bien, pero creo que es importante que recordemos que...

—Solo estamos echando un polvo —me interrumpió él en tono tenso.

Me sentí irracionalmente dolida por su evidente fastidio.

—Bueno, sí... No iba a decirlo con tanta crudeza. Solo quería decir que no podemos olvidarnos de lo que estamos haciendo...

—Claro, de las reglas.

Estaba dominándose, pero lo conocía lo bastante como para saber que

estaba tenso y enfadado.

—¿Cuáles eran...?

—¡Diversión sin ataduras! —contesté con una sonrisa forzada.

—Muy bien. ¿No podemos hacerlo si te quedas a dormir conmigo?

—Tú fuiste quien dijo que nada de quedarse a dormir.

Se rio, aunque fue un sonido desabrido de incredulidad, y se pasó los dedos por el pelo. De todo el arsenal de recursos que tenía, ese, y solo ese, tenía la capacidad de tirar por tierra mis últimos focos de resistencia. Estaba irresistible y comestible. Tenía el pecho fibroso y el pelo de punta, y un gesto de impotencia tan dulce que anhelaba explicárselo bien, contarle hasta el detalle más mínimo.

Me miró a los ojos y fue casi como si lo hubiese hecho.

—¿Quién te hizo daño?

La máquina se puso en marcha y empezó a hacer café con su zumbido característico. Desvié la atención hacia ella y fingí que me quedaba fascinada con el líquido oscuro que caía en la taza de porcelana. Sin embargo, el pecho se me movía a toda velocidad porque tenía que hacer un esfuerzo enorme para soltar cada bocanada de aire.

—Alicia...

Lo que faltaba. Me derretía cuando decía mi nombre completo.

—Yo...

Se puso en jarras, me miró fijamente y tuve que cerrar los ojos.

—No estoy pidiéndote un secreto de Estado, no es para tanto.

—Sí lo es.

Tragué saliva y me obligué a mirarlo. Vi el interés, la curiosidad y la comprensión.

—¿Era algo serio entre los dos?

Asentí levísimamente con la cabeza, pero no necesitó más.

—Sí, lo era... Lo éramos.

—¿Acabó mal?

Volví a asentir con la cabeza. Se acercó y me pasó el pulgar por la mejilla.

—¿Quién fue el gilipollas que pudo hacerte daño?

El corazón se me aceleró, me estremecí y no supe qué decir.

—Yo no voy a hacerte daño.

—¡No hagas eso, por favor! —me aparté de él—. No seas tan perfecto. Los dos sabemos que sí me harás daño si no tengo mucho cuidado. No... No hagas promesas que no podrás mantener.

—No las hago.

—Los dos estuvimos de acuerdo, queríamos lo mismo.

—¿Y no puede cambiar?

—No —contesté en un tono tajante y con el pánico reflejado en los ojos—. Yo no puedo.

—¿Por qué?

—Por muchos, muchos motivos.

—¿Por ejemplo?

—Bueno... Tú no vas a ir en serio con nadie y yo acabo de hacerlo. Me he enamorado y esas cosas; he llegado a conocer a alguien, nos hemos contado secretos, hemos planeado el futuro...

Se me quebró la voz y pensé en el anillo de compromiso por primera vez desde hacía meses. Me froté el dedo sin querer mientras intentaba centrarme en mis pensamientos. Sin embargo, Ethan estaba mirándome y me distraía.

—Yo no... No soy la misma... Ocho meses... —sentía vacías las cuencas de los ojos—. He intentado, durante ocho meses, entender lo espantosamente mal que salieron las cosas. He intentado pasar página y olvidar, mirarme en el espejo y verme como alguien que no era aquella mujer. Estuve a punto de morirme cuando terminó —lo miré fijamente con la esperanza de que lo entendiera—. Sigo tan... tan rota... Si me lo permito... Si permito que entres en mí y me haces daño... No saldría tan bien parada, Ethan.

Me agarró y me tomó entre sus brazos con fuerza, como si pudiera recomponerme.

—No voy a hacerte daño.

—Eso es exactamente lo que habría dicho él.

No me soltó y yo no quería que lo hiciera por nada del mundo.

—Muy bien —murmuró él—. Te prometo que no voy a presionarte, lo haremos a tu manera.

El alivio, o eso me pareció, fue inmenso.

—No voy a hacerte daño —repitió él—, pero sí quiero conocerte mejor, conocerte todo lo que pueda antes de que me marche.

El alivio dejó paso al dolor y la tristeza. Solo pensar en su ausencia, en lo irreversible de su marcha, me producía un dolor que no me había esperado.

Entonces supe que teníamos que cambiar un poco las reglas, que yo tampoco quería que desapareciera de mi vida sin haberlo conocido lo mejor posible. Quería tenerlo agarrado con las dos manos mientras estuviera allí, mientras mi corazón no estuviese en juego. Asentí con la cabeza.

—Está bien, siempre que tengamos presente lo que queremos de todo esto.

—¿Sabes lo que quiero? —preguntó él en un tono serio y con una expresión indescifrable.

—¿Qué...?

—Una hamburguesa.

—¿Un hamburguesa? —pregunté yo creyendo que había oído mal.

—Sí —él esbozó una sonrisa irresistible—. Una hamburguesa. ¿Qué le parece, señorita Douglas, echarse conmigo a las calles de Nueva York una vez más?

Me había acostumbrado a la indecisión, a pensar una cosa y querer otra. Entonces, me preguntaba qué pensaba y qué quería hasta que se mezclaban. Sin embargo, me alegraba de ese cambio de conversación, era un alivio dejar de pensar en definir lo que éramos y en que las reglas que habíamos acordado no nos definían. Yo intentaba pensar que no nos limitaban porque eso tenía connotaciones negativas y nuestras... condiciones eran algo bueno.

—Me parece bien una hamburguesa.

—Conozco el sitio indicado. ¿Cuánto tardas en arreglarte?

La perspectiva de comida me motivó. Me duché en un tiempo récord y volví a ponerme lo que llevaba el día anterior cuando llegué allí: unos vaqueros y una camisa amplia. Llevaba los cosméticos más elementales en el bolso. Me di un poco de sombra en los ojos y un poco de colorete en las mejillas y me pinté un poco los labios. Sin embargo, me había olvidado el cepillo y tenía el pelo alborotado, como peinado por el sexo. Me lo arreglé con los dedos y me lo puse por encima de un hombro.

Él silbó cuando salí del cuarto de baño. Fue un silbido bajo y suave, pero el estómago me dio un vuelco.

—Lo mismo te digo.

Él llevaba unos vaqueros y una camisa negra remangada hasta los codos.

También llevaba la gorra de béisbol. Estaba muy bueno.

Me puso una mano en la espalda y salimos de la habitación. Ese contacto me gustaba. Mejor dicho, me encantaba. Se abrieron las puertas del ascensor y entramos. Entonces, nada más entrar, me empujó contra la pared del fondo y me besó. Fue un beso que me drogó por su intensidad y que cambió los parámetros de mi existencia. No dejó de besarme hasta que el ascensor se posó con suavidad en la planta baja del hotel.

—Espera un segundo.

Mis piernas no podían moverse y no me costó nada cumplir lo que me había pedido. Se levantó una gorra de béisbol de encima de la que llevaba en la cabeza, una gorra que yo no me había dado cuenta de que la llevaba, y me la puso. Luego, me dio la mano y salimos del ascensor.

El vestíbulo estaba tranquilo, como siempre, y con un par de guardas de seguridad junto a la puerta, pero cuando salimos, fue como si todo el mundo hubiese entrado en erupción.

Los flashes me deslumbraron y Ethan, a mi lado, soltó un improperio. Me apretó la mano y Grayson apareció de repente para abrirnos paso entre el gentío. Sin embargo, nos siguieron y tuve miedo. Ethan los miró por encima del hombro.

—Capullos.

Un coche estaba esperándonos y Grayson nos llevó hasta él. Ethan se apartó un poco para dejarme pasar primero y no lo dudé. Bajé la cabeza, me metí y agradecí la gorra, que me tapaba parte de la cara.

Tenía la respiración desbocada.

Ethan se sentó a mi lado, me miró un rato y sacudió la cabeza.

—Lo siento.

Yo no sabía qué decir. Estaba hecha un mar de dudas y preguntas. ¿Sabía él lo que iba a pasar? Sin embargo, yo había salido muchas veces de ese hotel y nunca había visto algo así.

—Es por el concierto —me explicó él tomándose una mano y llevándose a los labios.

Se me aceleró el pulso y asentí con la cabeza, pero me pareció que estaba esperando que dijera algo, aunque estaba llena de dudas.

—Es que... me cuesta creer que puedas vivir así.

—Ya —él apretó los labios—. Hay que acostumbrarse...

—Yo no podría acostumbrarme.

Sentí un escalofrío y me pareció otro motivo para alegrarme de que aquello no fuera a ninguna parte.

—No pasa todo el rato. Cuando salgo solo puedo hacer casi cualquier cosa. Debería haberlo comprobado antes de salir contigo. No volverá a pasar.

Me encogí de hombros y miré por la ventanilla.

—Solo queda una semana más y podemos ser más discretos después de eso.

Él no dijo nada, ¿qué iba a decir?

Grayson nos llevó unas manzanas al sur y aparcó delante de una cafetería. Yo no había oído hablar de ella, pero un hombre salió de detrás de la barra cuando entramos y abrazó a Ethan como un oso. Yo me quedé un poco rezagada y los miré con curiosidad.

—¿Qué tal, colega?

—No me quejo.

—Ya vi que anoche la liaste en Manhattan —el hombre, que llevaba unos pantalones de cocinero y una camiseta blanca le dio un puñetazo en broma a Ethan—. Me extraña que no se te haya subido a la cabeza.

Ethan se rio.

—Benji, te presento a Alicia. Resulta que mi primo Benji hace las mejores hamburguesas de la ciudad.

—Me parece que esa opinión puede estar un poco sesgada —Benji sonrió y me estrechó la mano—. Aunque son buenísimas. Encantado de conocerte, Alicia.

—Lo mismo digo.

Benji señaló con la cabeza hacia una mesa del fondo.

—¿Queréis café o cerveza?

—Café —contestó Ethan—. ¿Ally?

—Lo mismo, gracias.

Benji asintió con la cabeza y cruzó el restaurante hablando con una camarera. El café llegó casi al instante y lo rodeé con las manos.

—Tu primo es muy simpático —comenté con la cabeza ladeada—. ¿Este sitio es suyo?

—Sí.

—Este sitio es nuestro.

Benji había vuelto y dejó dos cartas. Ethan no se molestó en abrir la suya y yo tampoco.

—¿Vuestro sitio? —pregunté mirando a Ethan.

—Sí. Ash lo compró hace años y yo lo llevo.

—Vaya, eres la típica estrella de rock y dueña de un restaurante, ¿eh? Eres una caja de sorpresas.

—Me cae bien —Benji se rio—. Te tiene tomada la medida.

—En eso tienes razón —reconoció Ethan.

—Muy bien, ¿qué vais a tomar?

—Lo de siempre —contestó Ethan.

—Tomaré lo que recomiendes.

—Perfecto.

Benji guiñó un ojo y nos dejó solos otra vez.

Sentí una opresión en el pecho que no pude explicar. Ethan estaba reformando una casa en Nueva York, tenía ese restaurante y su primo trabajaba allí. No iba a marcharse dentro de una semana, no iba a marcharse para siempre.

Volvería pronto... ¿y qué pasaría?

¿Me llamaría?

¿Volvería a verlo?

Miré por el ventanal.

Peor aún. ¿Qué pasaría si me enteraba por Twitter que estaba aquí y no me había dicho nada? Era lo más probable, ¿no?

Daba igual, porque eso era lo que yo quería, eso era lo que éramos...

No me pasaría nada siempre que tuviera presente eso. Él podía llamar o no, pero no cambiaría lo más mínimo lo que éramos. Ni lo más mínimo.

Horas después, en la suite del hotel, lo miré y sonreí. Estaba leyendo. Efectivamente, Ethan La Superestrella Que Me Humedecía Las Bragas Ash leía, y no leía cualquier cosa. Estaba leyendo *Los miserables*, de Victor Hugo.

—¿Te gusta?

Él puso un dedo en la página y me miró con una sonrisa torcida.

—Es uno de mis favoritos.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Por qué no?

—Es que... No lo sé.

—Ya, entiendo —él sonrió, dejó el libro y se acercó a mí—. Te sorprende que sepa leer, ¿verdad?

—¡No! —exclamé roja como un tomate—. Es que no es muy... rockero...

—¿Qué crees que hago durante mi tiempo libre? ¿Meterme coca y destrozando habitaciones de hoteles?

Arrugué la nariz. Si era algo, era un maniático del orden y la limpieza. Claro, su aspecto personal era desaliñado y sexy, pero se hacía la cama todos los días y ordenaba las cosas.

—Sí, acostarte con supermodelos y ese tipo de cosas.

—Qué aburrida debe parecerle la realidad —replicó él entre risas.

—No es nada aburrido, señor Ash.

—Me alegra oírlo, señorita Douglas.

Se acercó más y yo también me acerqué, arrastrada por esa atracción incontenible. Oía disparatadamente bien. Ya había anochecido y la habitación del hotel estaba cálida. Sabía que tendría que volver a casa pronto y prepararme para trabajar al día siguiente, pero me resistía a que terminara el fin de semana. Eso debería preocuparme, pero me aferré a nuestro trato y confié en mi propia fuerza. Él se marcharía y yo me quedaría bien.

No hice caso del presentimiento de vacío que se adueñó de mí.

—Tengo una pregunta.

Me levanté, me senté a horcajadas encima de él y sonreí al ver el brillo de deseo en sus ojos y al sentir cómo se endurecía debajo de mí.

—Soy todo tuyo, pregúntame lo que quieras.

Me reí en un tono bajo y ronco.

—¿Lo que quiera...? Mmm... Es posible que no quiera desaprovechar la ocasión con esta pregunta...

—Puedes preguntarme lo que quieras cuando quieras.

Su generosidad, su franqueza y su consideración eran maravillosas, pero ¿acaso no había sentido lo mismo con Jeremy?

«Eres increíble», me decía él, «no puedo creerme que tenga la suerte de tenerte en mi vida. Ally, cástate conmigo. Quiero despertarme todas las mañanas a tu lado...».

Noté un regusto amargo en la boca y me concentré en Ethan, que estaba debajo de mí y me tomaba las manos, que me arrastraba a ese mundo sin expectativas ni ataduras.

—¿Adónde va Grayson cuando estás aquí?

—¿Grayson? —Ethan hizo una mueca—. No sé si me apetece pensar en él en este momento.

—Perdona —yo sonreí—. Me preguntaba si estaría sentado al otro lado de la puerta o algo así.

—Tiene una habitación en el mismo piso —contestó Ethan al cabo de un momento.

—Entonces, si vas a salir, ¿le mandas un mensaje y tiene que dejar de hacer lo que esté haciendo?

—Intento avisarle si voy a cambiar de plan.

—¿Y es tu guardaespaldas?

—Sí. Teóricamente, es mi conductor, pero es exmilitar, expolicía y experto en artes marciales. No me gustaría encontrármelo de malas.

—Vaya, no lo sabía.

—Además, tengo plena confianza en él. Lleva más de siete años conmigo.

—¿No tiene familia?

Ethan negó con la cabeza.

—Estuvo casado...

—¿Y no salió bien?

Ethan miró al infinito y tuve la sensación de que no quería traicionar la confianza de su amigo, aunque me había dicho que podía preguntarle lo que quisiera.

Me incliné hacia delante y acerqué los labios a los suyos hasta que noté su aliento sin tocárselos.

—Da igual, no es asunto mío.

—Tampoco es un secreto —murmuró él sin hacer nada para acercarse más

mí.

Sin embargo, movió las caderas para que notara la dureza de su polla entre las piernas. El deseo se adueñó de mí. ¿Cómo era posible que lo deseara otra vez? Lo único que habíamos hecho ese día había sido tocarnos, besarnos, sentirnos, hacer al amor, echar una cabezada, comer y empezar otra vez. De repente, la idea de que fuesen a pasar días sin que pudiera tenerlo cuando quisiera me pareció una maldición. Razón de más para poner los pies en polvorosa y demostrarme que podía vivir sin esa maravilla que era Ethan Ash.

—Ella murió.

Fue como un jarro de agua helada en mis anhelos abrasadores.

—¿Qué? ¿Quién?

—Matilda, la esposa de Grayson. En un accidente de coche.

—Dios mío... Qué horror...

—Sí. Ocurrió hace años, antes de que yo lo conociera, pero, que yo sepa, no ha salido con nadie desde entonces.

—Es muy triste —comenté al pensar en esa fidelidad de Grayson a su esposa.

—Nadie te garantiza la vida, ¿no? Hay que aprovechar al máximo lo que tienes, todos los días.

Me rozó levemente los labios con los suyos, lo justo para que captara una pizca de él, y se retiró.

—Hablando de Grayson, ¿vamos a necesitarlo esta noche?

—No me van los tríos... —contesté con una ceja arqueada.

—No sabes lo que te pierdes —bromeó él—. Quería decir si íbamos a necesitarlo para que te llevara a casa.

Fruncí el ceño y él me pasó un dedo por la arruga que se me había formado entre los ojos.

—Quiero que te quedes —siguió él en un tono un poco áspero—, pero supongo que querrás desaparecer dentro de poco.

—Es verdad.

Asentí con la cabeza, pero mi cuerpo me gritaba que tenía que dejar de ser tan ridícula. ¿Qué iba a pasar si llegaba un poco tarde al día siguiente? Podía quedarme, pasar la noche en su casa y tomar un taxi a casa temprano por la mañana. No era tan grave, ¿no?

Sin embargo, podíamos empezar a acostumbrarnos después de dos noches seguidas y no iba a permitir que se convirtiera en una costumbre, aunque Ethan Ash fuese la sustancia más adictiva que había sobre la faz de la tierra.

—Tomaré un taxi —murmuré.

—Quédate.

Introdujo los dedos entre mi pelo y me dio un beso prometedor y placentero.

—Un poco más —me rendí con un suspiro.

Un poco más...

Me dejé llevar por el beso. Llevaba todo el día con una camisa suya. Él me la subió y tuve que levantar los brazos para que me la quitara. Me quedé a horcajadas encima de él solo con las delicadas bragas. Llevó la boca a mis pechos y grité cuando me pasó la lengua por los pezones duros y sensibles. Me acarició la espalda con una especie de veneración, como si fuese un objeto que él tenía que adorar, y sentí una sensación rara por dentro.

Introdujo las manos por debajo de la ropa interior, me tomó el trasero entre las manos y me estrechó contra él. Estaríamos unidos si no lo impediera la barrera de tela, y era lo que yo quería.

Quería todo, no me conformaba con nada. ¿Debería haberlo sabido desde el principio? ¿Debería haber sabido lo peligroso que era jugar con fuego?

Seguramente.

¿Me habría disuadido eso?

No lo creía.

Eso era tan inevitable como que el día siguiera a la noche o que el otoño dejara paso al invierno. Lo deseaba, pero deseaba más que eso. Deseaba que él perdiera la cabeza como yo estaba perdiendo la mía.

Me aparté a regañadientes y él dejó escapar un sonido de impotencia y perplejidad. Me arrodillé entre sus piernas, le solté el cinturón, se lo quité, le desabroché el botón y le bajé la cremallera de los vaqueros mirándolo a los ojos. Él sabía lo que iba a pasar y estaba inmóvil. Me miraba fijamente, como si el momento lo arrastrara tanto como a mí.

Estaba duro como una peña y bajé la boca hasta la punta, se la lamí con la lengua, sin apartar los ojos de los de él, y lo provoqué con lo que se avecinaba.

Él tenía las manos a los costados, con los puños cerrados y una expresión de firmeza.

—¿Te pasa algo?

Sonreí mientras lo introducía más, lo acariciaba con la lengua y me lo llevaba hasta el fondo de la boca.

—Joder... —murmuró él sacudiendo la cabeza.

Empecé a subir y a bajar la boca y él gimió mi nombre de verdad, le salió de lo más profundo de la garganta.

—Alicia... Eres perfecta...

No lo era ni lo éramos, pero eso sí lo era.

Parecía como si hubiesen hecho nuestros cuerpos pensando en eso, estaban perfectamente diseñados para que uno complaciera al otro. Jamás había conocido algo así. Ni antes de Jeremy ni con él. Aquello estuvo bien, pero había nacido del amor, de la amistad y de que nos conocíamos.

Eso era distinto, era indefinible, al menos, para mí. Me preguntaba si a él le pasaba lo mismo, si le había pasado lo mismo con Sienna o con otra. ¿Había habido otra para él? Sabía que habían estado juntos durante mucho tiempo...

Quería saber la respuesta a esas preguntas, pero no en ese momento. En ese momento, quería expresar la situación al máximo.

Lo agarré con una mano de la base y lo introduje un poco más en la boca. Él se puso las manos detrás de la cabeza y se bajó un poco en el sofá para que yo llegara mejor, y paladeé una gota...

Me puso una mano entre el pelo y la otra en el hombro. Sabía que quería que parara antes de que explotara, pero ese poder era embriagador. Lo succioné más todavía y gruñó.

Entonces, se incorporó por el sofá y se zafó de mí. Se movió deprisa y se puso en el suelo a mi lado, pero enseguida se puso detrás de mí, con el pecho en mi espalda, doblándome sobre el sofá hasta que tuve la cara aplastada en el almohadón. Mi cuerpo lo recibió como si volviera su ser más querido.

Me pellizcó los pezones y tiró de ellos, me sobó los pechos con unos dedos callosos sobre la delicadeza de mi piel.

Dejé escapar un gemido y acometió con más fuerza, más deprisa, y con unos dedos acariciándome el clítoris. Yo sí exploté. Fue deslumbrante y

ensordecedor, grité sin importarme quién pudiera oírme y el placer me arrasó como un tornado.

Me incorporé y arqueé la espalda, él llegaba a mis pechos y a todo mi cuerpo, me besaba el cuello mientras su miembro granítico me dominaba.

Era suya, completamente suya.

—No hay nada más ardiente que tu boca en mí.

—Bueno... —intenté buscarle los labios, pero era imposible en mi posición—. Esto no está mal...

Él se rio y fue un sonido peligroso de deseo. Me puso una mano en el culo y la otra en la espalda y volvió a doblarme sobre el sofá, no pensaba resistirme.

Me agarró de las caderas y me hundió los dedos en la carne de una forma deliciosamente dolorosa, acometió y alcanzó hasta la última de las terminaciones nerviosas. Me derretía, me recorría el cuerpo con los dedos, me recorría las curvas del culo y jadeé mientras se movía dentro de mí. El cielo estaba allí, en esa suite del hotel Gramercy Park.

Cuando salí del aturdimiento de nuestro delirio sensual era medianoche. Tenía el cuerpo saciado de deseo y ardor líquido. Ethan estaba dormido a mi lado. Me di la vuelta para mirar sus inspiraciones rítmicas y sus exhalaciones apacibles. Sonreí al ver su belleza cuando descansaba. Parecía más joven y estaba muy guapo.

No quería marcharme y ese era un motivo más para que tuviera que hacerlo.

Me fui escabullendo con suavidad y ya estaba en el borde de la cama cuando sus dedos se cerraron alrededor de mi brazo y me atrajo otra vez hacia él.

—Quédate... —me pidió con la voz ronca por el sueño.

—No puedo.

—Quédate.

Ethan parpadeó, abrió los ojos somnolientos y los clavó en los míos.

Me desperté por completo, asentí con la cabeza y me acurruqué a su lado.

No iba a pasarme nada por quedarme una noche más.

Capítulo 12

—¿Es tu teléfono?

Casi no lo oí entre la neblina del sueño. Estaba desnuda en su cama, me pesaban los miembros y tenía el pelo enmarañado por la espalda. Me apoyé en los codos y lo miré desorientada antes de darme cuenta de que, efectivamente, mi teléfono estaba sonando.

—Perdona...

Lo agarré y puse una mueca de fastidio cuando vi la cara de mi madre.

Contesté mientras me levantaba de la cama y me ponía un albornoz del hotel.

—Hola, mamá.

Salí del dormitorio, entré en la sala con el piloto automático puesto y metí una cápsula en la máquina de café.

—Alicia Jane Douglas, ¿podrías hacerme el favor de decirme qué concho estás haciendo?

—Estoy haciendo café —contesté medio en serio y medio en broma—. ¿Qué tiene eso de indignante?

—Jovencita, estoy hablando en serio.

¿Jovencita? Eso, en el idioma de mi madre, era muy, muy serio.

—¿Qué pasa?

—«Ethan Ash no pierde el tiempo después de que Sienna Di Giorgio se prometiera por sorpresa con Tom Banks. Se ha visto al ganador del Grammy que salía de su hotel con la misma mujer misteriosa con la que estuvo la semana pasada por el SoHo. ¿Estará barajando las cartas del amor el cantante desengañado?».

Agarré la taza de café y la miré fijamente con el corazón desbocado.

—¿Qué es eso?

—Está en los periódicos —contestó ella en un tono tajante—. ¡Un fotógrafo ha llamado a la puerta de mi casa esta mañana!

Imperdonable. Mi madre creía que ir a casa de alguien antes de mediodía era una grosería.

—Lo siento, mamá. No es... No es lo que parece.

—Alicia, tu padre y yo no nos hemos repuesto casi de la última decisión desastrosa que tomaste. Nos cuesta quitarnos de encima la reputación por lo que hiciste... y, ahora, ¿este artículo? Tu padre es el pastor de este pueblo, ¿cómo crees que puede explicar esto a su congregación?

Me abrasaron las mejillas y un ruido a mi espalda me indicó que Ethan estaba cerca.

—Como lo hizo la otra vez —contesté sin importarme que Ethan estuviese allí—. Lo que yo haga no tiene nada que ver contigo o con él. Podéis decir lo que queráis, renegad de mí.

—No es tan fácil. Eres nuestra hija. Te fuiste a Manhattan y nos aseguraste que eso no te cambiaría, que serías la misma chica buena que criamos. Ahora, sin embargo, te acuestas con hombres casados y con famosos...

El dolor me desgarró por dentro porque hasta mi madre podía ver que estar con Ethan era una insensatez como la de haber estado con Jeremy.

—No pasa nada, mamá. No es para tanto.

—¡Sí lo es para mí... y para tu padre!

Apelar a su padre era otra señal de que estaba muy cabreada.

—¿Quién es ese hombre? ¿De verdad pasaste la noche en su hotel?

Era la conversación más desagradable de mi vida y Ethan Ash estaba mirándome con un hombro apoyado en el marco de la puerta y sin disimular su interés.

—No es nada... serio —contesté con una mueca de disgusto.

—¿No es nada serio? ¿Estás entregándole tu cuerpo a un hombre y no es nada serio? Por el amor de Dios, ¿quién eres? Creo que ha llegado el momento de que vuelvas a casa, de que pases algún tiempo con tu padre y conmigo, de que recuerdes cómo te criamos.

—Mama... —sacudí la cabeza—. No pasa nada, mi alma inmortal no corre peligro.

Ethan se rio en voz muy baja, pero me atrajo. Me atrajo de tal forma que hizo que lo necesitara. No lo necesité sexualmente, necesité que me abrazara.

Todo se me escapaba de las manos y era una paradoja porque era culpa de él y quería que él lo arreglara.

—Estás burlándote de mí —se lamentó mi madre entre sollozos.

—No, mamá, de verdad que no. Lo que pasa es que tengo veinticinco años y creo que puedes confiar en que lleve las riendas de mi vida.

—¡Tuviste una aventura con un hombre casado! —exclamó ella, y yo cerré los ojos con todas mis fuerzas—. Lo trajiste a casa. Evidentemente, no llevas las riendas de tu vida.

—No podía saberlo —le recordé sin alterarme.

Su indignación me dolía. Solo le importaban los datos asépticos de mi situación, no las circunstancias devastadoras, como la psicopatía de Jeremy o que yo no pudiera saber que mi... prometido ya estaba casado y tenía dos hijos.

—Quiero que vengas a casa.

—No —me mantuve firme—. Mamá, sé que estás preocupada por mí, pero estoy bien. Iré... Iré en Navidad, ¿de acuerdo?

Me arrepentí en ese instante de habérselo prometido, pero la apaciguó.

—Alicia, por favor, que no publiquen más fotos en los periódicos nacionales. Tu padre tiene una reputación...

Corté la llamada y tiré el teléfono al sofá, aunque me quedé con ganas de poder tirar algo más.

—¿Problemas...?

—¡Sí!

Di un sorbo de café, pero tenía la mano temblorosa. Desesperada, dejé la taza en la mesita baja y fui hasta el ventanal para ver la vista de Manhattan.

—¿Tu madre no me acepta?

—Mi madre no me acepta a mí —lo corregí en voz baja.

Me rodeó la cintura con sus brazos y cerré los ojos, dejé caer la espalda sobre él, tomé fuerzas por su cercanía y me dejé arrastrar por eso.

—¿Por él?

—Jeremy.

Dije su nombre y fue como si hubiese invocado su espíritu. Me estremecí

por haberlo hecho, por haberlo metido en esa habitación al haber dicho su nombre.

—¿No les caía bien?

—Les caía muy bien —contesté con una mueca de los labios.

Mi voz era áspera, pero no me daba miedo el pasado, me daba miedo confesar el papel que tuve. Me sonrojaba el remordimiento por lo que hice, aunque no sabía nada cuando me metí en aquella aventura. No quería que Ethan me viera como yo me veía a mí misma, no quería que supiera lo que había hecho.

Sin embargo, el peso de ese remordimiento solo se aligeraría si hablaba. Él parecía entenderlo, estaba callado, estaba esperando y dándome una oportunidad.

—Creían que era una elección sensata y buena —suspiré—. Trabajaba en la banca, era educado, adinerado y conservador. Todo lo que ellos querían para su niñita.

Ethan hizo una pedorreta con los labios en mi mejilla y sonreí con ganas.

—¿No salió bien? —preguntó él al cabo de un rato.

—No.

Me dio la vuelta, con las manos en mi cintura, y me miró a los ojos.

—¿Por qué?

—La primera vez que lo vi me quedé... deslumbrada.

Ethan apretó los dientes y se contrajo un músculo, pero casi no me di ni cuenta.

—Estábamos en una subasta de arte y pujábamos por la misma obra —se me ensombreció el rostro por ese recuerdo que había tenido enterrado durante tanto tiempo—. Yo gané la obra, y él ganó el premio —hice una pausa—. Eso era lo que él decía, pero ¿sabes lo peor de todo?

—¿Qué, Ally?

—Estaba intentando comprar el cuadro para ella.

—¿Para quién?

—Para su esposa.

Fue como si las palabras se desgarraran de mí y cerré los ojos para no ver lo que tenía que reflejarse en su cara; la sorpresa, la compasión... una sentencia.

No me gustaba ninguno de esos sentimientos.

—¿Estaba casado?

—No lo sabía —contesté mientras asentía lentamente con la cabeza.

—¡Claro que no lo sabías! ¿Acaso pensabas que creía que te habías metido en algo así?

No me había esperado esa comprensión inmediata y era todo lo que necesitaba.

—No eres ese tipo de persona —añadió él.

—No soy ese tipo de persona —confirmé con rabia—. Él no me lo dijo ni llevaba anillo. Además, lo tenía muy al alcance de la mano. Quiero decir, lo veía a menudo. Su esposa viajaba mucho por motivos de trabajo y sus hijos pasaban mucho tiempo con la madre de ella —sacudí la cabeza—. Eso no cambia nada y rompí una familia...

Ethan me tomó la cara entre las manos para que lo mirara.

—Tú no rompiste esa familia, fue él. Además, te rompió el corazón de paso.

—Y no solo porque lo amaba, que lo amaba, Ethan —me puse roja—. Hizo que participara en algo que detesto y eso me privó de cualquier buen recuerdo. No tengo derecho a recordar y sonreír por lo bien que nos lo pasamos alguna vez porque todo, absolutamente todo, estuvo mal.

—Lo siento —murmuró él.

Entonces, me dio un beso lento y delicado como disculpa y explicación, y fue todo lo que necesitaba. Me rendí y fui débil porque mi corazón también se rindió.

Ese mismo día, más tarde, Lesley, mi secretaria, asomó la cabeza en mi despacho.

—Ally...

Dejé a un lado el catálogo de Christie's que estaba ojeando y la miré. Llevaba un ramo de tulipanes inmenso. Había cien flores, como mínimo, envueltas en papel marrón, y eran mis favoritas.

No podía mandarlas Ethan, ¿verdad?

La mera idea hacía que la adrenalina me bullera en las venas y que notara

su sabor en la boca. Esperaba, aunque sabía que no debería, que las hubiese mandado él. Sin embargo, esa posibilidad también me daba miedo.

—¿Qué es eso...? —pregunté en un tono de recelo evidente que expresaba mi conflicto interior.

—Flores... para ti.

—¿Quién las manda?

Lesley me miró con perplejidad.

—No he abierto la tarjeta. ¿Quieres que la abra?

—No, gracias. Yo lo haré.

Tomé las flores con una sonrisa indolente y las dejé en el borde de la mesa como si me quemaran.

Lesley se quedó en la puerta y pude entender su curiosidad. Los clientes me mandaban regalos de vez en cuando, botellas de whisky, de champán o pisapapeles, pero nunca flores. Además, eran mis flores favoritas.

Se me aceleró el corazón cuando tomé la tarjeta. No podían ser de él, pero ¿cómo no iban a ser de él?

—¿Son de él? —me preguntó Lesley con cierta impaciencia.

Entonces, me di cuenta de que lo había visto, de que había leído el periódico, de que sabía lo mío con Ethan.

—Gracias —contesté en un tono algo cortante mientras me sentaba sin haber abierto el sobre.

Ella, aunque seguramente estaba muriéndose de curiosidad por saber si eran de Ethan o no, salió de mi despacho y cerró la puerta.

Rasgué el sobre, saqué la tarjeta y leí la impecable tipografía de la floristería:

Tu alma inmortal no corre peligro.

Gruñí e incliné la cabeza hacia delante. Era posible que mi alma no corriera peligro, pero me parecía que yo sí lo corría. Todos mis límites, todas mis buenas intenciones, estaban tambaleándose.

Él iba a marcharse pronto, no iba a tardar ni una semana. Tenía que ser fuerte y luego pasaría página. Era así de sencillo.

Sin embargo, llevaba a Ethan Ash en mi sangre, en mis huesos. Lo veía cuando parpadeaba y lo olía cada vez que tomaba aire. Se había convertido en una parte de mí, no solo de mí, sino de todo lo que me rodeaba.

Tomé el teléfono casi sin saber lo que hacía y escribí un mensaje.

¿Cómo has sabido que los tulipanes son mis flores favoritas?

Prácticamente vi que sonreía al otro lado del teléfono.

Casualidad. ¿A qué hora quedamos esta tarde?

Sonreí mientras sacudía la cabeza. Debería negarme, pero sentí algo parecido al pánico al acordarme de que se marcharía pronto.

Termino alrededor de las seis.

Perfecto —contestó él inmediatamente—. *Iremos a cenar. Pasaré a recogerte.*

Se me desbocó el corazón. ¿A cenar? ¿Iba a pasar a recogerme por el trabajo?

Él siguió antes de que pudiera contestar, antes de que pudiera poner reparos. Al fin y al cabo, salir a cenar no entraba en las reglas del juego, y teníamos que ceñirnos a ellas más que nunca.

No te preocupes. No significa nada. Solo es un prolegómeno más...

Metí el teléfono en el cajón superior de la mesa como si fuese un cartucho de dinamita encendido y lo cerré con un golpe enfático. Debería estar contenta.

«No significa nada».

Esas palabras eran importantes. Esas palabras indicaban que los dos seguíamos dispuestos a mantener los límites intactos, indicaban que podíamos practicar actividades de «alto riesgo» como salir a cenar, flirtear o mandar flores y recibirlas y no correr el riesgo de olvidar que eso no significaba nada, que solo era una diversión.

Sin embargo, no estaba contenta, estaba dominada por el pánico.

Hice todo lo posible para concentrarme en el trabajo, pero pensaba en Ethan cada vez que hacía una pausa, en su cuerpo, en sus besos, en su manera de abrazarme toda la noche, en su manera de hacerme el amor por detrás contra el sofá, en su manera de tocarme con más destreza que a su Fender.

En cómo escuchó mi confesión más íntima y en cómo me abrazó con fuerza. Mejor aún, en cómo le restó importancia y lo entendió. Me absolvió con una sonrisa.

No era mi culpa, yo no podía haberlo sabido.

Tomé el teléfono casi con remordimiento y me conecté a Twitter.

Él seguía siendo *trending topic*. Los vídeos del concierto se *retuiteaban* y

gustaban muchísimo, pero también había fotos nuevas, fotos de nosotros. Las miré, leí algunos comentarios y sonreí... hasta que leí los comentarios que me llamaban puta y cosas por el estilo. Alguien que se llamaba @Dreaming-OfAsh tenía algo contra mí.

Fui tirando del hilo y me sirvió para recordar por qué nunca sería la novia de alguien como Ethan. Los paparazis, las fans, la presión, el miedo constante a que se fuese con una de esas *groupies* después de un concierto...

@SiennaandEthan forever había comentado la foto: *Polvo por despecho.*

Sonreí porque, en cierto sentido, me agradaba que un desconocido pudiera adivinar lo que éramos.

Aun así, fue una sonrisa tensa y comprobé que no me agradaba del todo la descripción, aunque fuese exacta.

Volví a los comentarios como si quisiera ver un tren que descarrilaba delante de mis ojos. Había mil veintitrés.

No se quedará con ella, siempre ha amado a Sienna.

Tío, Sienna está prometida a Tom Banks, ¿no lo sabías?

Prometida... ya. Solo es para promocionar su disco.

Sienna y Ethan están hechos el uno para el otro. Lo han estado siempre y siempre lo estarán.

No podía apartar la mirada. Salí de Twitter, entré en un navegador y mis dedos traicionaron mi intención de no meterme antes de que supiera lo que estaban haciendo.

Ethan Ash + Sienna Di Giorgio.

Solo tuve que escribir la «S» de Sienna para que me saliera el nombre entero. Lo pinché y esperé.

La pantalla se llenó de artículos, blogs y fotos en cuestión de segundos. Pinché con avidez en el primer blog. Era de un bloguero conocido que tenía una página bastante inofensiva, aunque también hacía comentarios malintencionados sobre famosos que había decidido odiar. Al parecer, odiaba a Sienna y adoraba a Ethan. Volví a sonreír y lo hice de una forma más natural. La foto que veía en la pantalla estaba sacada a plena luz del día. Evidentemente, estaban peleándose. Ella estaba llorando, pero seguía pareciendo una muñeca de porcelana, y Ethan estaba cabreado... y sexy.

Por un momento, me pregunté que estarían diciendo, por qué estaban

peleándose. Podía ver que Ethan estaba cansado, enfadado, desesperado y molesto. Podía imaginarme el tono de su voz mientras le pedía a ella que fuese razonable, pude oírlo como si lo tuviera delante de mí. Parecía agotado y yo quise entrar en la foto para aliviarle las preocupaciones. Era una fantasía ridícula y que tampoco entraba en nuestro trato.

Sentí un escalofrío en la espalda y me acordé de cuando me pasaba los labios por la espina dorsal, me daba un pequeño mordisco al llegar abajo y luego me lamía la marca de los dientes.

También había fotos nuevas de Ethan. Estaba saliendo del hotel con la cabeza baja y la gorra de béisbol tapándole los ojos. Aunque era una foto, podía ver su paso indolente y sentí las palpitations del deseo en las entrañas.

Pasé a un vídeo del concierto y empecé a verlo sin darme cuenta. Lo puse en pantalla grande, subí el volumen y me dejé caer en el respaldo de la butaca. Era del principio de un concierto. Él caminaba por el escenario y la multitud estaba desenfrenada. El ruido era ensordecedor. Ethan levantó las manos para saludar y quien estuviera grabando dirigió la cámara hacia la pantalla. Pude ver su sonrisa mientras levantaba la guitarra, se la colgaba y se giraba para hacerle un gesto con la cabeza a alguien que estaba fuera del escenario. Entonces, rasgó las cuerdas de la guitarra. Sonó con fuerza y el público vitoreó.

—¡Hola, Nueva York! —exclamó entre los alaridos del gentío—. Vamos a divertirnos un rato esta noche.

Empezó una canción, uno de sus primeros éxitos. Estaba hipnotizada y lo vi dos veces con el corazón acelerado y el cuerpo anhelante. Entonces, miré los tulipanes y sentí la impaciencia de que llegara esa noche.

—Me impresiona mucho que tu capacidad de concentración dure tanto. Tiene que ser muy buena en la cama.

Miré la pantalla con desesperación.

—¿Hay algún motivo para que me hagas una videollamada, Sienna? Aparte de mostrar un interés natural por mi vida sexual...

Ella se pasó el pelo por encima de un hombro, un gesto que me volvía loco. Pude imaginarme a qué olía, a flores y a vainilla. Era sabido que los

olores se adherían a los recuerdos y los desencadenaban cuando se presentaban.

—Ash, hemos pasado toda una vida juntos. ¿No puede importarme con quién estás ahora?

Me reí despectivamente.

—La verdad es que no.

Me desabotoné la camisa mirándola con un gesto burlón. Sabía en cierta medida lo jodido que estaba todo eso, y eso me decía que estaba jugando con fuego y que alguien iba a quemarse. Aunque no iba a ser yo ni iba a dejar que fuese Ally.

—¿Entonces...? —Sienna me miró lentamente el cuerpo y no se molestó en disimular la admiración—. ¿Es serio?

—No —yo sonreí, aunque algo parecido al dolor me atenazó por dentro—. Es diversión, nos lo pasamos muy bien.

—¿Qué significa eso?

Me incliné hacia delante hasta que ella solo pudo ver mi cara.

—Quiere decir que Ally y yo nos divertimos mucho y ya está.

Unas lágrimas brillaron en los ojos de Sienna y mi reacción fue inmediata: remordimiento.

¿Qué estaba haciendo? Yo no era así. No iba a presumir con mi ex de que estaba follándome a una mujer hermosa, ardiente, sexy y divertida. Lo que hizo Sienna no tenía perdón, pero eso no quería decir que yo tuviera que ser un gilipollas de tomo y lomo.

Además, restregarle por la cara mi vida sexual a Sienna no iba a proporcionarme ninguna satisfacción. Lo que estaba haciendo se trataba de Ally y de cómo hacía que me sintiera. Sienna era muy secundaria.

—Estás prometida —seguí lentamente—. Todo esto da igual.

—Es que... —Sienna se secó las lágrimas y le tembló el labio inferior—. Te echo de menos.

Joder... Esas palabras me alcanzaron en pleno pecho como unos pequeños misiles que me desgarraban de dentro a fuera.

—¿Me echas de menos? —repetí apartándome del teléfono para agarrar una camiseta limpia.

Era lo único que habría querido oír hacía tres meses y, sin embargo, esas

cuatro palabritas me crearon un malestar desmesurado.

Me puse la camiseta y volví a la cámara, me serví un whisky. Eran las dos de la tarde, pero me daba igual. En ese momento, necesitaba algo que me pusiera la cabeza en su sitio... o que me la descolocara. Necesitaba algo que me serenara.

—No puedes aparecer de repente, como caída del cielo, para decirme que me echas de menos.

—No te enfades conmigo...

—¿Enfadarme contigo? —la incredulidad hizo que pareciera divertido cuando no lo estaba, ni mucho menos—. ¿Estás de coña?

—Sentía mucha presión al final... La gira, el disco... Creo que es posible que...

Ella sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante. No supe si movió la cámara intencionadamente, pero pude ver que solo llevaba el sujetador y unas bragas de encaje. Me quedé sin respiración y desvié la mirada por el remordimiento y la sensación de estar traicionando a Ally.

—Descargué todo en ti. Fui una bruja.

Efectivamente, lo fue, pero, aun así, habíamos estado seis años juntos. Había pasado doce años con ella, seis como amante.

—Habíamos ido separándonos —comenté para intentar asumir mi parte de culpa—. Pasábamos mucho tiempo separados, el final era inevitable.

—¿De verdad...?

Fue una pregunta triste, dolida y abatida.

—Tú acabaste, tú acabaste con lo nuestro —vacíe la copa de whisky y le dejé con más estrépito del necesario—. Además, te prometiste con Tom.

—Fue un error —reconoció ella antes de sollozar.

Aquellos seis años que pasé ocupándome de Sienna, queriendo que fuese feliz, amándola como había que amarla, hicieron que me olvidara del daño que me había hecho.

—¿No podemos retroceder en el tiempo y arreglarlo, Ash?

Me sentí un poco como de la realeza cuando salí de mi oficina, pisé la bulliciosa calle de Manhattan al atardecer y vi un elegante coche negro

esperándome. Grayson estaba a su lado vestido con un traje oscuro. Le dirigí una sonrisa, pero bajé la mirada hacia la ventanilla oscura del coche. Sabía que Ethan estaba sentado detrás.

Como la última vez.

Se me alteró el pulso y noté que me dominaba la tensión sensual, como si fuese un coche muy potente que esperaba en un semáforo y que saltaría en cuanto se pusiese en verde.

Me acerqué despacio y me alegré de haber pasado por casa a la hora de la comida para ponerme algo distinto. Llevaba un vestido de punto negro que me llegaba hasta los tobillos y con las mangas hasta las muñecas. El escote era recatado, pero se me ceñía como una segunda piel.

Me encantaba ese vestido.

Un pequeño dato: había destruido toda la ropa después de haber roto con Jeremy. Toda, cualquier prenda que me hubiese visto puesta y, naturalmente, toda la que me había regalado o que hubiese llevado cuando me había acariciado, que era casi toda. No podía relacionar quién era con quién había sido y oía su voz cada vez que me ponía algo... o sentía sus manos.

Quizá hubiese sido la primera fase de mi exorcismo de ocho meses, el primer paso para lo que estaba viviendo, la forma de borrar definitivamente al hombre que había llegado a amar. Supongo que era ridículo, pero me gustaba la sensación de que ningún otro hombre me hubiese tocado con ese vestido puesto.

Me gustaba que fuese plenamente de Ethan.

Esa idea se acercaba peligrosamente a una infracción de las reglas y la dejé a un lado con una sonrisa de oreja a oreja, que se mantuvo firme cuando Grayson me abrió la puerta.

Entré y allí estaba Ethan, abrumándome con su presencia. Era lo único que necesitaba y lo único que podía notar, aunque él se limitaba a estar sentado mirándome.

—Hola.

Me tendió una mano y la tomé mientras entraba y me sentaba a su lado. ¿Tenía el ceño fruncido o eran imaginaciones mías? Tenían que ser imaginaciones porque me sonrió al cabo de un minuto y sentí un placer que me llegó hasta la punta de los dedos de los pies.

—¿Qué tal el día? —le pregunté.

Él se inclinó hacia delante y me rozó los labios con los suyos.

—Ahora, mejor.

—Tengo que aclarar algo contigo —murmuré en tono tajante.

—¿De verdad? ¿Qué?

—Las flores —levanté un dedo como si quisiera reñirle—. Las flores están expresamente prohibidas en las condiciones de nuestro contrato. Cláusula uno, artículo A.

—Ya... —él sonrió, me agarró el dedo y se lo llevó a los labios—. Me acuerdo, estoy revisando esa cláusula.

Me miró a los ojos, el corazón me dio un vuelco y me alegré de que Grayson se montara en ese preciso instante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Grayson por encima del hombro.

—¿Al hotel? —le susurré a Ethan al oído con una sonrisa de complicidad.

Él se rio, me rodeó con un brazo y me estrechó contra su costado.

—Al Belle Nuit —contestó Ethan.

Era uno de los restaurantes que estaban más de moda en Nueva York. Estaba junto al puente de Brooklyn y tenía una vista increíble del perfil de Manhattan.

—Ethan... —aquello era saltarse a la torera otra regla—. ¿Por qué no pedimos algo de comida para llevar y volvemos a tu hotel... o vamos a la cafetería de Benji?

—Porque ese sitio está bien —me contestó él con un brillo en los ojos.

—¿Bien? —yo puse los ojos en blanco—. Está mejor que eso.

—¿Has estado?

—No, pero es... el sitio.

—Efectivamente.

—¿Y no te parece que es violar más reglas? —insistí con una preocupación evidente.

—Ally, me marcho dentro de unos días. ¿De verdad te importa?

El corazón se me salió del pecho. Unos días. Era tan irreversible que me olvidé de todas las ridículas pegas. ¿Qué podía salir mal en solo unos días?

—Supongo que no.

Seguía desgarrada.

Me miró a los ojos y la temperatura se disparó. De repente, cada palabra y cada contacto eran el preludio de lo que se avecinaba y estaban cargados de anhelo. Había una tensión ardiente entre nosotros que estaba a punto de explotar.

El tráfico era excepcionalmente fluido y cruzamos enseguida el puente. Miré el agua, admiré la vista y pensé que era un sitio único en el mundo.

El restaurante era tan fabuloso como me lo había imaginado. Grayson aparcó justo delante, y aunque estaba decorado con discreción, la categoría se notaba a simple vista. Había dos hombres vestidos con esmoquin junto a la puerta. Uno abrió la puerta del restaurante mientras Grayson abría la del coche para que pudiéramos entrar sin tener que esperar ni un segundo. Había paparazi y supuse que los habría a casi todas las horas del día en un sitio como ese. ¿No era un despropósito ir allí?

—A mi madre va a darle un ataque —susurré mientras entrábamos y un camarero nos acompañaba a la mesa.

El sitio estaba de bote en bote y pude reconocer a dos locutores de televisión, a una actriz y a un director de cine con muy mala fama y su enésima esposa. Nos llevaron a un rincón con respaldos altos cerca del ventanal. Tenía la ventaja de ser un sitio discreto y de tener una vista incomparable de Manhattan.

—Es precioso.

Él asintió con la cabeza, pero estaba pensando en otra cosa, una vez más.

—¿Te importa? —me preguntó él al cabo de unos segundos.

Yo tardé un momento en acordarme de lo que había dicho y me encogí de hombros.

—La verdad es que no. Lo superará. ¿Qué importa una mancha más para mi nombre?

—Supongo que eso indica cuánto te quiere —replicó él con una sonrisa tensa.

No quería hablar de mi familia. Ellos también tenían sus cosas. Ya me ocuparía de ellos más tarde, cuando todo eso hubiese pasado y pudiera serenarme un poco.

—¿Adónde vas a ir luego?

Lo pregunté casi como si así fuese a insensibilizarme a su ausencia, como

si así fuese a conseguir que la realidad tuviera más peso.

—A Londres.

—¿Cuánto tiempo?

Mierda. Era la pregunta equivocada, hacía que pareciera anhelante.

—Un par de semanas.

Él se encogió de hombros y a mí se me encogieron las entrañas. No me gustaba nada la idea de que no estuviera conmigo durante un par de semanas. Afortunadamente, habíamos tenido la previsión de poner límites cuando los pusimos. Me imaginé que estaba más tiempo con él, otro mes, otros dos o tres, y que tenía que terminar después. Se me paró el pulso.

Había estado prometida a Jeremy, en teoría, pero sospechaba que me costaría un millón de veces más dejar a Ethan Ash, algo raro, porque había amado mucho a Jeremy...

¿Era solo sexo?

No lo sabía, pero sí sabía que era para bien. Iba a costarme, pero lo mejor era acabarlo en ese momento, antes de que nos encariñáramos demasiado, antes de que hiciésemos una estupidez, como enamorarnos.

El amor no podía traer nada bueno. Algún día, cuando conociera a alguien con quien creyera que podía sentar la cabeza, sería mi refugio, no mi tormenta.

Jeremy fue una tormenta y Ethan Ash era un ciclón...

Capítulo 13

Me dirigía hacia la casa que estaba reformando Ethan y no paraba de repetirme en la cabeza que se trataba de trabajo, que dejara de recordar cómo me había hecho el amor toda la noche... y quería decir toda la noche. Había conseguido dormir una hora o así.

Estuvimos hasta tarde en el restaurante y me sorprendió. Lo deseaba con todas mis ganas, pero me quedé hipnotizada al mirarlo mientras me hablaba con su voz ronca sobre su infancia, su familia y su vida. Me quedé hipnotizada por él.

Fuimos los últimos comensales en irnos del restaurante.

Bebí una copa de *prosecco* cuando llegamos y nada más, pero me sentía ebria cuando nos marchamos. No ebria, como colocada y muy contenta.

Empezamos a arrancarnos la ropa el uno al otro en cuanto pisamos su hotel... y volví a quedarme a dormir. Lo cual, completó el triplete de infracciones de las reglas. Sin embargo, quedaban tres días, tres días más para consumir esa droga que era Ethan Ash, y me daba igual. Incluso, me daba igual que ya hubiese otra foto de nosotros en todas las páginas de cotilleos de Internet o que un par de clientes me hubiesen escrito un correo electrónico para preguntarme por mi... relación con él.

Nada podía chafarme e iba a reunirme con Ethan para comentar su colección de arte. Además, estaba dispuesta a no hacer nada inapropiado durante esa reunión. El primer paso era demostrar que podía separar la vida laboral de la vida sexual.

Grayson estaba esperando delante de la casa y lo vi en cuanto paró el taxi.

—Hola —lo saludé mientras subía los escalones.

—Señorita Douglas...

—Llámame Ally, por favor.

Él asintió con la cabeza.

—El señor Ash está esperándola.

Bueno, eso era recíproco.

—Hoy hace frío, ¿eh?

—Sí —contestó él con una sonrisa tensa.

Me abrió la puerta y entré. Mis ganas de trabar amistad con Grayson se esfumaron inmediatamente y dejaron paso a unas ganas mucho mayores de ver a Ethan. Recorrí el pasillo hasta la sala.

¿Podía saberse qué...?

Había muebles, y eso estaba bien, estaba muy bien, era una gran aportación, pero también estaba Natasha, la arquitecta de interiores de Ethan, y le sonreía de oreja a oreja mientras él hablaba.

Yo estaba desvistiéndolo mentalmente, y desvistiéndome, ya me había olvidado de las buenas intenciones, y resultaba que había una tercera persona...

—Ah, Alicia. ¡Qué bien!

Se acercó a mí con aire autoritario, como si aquello fuese idea suya, como si fuese a reunirme con ella y la presencia de Ethan solo fuese una feliz coincidencia.

—Natasha...

Hice un gesto con la cabeza y acepté sus besos, que ni siquiera me rozaron las mejillas, mientras miraba a Ethan con los ojos entrecerrados. Él tenía una expresión de perplejidad.

—Te va a encantar todo lo que he hecho. Ven, echa una ojeada —me propuso ella.

Sofoqué la rabia. Ella era la interiorista y, evidentemente, tenía cierta sensación de ser la creadora. Su actitud no era soberbia, pero eso tampoco era lo que yo había esperado. Para empezar, había esperado estar sola con él y, para seguir, que fuese él quien me enseñara la casa, a ser posible, desnudo y con sus manos por todo mi cuerpo.

—Genial —dije yo entre dientes.

—Id yendo. Tengo que hacer algunas llamadas —intervino Ethan.

¿Tenía que hacer algunas llamadas? ¿Era eso verdad?

Natasha me enseñó toda la planta baja y era preciosa. Era artística, pero también había conseguido cierto ambiente hogareño. Los accesorios eran clásicos y de primera calidad. Podía imaginarme a Ethan viviendo allí, relajándose allí. Sentí una punzada por dentro ante la idea de que viviera allí todo el tiempo. Subimos al primer piso, donde había otra sala y un dormitorio de invitados. ¡Una cama! ¡Aleluya! Quizá empezara a pasar más tiempo allí, y no en el hotel. Estaría muy cerca de mí...

Sonó mi teléfono e interrumpí la visita.

—Perdona —saqué el teléfono del bolso y estaba a punto de rechazar la llamada cuando vi el nombre de Ethan en la pantalla—. Solo tardaré un minuto.

—Tranquila. Tengo que volver a medir las ventanas para las cortinas —replicó Natasha.

Salí al pasillo y contesté la llamada.

—Dígame... —dije, porque sabía que Natasha podría oír la conversación.

—Estás increíble.

Me alejé por el pasillo y bajé la voz.

—Gracias. No sabía que habías reunido a todo el equipo.

Su risa fue como caramelo derretido.

—¿Qué pasa? ¿No estás pasándotelo bien?

—Tenía pensado pasármelo bien de otra manera... —contesté con sinceridad.

—Pronto —él se rio—. Ya sabes, los prolegómenos...

—Tú sí estás pasándotelo bien.

—No tanto como voy a pasármelo contigo, te lo aseguro. ¿Has visto mi dormitorio?

Levanté la cabeza y miré al fondo del pasillo.

—No. Es lo siguiente.

—Cuando llegues, quiero que te imagines a ti misma desnuda en medio de la cama, con los brazos estirados y agarrada a los postes mientras te devuelvo el favor que me has hecho en el hotel. Quiero que mires esa cama y me imagines bajando por tu cuerpo hasta que no puedas ni hablar.

Se me aceleró la respiración y me puse roja. Oí un ruido, el chasquido de una tabla del suelo, y miré hacia las escaleras. Él estaba subiendo con el

teléfono pegado a la oreja.

—¿Crees que podrás hacer eso por mí? —murmuró Ethan mirándome a los ojos.

Noté que me derretía entre las piernas. Con Natasha o sin ella, quería abalanzarme sobre él y arrancarle la ropa.

Desconecté la llamada y guardé el teléfono en el bolso, y aproveché ese gesto para ocultarle la cara y los ojos.

—¿Le pasa algo, señorita Douglas?

Yo tenía los ojos muy abiertos e hice un esfuerzo para mirarlo.

—Nada —contesté con un fastidio evidente.

No estaba molesta con él, me molestaba no poder tenerlo. Sentía un deseo abrasador que no podía dominar y que estaba consumiéndome por dentro aunque había salido de su cama hacía unas horas.

—¿Estás segura...?

Él se acercó y me empujó contra la pared. Estábamos a unos metros del dormitorio de invitados, pero se puso a mi lado para impedir, en parte, que Natasha pudiera verme. Sus dedos fueron directamente al punto más sensible de mi anatomía a través de la tela de las bragas.

¿Había creído de verdad que la presencia de Natasha iba a detenerlo, que iba a evitar eso, lo inevitable? Me miraba a los ojos mientras trazaba círculos con los dedos. Tomé aire y él me puso un dedo en los labios.

—Shhh... —susurró con una sonrisa.

Yo no sabía si podría estar en silencio.

Yo no sabía si podría parar aquello.

Sí sabía que debería pararlo, que no era profesional y que tenía que pensar en mi reputación, pero también tenía un cuerpo que se moría por un chute y él estaba ofreciéndomelo en bandeja de plata.

—Córrete por mí, córrete sin hacer ruido.

Aceleró y contoneé las caderas para rogarle con el cuerpo que me hiciera el amor. Notaba que se acercaba el orgasmo y me clavé las uñas en las palmas de las manos para no gritar, pero el silencio hacía que la sensación fuese más intensa.

Estaba ardiendo, estaba haciéndome cenizas.

Notó cuándo iba a explotar y me mordió ligeramente el lóbulo de la oreja

mientras me susurraba.

—Eres perfecta...

No podía respirar. Oí los tacones de Natasha y me aparté de él, aunque me corría lava por las venas. Tomé aire y me di la vuelta hacia la ventana que había al final del pasillo para arreglarme un poco el pelo y serenar el cuerpo.

—¡Ethan! —exclamó Natasha—. Ven a ver los posibles tratamientos de las ventanas.

—Encantado.

Pude captar su sonrisa en la voz y pude ver su cara aunque no estaba mirándolo.

Tardé unos minutos en serenarme, en empezar a notar que era dueña de mí misma otra vez, y recorrí la casa. Los encontré en el dormitorio principal. Ethan me miró cuando entré y supe que había visto que yo dirigía los ojos hacia la cama... y que me ponía roja.

Los dos estábamos imaginándonos lo mismo.

Maldito fuese por saber tan bien cómo alterarme.

—¿Qué te parece? —le preguntó Natasha con inquietud—. He elegido el roble oscuro porque creo que es clásico y masculino sin ser pesado.

—Me parece perfecto —murmuré yo pensando en las obras de arte que había elegido para ese cuarto.

Me costó mucho decidir las obras que me parecía que encajaban con Ethan, las obras que quería que viera al despertarse cada mañana.

Mis ojos y los de Ethan se encontraron un instante y saltaron chispas.

—Me gusta la cama. Es enorme.

—Sí —reconoció Natasha—, y el colchón es de espuma adaptable, es comodísimo.

—Tumbese —me propuso Ethan con un brillo abrasador en los ojos—. Compruébelo usted misma.

—No se preocupe —repliqué yo en un tono algo cortante—. Ya he estado en muchos colchones.

—No como este —insistió él con delicadeza.

—Es el mejor del mercado —intervino Natasha, que no se daba cuenta de nuestro flirteo.

—Me alegro por usted —murmuré mirando a Ethan, que me guiñó un ojo.

Me bulló la sangre y tuve la sensación de que iba a convertirme en un charco si no salía de allí.

Saqué un folleto del bolso.

—Esta es la propuesta que les comenté —le di el folleto a Ethan—. Les dejaré para que la estudien y ya hablaremos la semana que viene, Natasha.

—Me parece muy bien.

Natasha se adelantó a Ethan y me quedé con las ganas de saber qué habría dicho él.

—Un trabajo fantástico —le felicité con una sonrisa deslumbrante—. Terminaré la visita otro día. Me ha encantado volver a veros.

—Lo mismo digo, Ally —Natasha le quitó el folleto a Ethan—. ¿Puedo...?

—Claro. Yo acompañaré a la señorita Douglas.

—Llámeme Alicia, por favor.

Salí contoneando las caderas y él me siguió por el pasillo y las escaleras hasta el recibidor. Agarré el picaporte de la puerta principal y sabía que debería decir algo, pero no sabía qué.

Me di la vuelta lentamente, pero el movimiento de Ethan no tuvo nada de lento. Me besó atrapándome contra la puerta. Su cuerpo era inamovible y su boca ávida, la intensidad del beso me tenía pegada a la puerta. Él cimbrecó las caderas y pude notar la erección. Me besaba mientras me tenía presa con sus caderas, su polla y todo su ser. No podía moverme, y tampoco quería. Quería hacer eso toda la vida.

—Iré a tu hotel cuando termine de trabajar.

—No estaré.

—¿Qué...?

—Tengo que hacer una cosa con mi representante.

Me pasó la lengua por el labio inferior y gemí.

—Espérame allí.

No me pareció una buena idea, pero él siguió antes de que yo pudiera decírselo.

—Cuando vuelva, pienso follarte hasta pierdas el sentido.

Me estremecí solo de pensarlo y acepté el reto.

—Yo no voy a ser menos...

No sabía qué estaba haciendo.

Ally se había marchado hacía una hora y por fin me había librado de Natasha. Estaba en el estudio de grabación que iba tomando forma poco a poco en el sótano y tenía que estar escribiendo, pero estaba pensando.

En Ally.

En Sienna.

En qué coño estaba haciendo.

Estaba pensando en que acababa de mentirle. No tenía que hacer nada con mi representante. Solo quería que probara de su propia medicina. ¿Por qué tenía que ser ella quien decidiera cuándo nos veíamos?

Estaba pensando que me marcharía de Estados Unidos dentro de unos días y que si nos ateníamos a las reglas que habíamos acordado, no volvería a ver a Ally jamás, que era una estupidez perder una tarde solo porque me jodían los límites que nos habíamos impuesto.

Estaba pensando que me espantaba la idea de que no volvería a verla cuando me marchara. En realidad, se me ponían los pelos de punta ante la idea de que no volvería a ver a Ally, y eso me jodía de verdad, porque Sienna y yo rompimos hacía tres meses y, hay que reconocerlo, no fue una ruptura muy limpia.

En justicia, no debería estar obsesionado por alguien tan reciente, ¿no? ¿No era una traición a Sienna y a lo que fuimos? Quizá, pero me parecía que no tenía mucho que decir al respecto.

Estaba furioso con Sienna. No, la odiaba, pero la había amado... o eso había creído.

¿Y Ally? ¿Dónde entraba ella en todo eso?

¿Cuándo había empezado a preocuparme más el sexo placentero y sin ataduras que la ruptura con la mujer que, en teoría, había sido el amor de mi vida?

No lo sabía. No sabía lo que sentía por Ally.

Sin embargo, sí sabía que la deseaba y que tres días más, tres noches más con ella no iban a ser suficientes. Sabía que deseaba que no hubiésemos hecho esas malditas reglas... y sabía que toda mi vida había infringido las reglas. Ya era hora de que lo recordara.

Eran más de las once cuando llegué al hotel. Era infantil, pero también me parecía como si fuese importante hacerla esperar un poco.

Cuando entré en la suite, todo lo que había pensado se me revolvió por dentro y se me quiso escapar de la cabeza.

Ally estaba tumbada en el sofá con una bata de seda muy provocativa y un libro en las manos. Mi libro.

—Pensé que quería saber de qué iba todo este jaleo —comentó con una sonrisa mientras levantaba *Los miserables* para que lo viera.

Yo me había preparado un discurso, un plan. Iba a seducirla y empezaría la conversación cuando estuviese debilitada por el deseo. Sin embargo, no pude contenerme.

—Volveré dentro de un mes —solté a bocajarro.

Ella se levantó de un salto y me miró a los ojos.

—¿Qué?

No gritó, pero la palabra rebotó por toda la habitación como si hubiese gritado.

—¿A Nueva York? —preguntó ella al cabo de un rato.

—No, al planeta tierra —contesté con sarcasmo—. Sí, a Nueva York.

Entré más en la suite y se me formó en la boca la frase que llevaba días rondándome por la cabeza.

—Me gustaría volver a verte.

Un miedo incontenible e inconfundible se le reflejó en la cara.

—¿Qué...?

—Me gustaría verte otra vez —me encogí de hombros—. Pasaré unas semanas en Londres, es posible que menos, y luego volveré aquí.

—¿Por qué?

Mis ojos no mentían y yo no iba a fingir ni un minuto más.

—Porque para entonces estaré echándote muchísimo de menos.

Ella se quedó petrificada, agarrada al libro como si fuese un salvavidas y con una tensión palpable. Se hizo el silencio entre nosotros.

—No.

Lo dijo con delicadeza, como si fuese una súplica, pero, aun así, con

firmeza.

Me había preparado para sus argumentos.

Me había preparado para sus dudas.

Sin embargo, no estaba preparado para la furia y la rabia que se reflejaban en su cara cuando se dio la vuelta y sus ojos se clavaron en mí y me atravesaron con un desprecio incandescente.

—¿Cómo te atreves?

No era lo que había esperado. ¿Había creído que se alegraría y se emocionaría? ¿Había creído que ella tenía la misma sensación de incredulidad que yo ante la cercanía de ese punto final tan arbitrario?

Tardé un momento en centrarme para responder.

—Me atrevo porque no quiero que esto termine. No estoy dispuesto — contesté con cierta rabia.

—¡Ah! ¡No estás dispuesto! —replicó ella con sarcasmo y dándose una palmada en la frente como si hubiese caído en la cuenta de algo—. ¡No estás dispuesto! ¿Cómo se me habría podido ocurrir que harías lo que tenías que hacer y te atenderías a nuestro trato?

—Venga... —gruñí en voz baja—. Sé razonable. Hicimos el trato cuando no nos conocíamos. ¿Estás intentando decirme que para ti no ha cambiado nada durante las dos últimas semanas?

Se quedó pálida y el brillo de rabia de sus ojos fue más ardiente todavía.

—¡Claro que han cambiado cosas! ¡No soy idiota! Pero no ha cambiado nada importante, sigo queriendo lo mismo.

—¿Que esto termine y que yo me marche?

—Sí.

—Entonces, si vuelvo a Nueva York, ¿de verdad que no quieres que te llame?

Ella frunció el ceño y se le formó esa arruguita entre las cejas. Quise acariciársela con un dedo, pero no lo hice.

—De verdad.

No pude contener una risotada, un sonido de incredulidad.

—No estoy dispuesto a alejarme de ti.

—No se trata de ti —replicó ella mirándome a los ojos antes de bajar la mirada.

—¿De qué se trata?

—Se trata de saber que tenemos que desprendernos de esto.

—¿Por qué? ¿No crees que hay algo en todo esto que merece la pena conservarlo?

Ella sollozó. Yo podía con casi todo, menos con las lágrimas. Sentía como si me hubiesen abierto el pecho y estuviesen arrancándome los órganos.

Esperé a que contestara, pero mi pregunta se interponía entre nosotros como un escollo enorme e imposible de sortear.

—Ally...

—Reconozco... —empezó a contestar ella con la voz temblorosa— que las cosas entre nosotros son como increíbles...

—¿Como increíbles? —le interrumpí, pasándome una mano por el pelo.

—Aun así, sigo sin querer tener una relación sentimental, no quiero tener novio, no quiero vivir con los riesgos que conlleva amar a alguien.

—Entonces, ¿vas a quedarte toda la vida sin pareja? ¿Vas a pasarte el resto de tu vida follando con distintos tíos y nada más?

La mera idea hacía que me bullera la sangre.

Ella miró hacia otro lado y el alma se me cayó a los pies. Era un gilipollas, quería intimidarla y regañarla para que siguiera conmigo, qué idea tan buena...

—No lo sé.

Lo dijo con un susurro lastimero y no pude evitarlo. Fui hasta ella de dos zancadas, le tomé la cara con las manos y se la levanté. La besé como si la supervivencia de la humanidad dependiera de ese beso.

—Yo sí lo sé, y lo sé por los dos.

Ella sacudió la cabeza y noté el sabor de sus lágrimas. Eso hizo que quisiera follarla más todavía. Era la única manera que teníamos de comunicarnos. Le arranqué la bata de seda y ella gimió en mi boca. Bajé los labios a su hombro y le pasé la lengua para paladear su piel antes de mordérsela con suavidad. Ella arqueó la espalda y, joder, la necesité como nunca.

Le bajé el sujetador, poco más que un retal de encaje, se lo quité y lo tiré con una mezcla de desprecio y admiración. Le tomé un pecho con la boca y dejó escapar un gemido primario de anhelo.

No podía hacer nada sin ella.

La levanté, me rodeó con las piernas y me introdujo las manos entre el pelo, me besó la mejilla, me besó la mandíbula, me pasaba las manos por cada centímetro cuadrado de piel... Yo anhelaba poseerla, pero esos prolegómenos eran como el cielo en la tierra.

La dejé caer en la cama sin delicadeza. Rebotó y me miró a los ojos sin disimular la furia, pero me dio igual.

Yo también estaba furioso. Estaba furioso con ella porque se aferraba a unas reglas ridículas que acordamos cuando casi no nos conocíamos. Sin embargo, su llanto.... Su llanto casi me rompió el corazón.

Creía que ella ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo, pero le pasé la lengua por la mejilla para lamerle una lágrima, para notar el sabor salado de su tristeza, y luego la besé.

Bajé la boca al pecho, se lo recorrí con la lengua y le agarré las caderas con las manos cuando la lengua llegó al clítoris para atormentarla como yo sabía que le gustaba. Tenía los dedos entre mi pelo y levantó las piernas. La agarré de los tobillos para mantenerla así hasta que se deshiciera en mil pedazos... y se deshizo. Gritó cuando la oleada del orgasmo se adueñaba de ella y actué. Me quité los vaqueros, saqué un condón de la mesilla y me lo puse con las manos temblorosas.

La miré y supe que tenía que tirar el dado. Jugué de la única manera que se me ocurrió porque estaba metido hasta dentro.

Capítulo 14

—Te amo.

Esas palabras me cayeron encima mientras entraba en mí y me poseía por completo. Rechacé las palabras a la vez que lo recibía con placer, estaba alterada, temerosa y percibía muy bien todas las palpitations del anhelo.

Me agarró las manos, entrelazó los dedos con los míos a los lados de mi cabeza y me miró fijamente.

Volvió a acometer con más fuerza y lo repitió.

—Te amo.

Bajó la cabeza y me besó mientras lo decía. Las palabras resonaron por todo mi cuerpo como dos bombas que explotaban al compás de su posesión, mientras me elevaba a la cima del deseo aunque yo quisiera gritar y quitármelo de encima, aunque estuviera aterrada y rechazara ese sentimiento.

—¡No!

Sollocé y él se paró como si yo rechazara el sexo, y no, lo que quería era su sexo.

—No digas eso.

—Te amo —insistió Ethan en tono retador y mirándome fijamente a los ojos.

Algo me vibró por dentro. ¿Era esperanza, placer o alivio? Sin embargo, negué con la cabeza.

—Esto no es amor.

—Lo es para mí —reiteró él mientras acometía otra vez.

Yo no debería ser capaz de hacer nada en medio de aquello y, sin embargo, cada vez me elevaba más, tenía el cuerpo tan sensible que hasta el aire hacía que me estremeciera, notaba que me acariciaba el cuerpo. Arqueé la espalda

para levantar las caderas y él volvió a moverse dentro de mí.

—Te amo.

No me resistí, no rechacé esas palabras, dejé que me envolvieran el corazón y, por un momento, fingí que eran lo que estaba buscando, solo por un momento.

Corrernos juntos era una pasión animal y, aun así, también tenía una parte sentimental. Me apretó las manos mientras nos corríamos, me besó y supe lo que estaba pensando aunque no lo dijera. Me amaba.

Esas palabras que llenaban de felicidad a muchas personas, a mí me llenaban de miedo. El pasado y el uso que les dieron las habían manchado. Ethan decía que me amaba y yo oía a Jeremy, me acordaba al instante del desastre que eso había supuesto.

Estaba debajo de Ethan, sentía su peso, su cuerpo hermoso, cálido, fuerte y granítico. Sentía su fuerza y su calidez y deseé que se me transmitiera un poco porque iba a tener que ser fuerte.

—Perdona.

Lo dije en un tono frío y cortante. Él seguía dentro de mí, pero, de repente, necesitaba distancia y la necesitaba en ese instante.

Lo único que podía pensar, mientras sus palabras flotaban en el aire como balines engañosos, era que era un gilipollas, que por qué tenía que hacer eso. ¡Yo no estaba allí por el amor ni era lo que buscaba!

Me solté las manos y no dijo nada. Le empujé el pecho, me lo quité de encima y me incorporé, todo en un solo movimiento. Estaba temblando de deseo y de rabia. Mi bata estaba desgarrada y agarré una de sus camisas. Olía a él y sentí una opresión en el pecho por la certeza de que, muy pronto, eso sería lo único que me quedaría de él.

—¿Qué haces? —me preguntó Ethan mientras me ponía los vaqueros sin haberme puesto las bragas antes.

Me las guardé en el bolsillo trasero y me arreglé el pelo con las manos.

—¿Tú qué crees? —le pregunté yo en el mismo tono gélido.

—Escucha... —él lo dijo en un tono conciliador mientras se levantaba—. No salgas corriendo.

—¿De verdad te parece que estoy saliendo corriendo? —le pregunté mirándolo con rabia.

—Sí.

—Pues no —repliqué yo mientras iba a la sala y recogía el bolso.

Estaba impresionada por lo mucho que se parecía ese momento a la primera mañana, cuando me despedí de él, cuando creí que sería la despedida definitiva.

Me metí el bolso debajo del brazo, pero su aparición me detuvo al instante.

—Me largo.

—Alicia...

Me di la vuelta y vi que se había puesto unos vaqueros que le colgaban de las caderas. Pude ver la protuberancia de sus huesos y sus músculos y se me secó la boca.

Había besado hasta el último rincón de su cuerpo y no volvería a tocarlo.

—No —le pedí con la voz temblorosa—. No vuelvas a decirlo. Si es lo que sientes de verdad, por favor, respeta que yo no quiera oírlo.

—Tú también me amas —afirmó él acercándose a mí con su paso indolente.

—¡No!

Lo negué con toda la fuerza que pude, que no era mucha porque, en el fondo de mi corazón, sabía que lo que había dicho era verdad.

—Sí —insistió él antes de besarme con delicadeza.

Noté que sonreía mientras me besaba y le di un pisotón con furia.

—No.

Él apartó la boca con sorpresa, pero sus ojos tenían un brillo burlón cuando se encontraron con los míos.

—¿Qué coño...?

Sin embargo, volvió a besarme y me estrechó con fuerza contra él.

—Me amas y me doy cuenta de que todavía no puedes verlo o decirlo, pero creo que lo sientes y no voy a dejar todo esto.

Hice un ruido, como si estuviese hiperventilando.

—Tampoco voy a atosigarte, solo voy a seguir en tu vida hasta que lo tengas claro.

El corazón me daba saltos, pero no le hice caso.

—¿Por qué? —pregunté con mucho recelo.

—Porque esto es especial. Ya sé que te han hecho daño y que te acojona confiar en alguien, pero yo no soy Jeremy y te amo.

—Él...

—No te amaba —murmuró Ethan—. Ningún hombre que ame de verdad a una mujer haría algo así.

Se encogió de hombros y esa verdad tan sencilla apareció ante mí.

Tenía sentido.

Jeremy no me amó nunca.

Era muy sencillo y liberador, aunque el batiburrillo que estaba sintiendo en ese momento no tenía nada de sencillo.

Estaba muy enfadada con Jeremy y con Ethan, estaba enfadada conmigo misma por haber dejado que llegara tan lejos.

—Tengo que irme.

—Alicia, no huyas de esto —me pidió en tono sombrío.

Fui precipitadamente hasta la puerta y la abrí. No sabía qué sentía ni qué quería, solo sabía que tenía que alejarme de Ethan antes de que empezara a llorar.

—Tengo que marcharme —hice un esfuerzo para mirarlo a los ojos—. Lo siento.

No paré de darle vueltas a la cabeza y no dormí. Ally me había abandonado después de que hubiese puesto toda la carne en el asador. Ally me había abandonado después de que hubiese hecho lo imposible para que se diera cuenta de por qué debería quedarse.

Estaba en cada rincón de esa habitación de hotel. La cama olía a ella, a mí, a los dos, y estaba arrugada donde habíamos estado tumbados. Ella había usado las toallas. Habíamos hecho el amor sobre todas y cada una de las superficies de esa maldita habitación de hotel.

Fui de un lado a otro mientras los minutos pasaban a duras penas. Me sentía en el entierro de nuestra relación y no sabía si arrancarme el pelo o... Me tapé los ojos con las manos, parpadeé y miré por el ventanal mientras el sol salía como una yema de huevo que se extendía por una sartén. Miré a Nueva York y me imaginé que no estaba allí, que estaba en Londres otra vez.

Intenté recordar mi vida antes de Ally y no pude. Sabía que tenía que hacer muchas cosas al año siguiente, pero, de repente, me pareció que todo carecía de sentido.

¿Estaría pensando en mí? ¿Me echaría de menos?

Llamaron a la puerta poco antes de las seis y el alivio se extendió por todo mi cuerpo. Hice un esfuerzo para dominarlo, sonreí y me preparé para abrazar a Ally y para hacer lo que hiciese falta para conservarla en mi vida.

La sonrisa se esfumó. No era Ally.

Estaba desolada, dolida y sola.

Miré al techo y el tictac del reloj era como una marcha fúnebre. Era un sonido que antes me parecía hipnótico y tranquilizador, pero que en ese momento hacía que quisiera taladrarme los oídos.

¿No sería mi estado de ánimo general?

Todo me parecía muy sencillo hacía dos semanas, todo tenía sentido. Follábamos y nos divertíamos. Los dos sabíamos lo que nos jugábamos si nos enamorábamos y los dos sabíamos por qué no podíamos enamorarnos.

Aun así, nos enamoramos.

Sin embargo, el amor me aterraba y amar a Ethan me aterraba mucho más. No era un hombre normal, alguien en quien pudiera confiar para que me cuidara el corazón y lo mantuviera a salvo con el suyo. Era una estrella de rock, una celebridad, y el mundo lo adoraba.

Estaría temiendo todo el tiempo que otra mujer me lo robara, sería mucho peor incluso que con Jeremy.

Me resigné a no dormir. Estaba agotada, pero no tendría el alivio de los sueños. Todavía llevaba puesta la misma ropa que el día anterior. Su camisa era suave. La olí y derramé más lágrimas. Sollocé en la oscuridad de mi cuarto. Aparté un poco las contraventanas y miré Nueva York. Una farola proyectaba un cono de luz perfecto sobre la calle.

Me quité la camisa con impaciencia y me puse una mía sin preocuparme por el sujetador. Era una blusa negra con cuentas grises cosidas en la pechera. Me pasé el pelo por encima de un hombro.

Él se marcharía dentro de un par de días y mi ciudad sería solo mía. Ya no

tendría que preocuparme por si me lo encontraba, se habría marchado a Londres.

Hasta que volviera a Nueva York y yo me enterara a través de Twitter o de los periódicos.

Cerré los ojos por la angustia que no me dejaba casi respirar.

No podía perderlo. No podía.

Quizá eso solo fuese abrirle la puerta al dolor. Quizá me hiciera daño un día y sería diez mil veces peor que con Jeremy porque lo que sentía por Ethan era muy distinto, era muy puro y poderoso, pero tampoco podía darle la espalda a lo que teníamos solo porque podría terminar algún día. Sería como no ir al colegio porque era posible que algún día perdieras el empleo de tus sueños.

¿Cómo era eso que decían sobre el amor y la pérdida? Era preferible haber amado y haberlo perdido que no haber amado nunca.

Tomé las llaves de la mesilla de noche. Saqué del bolso la tarjeta para abrir la puerta de la habitación del hotel y la tarjeta de crédito, salí de puntillas de mi cuarto y me miré en el espejo. Me alegré de haberlo hecho porque tenía dos chorretones que me bajaban por las mejillas.

Entré en el cuarto de baño y me enjaboné las mejillas para lavarme cualquier rastro del día anterior, menos lo que quería conservar.

Sus besos.

Sus caricias.

Sus palabras.

«Te amo».

Sonreí al espejo, me lavé los dientes, me cepillé el pelo y salí del apartamento sin hacer ruido para no despertar a Cassie y Eliza.

Tomé un taxi, pero me bajé a más de una manzana del hotel. Me bajé para comprar burritos y café de desayuno. Su amor por la comida frita fue una constante durante nuestra breve y deslumbrante relación. Además, no pensaba salir de su cama en un futuro inmediato y me parecía prudente estar bien alimentada.

La espera era demoledora y miré al camarero con el ceño fruncido hasta que me puso la comida en una bolsa de papel marrón y me dio los vasos de café en una bandeja de cartón reciclado.

—Gracias —farfullé mientras pasaba la tarjeta de crédito por la máquina.

Luego, me dirigí hacia el Gramercy con la cabeza agachada. No dejaba de imaginarme lo que él diría.

¿Cómo podía transmitirle que estaba dispuesta a jugármelo todo, hasta el corazón, aunque sabía lo que era la desolación? ¿Cómo podía pedirle perdón porque la noche anterior lo defraudé cuando él estaba en la cuerda floja?

Mantuve la cabeza agachada hasta que llegué al hotel y un flash casi me dejó ciega. Mejoraré, aprenderé a convivir con los paparazi y con las otras mujeres que deseaban a Ethan Te Amo Ash... porque, efectivamente, él me amaba.

Se necesitaba tener mucha fe para creerse eso, pero yo ya la tenía por él y por mí misma, por los dos. Porque eso era lo que me pedía el corazón.

Pulsé el botón del ascensor con impaciencia y di la espalda a dos mujeres que me miraban con curiosidad desde el extremo opuesto del vestíbulo. Sin embargo, noté el calor en las mejillas. Evidentemente, sabían quién era y, seguramente, podían imaginarse a dónde iba.

¿Y qué?

Se abrió la puerta del ascensor, entré y pasé la tarjeta de Ethan por el panel. Subió deprisa y con suavidad, como mi corazón, que me latía acelerado. Miré al frente para intentar parecer tranquila, cuando estaba hecha un lío.

A lo mejor estaba enfadado...

A lo mejor le había hecho mucho daño...

Entonces, lo arreglaría, le diría que estaba asustada y él lo entendería porque me amaba. Me aferré a eso como a un talismán mientras llegaba a la puerta. Levanté la mano para llamar, pero hubo algo que me detuvo. Sonreí al imaginármelo desnudo y dormido en la cama. Pensé en la mejor manera de despertarlo, en la forma más... elocuente de disculparme.

Saqué la tarjeta del bolsillo trasero, la metí en la ranura y abrí la puerta con los vasos de café y la bolsa de burritos en la otra mano. Fui muy silenciosa porque no quería despertarlo antes de tiempo.

Sin embargo, no tenía por qué haberme preocupado. Estaba despierto, estaba sentado a la mesa donde hicimos el amor la noche que nos conocimos... y no estaba solo.

La reconocí al instante. Ese pelo negro y lustroso como un ópalo le caía por unos hombros increíblemente esbeltos; esa cara sin el más mínimo maquillaje y que, aun así, era digna de la portada del *Vogue*; la camiseta de tirantes que no le cubría casi los diminutos pechos, y, evidentemente, no llevaba sujetador... No era solo Sienna Di Giorgio quien me miraba fijamente, eran todos mis miedos, todo lo que me había angustiado.

No supe quién estaba más estupefacto. Si Ethan, Sienna o yo.

El recuerdo de Jeremy y Fiona se adueñaba de mí, era lo mismo, pero mucho peor. Era la tercera en discordia otra vez, la intrusa, la destrozahogares... Los miré y estaban hechos el uno para el otro, eran la pareja perfecta, eran dos celebridades perfectas.

—Ally...

Ethan se levantó bruscamente y tiró un vaso de agua. Me pareció que caía a cámara lenta hasta que derramó todo el líquido por la mesa. Estaba completamente vestido. Tenía buen aspecto y mal aspecto, parecía como si no hubiese pegado ojo en toda la noche.

Los celos me dominaban por dentro. No, no me dominaban, eso parecía algo delicado y gradual. Los celos explotaron como una bomba nuclear que arrasó todas mis terminaciones nerviosas.

—Espera un segundo.

Nos sorprendió a todos por la firmeza de la orden. Lo miré fijamente, la miré fijamente, y luego, al cabo de unos segundos que me parecieron minutos, sacudí la cabeza como si quisiera despertarme.

—Yo...

Volví a mirarlo fijamente. Estaba rodeando la mesa y me alcanzaría si no actuaba con rapidez. Me tocaría.

Tragué saliva y volví a sacudir la cabeza mirándolo a los ojos. Fue una súplica silenciosa, pero él la oyó con toda claridad. Dejó de moverse y yo dejé la tarjeta en un lado de la mesa.

—Solo quería devolverte esto.

No podía mirarlo. Me di la vuelta y salí tan apresuradamente que me golpeé el codo y me derramé el café por encima. Solté un improperio entre dientes, pero no me paré. Aceleré cuando estuve cerca del ascensor y tiré el café y la bolsa con comida en una papelera de aluminio. Pulsé el botón, pero

la puerta no se abrió y Ethan estaba detrás de mí. Lo noté antes de que viera su reflejo deformado en la puerta metálica del ascensor.

—No me toques.

—Ally, parecía algo espantoso y ha sido en el peor momento posible, pero no era lo que crees.

Cerré los ojos y apoyé la frente recalentada en el ascensor.

—¿Qué creo? —susurré.

Se abrieron las puertas y entré dándole las gracias a Dios. Él me siguió.

—Bájate —le ordené con rabia y mirando al frente.

—No.

Ethan pulsó el botón de la planta baja.

—Ethan... —supliqué con un susurro—. Déjame en paz.

—¿Por qué has vuelto?

Las lágrimas me escocían en los ojos. Todas las esperanzas que había albergado hacía unos minutos me señalaban con el dedo y se reían de mí. El ascensor empezó a bajar, pero me parecía muy lento, tenía que salir de allí para respirar.

Fue muy rápido y dio un manotazo al botón de parada de emergencia. Puso las manos a mis costados y me atrapó con su maravilloso cuerpo.

—Vuelve a poner el ascensor en marcha —le ordené mirándolo a los ojos.

—No lo haré hasta que me escuches —replicó él en un tono emocionado—. Sienna llegó media hora antes que tú. Ha venido para hablar, nada más.

Sacudí la cabeza. Las emociones, las sensaciones, los pensamientos, las dudas y los miedos bullían dentro de mí. No sabía qué decir ni cómo decirlo, pero tenía que decir algo. Él me miraba fijamente y el silencio vibraba entre nosotros con una tensión creciente.

—¿Quiere volver contigo? —susurré.

Él no contestó inmediatamente, y el corazón se me rajó y se me heló la sangre. Era lo mismo que con Jeremy; las mentiras, la incertidumbre...

—Yo no quiero.

Puse los ojos en blanco. Era la confirmación que necesitaba. ¿Sería culpa mía? ¿Tenía algún gen que me llevaba a buscar cabrones que no estaban libres?

—Sin embargo, ella está aquí por eso.

Le puse una mano en el pecho y me arrepentí al instante, en cuanto noté los latidos acelerados de su corazón, como si estuviese hablándome.

—No me mientas —añadí.

—Sí —reconoció él mirándome a los ojos.

Tomé aire, pero no me llegó a los pulmones.

—¿Sabes cuántas veces he pensado en Sienna desde que te conocí? Puede decirse que ninguna. He estado pensando en ti incluso cuando he hablado con ella.

—¿Has hablado con ella?

Sentí una oleada gélida y abrasadora a la vez. Era la misma historia que se repetía y no podía soportarlo. Al menos, tuvo la vergüenza de parecer arrepentido.

—Me ha llamado un par de veces.

—¡Claro! —sacudí la cabeza con rabia—. Te lo dije desde el principio, no voy a meterme en medio. ¡No pienso!

—Le he dicho que se ha acabado. Se ha acabado entre ella y yo.

Me dio un beso en la cabeza y la sacudí con un rechazo visceral de esa intimidad.

—Tienes que creerme.

—No puedo.

Quería creerlo, lo quería con toda mi alma.

—Te recuerdo que soy tu tratamiento perfecto para Sienna —añadí.

Él se quedó desconcertado un segundo, como si no se acordara de que había dicho eso, hasta que...

—Eso fue un comentario ridículo y puedes tirarlo a la papelera.

—¿Como cuando me dijiste que me amabas? —pregunté yo con el corazón retumbándome en el pecho.

Entonces, se oyó una voz impersonal.

—El ascensor se pondrá en funcionamiento dentro de quince segundos. Seguridad confirmada.

—Dios...

Me tomó las mejillas entre las manos y me sujetó como hacía muchas veces, como si intentara abrir una línea de confianza entre nosotros.

—Esto no cambia nada.

El corazón se me vendaba él solo para no rajarse más.

—¿Acaso no entiendes lo que era esto para mí? —lo miré con toda la sinceridad que pude—. Estoy aterrada por lo que siento hacia ti y, aun así, vine. Decidí confiar en ti y ha sido una de las decisiones más complicadas que he tomado en mi vida.

—Yo no soy Jeremy —replicó él con delicadeza—. La mayoría de los hombres no lo son. Durante seis años, no se me pasó por la cabeza engañar a Sienna, y puedo asegurarte que tuve muchas ocasiones. Yo no soy así.

Cerré los ojos con todas mis fuerzas por lo que había dicho y por la tentación de creerlo. En el fondo, lo creía, y expulsarlo de mi vida no tenía el más mínimo sentido.

—El problema es que Jeremy no solo engañó a su esposa y me engañó a mí. Hizo que me lo replanteara todo, hizo que me replanteara lo que pienso y lo que siento hasta el punto que ahora mismo no sé si estoy entendiéndote mal a ti o a mí misma.

—Lo sé. Lo entiendo. Te pedí que confiaras en mí y confiaste, hasta que me encontraste con mi ex en mi habitación del hotel. Eso sería un trago para cualquier mujer, y más si ha pasado lo que tú has pasado.

Su comprensión debería apaciguarme, pero no lo hizo.

—No me acuerdo de cómo se confía en alguien. Creí que podría... Vine aquí... No sé qué esperaba cuando vine, no era lo acertado.

—Sin embargo, sí quisiste darle una oportunidad...

Negué con la cabeza y luego asentí. Entonces, el ascensor se puso en marcha y tomé aire.

—Intentémoslo, por favor —siguió él.

—No —breve y tajante—. No —lo repetí más alto y le empujé el pecho—. Ethan, puedo quemarme una vez, pero solo una.

Se abrieron las puertas del ascensor y había un equipo de operarios. Salí y me di la vuelta cuando creí que iba a seguirme.

—No.

Levanté una mano mirándolo fijamente y retrocedí unos pasos de espaldas para cerciorarme de que no me seguía.

No me siguió, pero tampoco me quitó los ojos de encima. Los noté clavados en mí y supe que era la última vez.

Capítulo 15

Los días siguieron a los días y a la noche otra vez, pero tenía fuerzas para presenciarlo. Notaba la rotación de la tierra alrededor del sol, pero estaba agotada. Me dolía ver que Eliza y Cassie se preocupaban por mí, otra vez. Veía la preocupación grabada en sus caras e intentaba sonreír, pero se me había olvidado cómo se hacía. Estaba aprendiendo la lección más dolorosa.

A la mierda las buenas intenciones.

No podía inmunizarme contra algunas cosas y ese amor devastador parecía ser una de ellas. Había sido una necia al creer que podría dominarlo y darme cuenta de ese error me hacía un daño espantoso.

¿Se habría acostado con ella?

Descarté la idea inmediatamente, claro que no se había acostado con ella. Ethan no era Jeremy y no haría algo así... o sí.

Ese era el problema. Como le dije hacía una semana, cuando discutimos, me había olvidado de cómo se hacía para confiar en alguien, y en eso entraban los instintos. No sabía si creía que era bueno porque quería o porque debería. Ya no podía ver con claridad. Jeremy me había arrebatado esa capacidad.

No eludía a Ethan porque creyera que era un sinvergüenza, lo eludía porque creía que me llevaría a un dolor inimaginable. Sabía que no tenía suficiente fuerza como para soportar el declive de lo nuestro. Ya estaba matándome y solo habíamos dormido juntos durante dos semanas... ¿Qué pasaría si reconocía cuánto lo amaba? ¿Qué pasaría si dejara que entrara en mi vida? ¿Qué pasaría después de seis meses... dos años... cinco años... dos hijos? ¿Qué pasaría si terminaba entonces?

Veía el porvenir, veía esos dos caminos ante mí, como pasó la primera noche, y los dos llevaban al dolor y a la pérdida de la esperanza... a no ser

que me quedara donde estaba y fingiera que me alegraba de que hubiésemos terminado.

Miré las imágenes en la pantalla y me incorporé. La casa de Ethan, la propuesta ya estaba terminada. Le había preparado dos alternativas, pero sabía cuál iba a elegir. Había elegido obras que reflejaban su esencia. Estaba segura de eso.

Sin embargo, por cobardía, no iba a presentárselas yo. Podía hacerlo Natasha. No podía volver a verlo, no podía verlo en esa casa que ya me encantaba, no podía verlo ahí e imaginármelo viviendo en esa casa, a solo unas manzanas de mí. No podía.

—Tú cita de las cuatro está aquí.

La voz de Lesley me llegó por el interfono y transmitía una alegría que era diametralmente opuesta a mi estado de ánimo.

—Muy bien —dije entre dientes.

Miré el calendario para ver qué cita tenía. No vi ninguna anotación, pero me levanté sin disimular mi perplejidad.

La puerta se abrió y apareció él.

Ethan Obsesión De Mis Sueños Ash, sexy, despeinado, para comérselo de bueno que estaba, me miraba como si fuese una bomba que podía explotar.

No tuve tiempo de reponerme. Entró, cerró la puerta y se acercó tanto a mí que pude notar su calidez y oler su adrenalina... y quise besarle de los pies a la cabeza.

Retrocedí al darme cuenta. No era una mujer así, tenía cerebro y tenía un criterio para tomar decisiones, e iba a utilizar las dos cosas.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta me salió precipitadamente, pero me alegré del tono desafiante y cabreado, cuando la verdad era que estaba a punto de derretirme.

—No has contestado ni mis llamadas ni mis mensajes de texto, ¿qué podía hacer?

Lo miré con rabia, sobre todo, por el efecto que tenía su acento en mí, porque todo mi cuerpo se sensibilizaba, porque se me encogía el estómago y porque la cabeza se me quedaba en blanco.

—Podías captar la indirecta —contesté yo apartándome más para que la distancia me diese cierta cordura—. Podías dejarme en paz.

—No.

Me miró a los ojos y me sentí como si me hubiese estrellado contra un muro de ladrillos. Su firmeza era inflexible.

—¿No? —repetí yo en un tono sarcástico, aunque el corazón estaba despedazándose por dentro.

—No.

Se cruzó los brazos sobre el musculoso pecho. Llevaba una cazadora de cuero encima de una camiseta gris y unos vaqueros desteñidos. Los llevaba caídos y sabía que si le levantaba un centímetro la camiseta, le vería el hueso de la cadera. Recordé haberle pasado la lengua por el filo de ese hueso, pero no estaba bien recordar algo tan personal y retrocedí otro paso, tragando saliva.

—Teníamos un trato —siguió él esbozando una sonrisa burlona.

—Ni se te ocurra reírte de mí.

—No estoy riéndome, te lo aseguro —replicó él pasándose una mano por el pelo y mirándose pensativamente.

—¿Entonces? —se me quedó el aire en la garganta y me atraganté—. ¿Qué haces aquí?

—He venido para negociar otro trato.

Me pareció peligroso y entrecerré los ojos con el corazón acelerado.

—¿Porque el anterior fue todo un éxito?

—Sí, la verdad es que creo que lo fue.

Resoplé con desprecio. Sí, resoplé delante de Ethan Dios Del Sexo Ash. Por todos los santos, me pareció que no podía caer más bajo.

—Fue un fracaso estrepitoso.

—¿Por qué? ¿Porque superamos las expectativas? —él arqueó una ceja—. Yo quería follar contigo y en vez de eso me he enamorado. ¿No te parece encomiable?

—¿Encomiable? —repetí boquiabierta—. Ethan, por favor, esto no es una redacción del colegio.

—Ya, claro... creo que la dirección del colegio tendría que decir un par de cosas al respecto.

Él volvió a sonreír y yo volví a tener la sensación de que estaba riéndose de mí. Me puse muy recta y lo miré con un gesto que esperé que transmitiera

desagrado.

—Quiero que te marches. Esto empieza a parecerse a un acoso y...

—No me marcharé hasta que hayas oído lo que he venido a decir.

Ya no estaba bromeando. Su expresión se había endurecido y sus ojos me retaron a que le llevara la contraria.

No lo hice, pero me preparé mentalmente para lo inevitable. Me alejaría de él, trazaría límites nuevos, saldría corriendo todo lo deprisa que pudiera.

Él pánico se adueñó de mí.

—Muy bien. Di lo que tengas que decir y déjame en paz.

Seguía cabreada. Se había esfumado cualquier esperanza de que se hubiese aplacado durante la semana que había pasado. Desapareció todo lo que tenía pensado decirle, los argumentos que había pensado presentarle, la broma que había pensado hacer sobre el huerto de melocotoneros que iba a plantar en mi casa... La miré fijamente y me sentí perdido. Estaba perdido en el mar de lo que éramos y de lo que podíamos ser, y todo lo que yo era dependía de cómo lo hiciera.

—Te asusta que me ames tanto y lo entiendo.

Ella dejó escapar un sonido de burla y de incredulidad a la vez.

—¡Eres muy arrogante! Te recuerdo que fui yo quien te dejó. Aun así, ¿has venido a decirme que estoy enamorada de ti?

—Efectivamente.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Dime que no lo estás —le desafié yo—. Dime que no me amas y me marcharé en este instante. Si eso es lo que quieres, dilo y saldré por esa puerta.

Le brillaban los ojos y todo su cuerpo irradiaba obstinación. Contuve el aliento sin darme cuenta, pero me relajé enseguida porque, efectivamente, me amaba y no era una mentirosa.

—Fueron dos semanas.

Lo dijo con rabia, como si esa duración tuviese alguna importancia.

—¿Y?

—¡No me conoces casi!

Me enardecí y quise zarandearla. No, mejor dicho, quise besarla y follarla. Quise levantarle el vestido hasta la cintura, empujarla hasta la mesa y hacer lo único que podía hacer para demostrarle lo perfectos que éramos.

—¿Crees que no te conozco?

Ella no me miró a los ojos y yo acepté el reto. Me acerqué hasta que estuvimos muy cerca.

—Sé que te encanta salir a correr de una manera que nunca entenderé, pero intentaremos llegar a un acuerdo; sé que te encanta Neil deGrasse Tyson; sé que bebes gintonic, que vives con Cassie y Eliza y que las consideras tus hermanas.

Capté su atención, aunque solo fuera porque me acercaba un poco más con cada frase y ya no nos separaba casi ninguna distancia.

—Sé que tus padres son conservadores y que no quieres decepcionarlos; sé que sientes por el arte lo mismo que yo siento por la música; sé que eres brillante, inteligente y respetada, y tan excepcional como cualquiera de mis obras favoritas del impresionismo.

Tomó aire y me fijé en sus labios separados, que dejaban ver sus dientes blancos y su boca cálida. Sin embargo, todavía no podía desviarme de mi argumento.

—Sé que siempre te comes la hamburguesa antes de tocar las patatas, que nunca las comes a la vez y también sé que te gusta tomar café por la mañana antes que nada, incluso antes de que yo te haya hablado; sé que verte comer un melocotón es la cosa más sexy del mundo; sé que cantas en la ducha y que, siento decirlo, cantas muy mal, que no darías la nota adecuada ni aunque se te apareciera en la cabeza.

—No entiendo que quieras insultarme en este momento —me interrumpió ella en un tono combativo.

Me miró con rabia y levanté una mano para calmarla.

—Sé que, a pesar de eso, oírte cantar es una de las cosas que me hacen el hombre más feliz del mundo.

Ella cerró los ojos con fuerza y capté la angustia en su cara.

—Los tulipanes amarillos son tus flores preferidas y te encanta Nueva York. Sé que las primeras palabras que te dirigí fueron una maldita canción pop y me acuerdo de todo lo relacionado contigo de aquella noche, de lo que

llevabas puesto y de lo que hablamos, porque fue la noche que me cambió la vida.

Ella dejó escapar un sonido gutural de pena... o de aceptación. Yo me lo tomé como un estímulo.

—Sé que eres hogareña y voy a pedirte que renuncies a eso para estar conmigo, porque voy a querer que estés conmigo todo el rato.

Ella frunció el ceño y yo seguí apresuradamente.

—Sin embargo, haré lo que sea para que estés contenta, por ejemplo, reduciré mis compromisos.

Ella abrió los ojos por la sorpresa.

—Sé absolutamente todo sobre tu cuerpo; tus manchas de nacimiento, tus pecas y cómo tengo que acariciarte para que te vuelvas loca. Sé que te han hecho daño y que te da un miedo atroz lo que sientes por mí.

Ella bajó la mirada al suelo y me cabréé por lo que le había hecho aquel cabrón. Sin embargo, no lo negó y hundió los hombros como si aceptara todo lo que estaba diciendo. Empecé a respirar otra vez y hablé en voz más baja, como si estuviese domando un caballo receloso.

—Sé que te preocupa que esté despechado y que una mañana vaya a despertarme y a darme cuenta de que sigo enamorado de mi ex. Yo sé que no lo estoy, y lo sé porque sé todo sobre ti y quiero saber más todavía; lo sé porque he estado dormido toda mi vida hasta que te he conocido. Te amo, te amo como en todas esas canciones que se han escrito sobre el amor. Te amo para casarme contigo, tener hijos y estar contigo para siempre.

No podía interpretar su cara, no sabía qué estaba pensando. Solo sabía que le había hecho daño y tenía que arreglarlo, tenía que conseguir que entendiera que yo no era Jeremy y que Sienna no era ningún problema.

Tenía miedo otra vez, miedo de que me rechazara y de que esto no diera más de sí. No podía pasarme la vida obligándola a que aceptara lo que éramos, si no lo quería, tenía que dejarla en paz.

El futuro me parecía inconcebible sin Ally no podía plantearme que iba a fracasar.

Volví a intentarlo a la desesperada y me incliné hasta que mis labios casi rozaron los de ella.

—Escribo canciones de amor, pero no puedo encontrar la manera acertada

de decir esto, de hacer esto. No hay ni metáforas ni comparaciones que hagan justicia a lo que siento por ti. Tú le das significado a todas mis canciones.

Ella seguía mirándome sin expresar nada y entrelacé los dedos con los de ella.

—Pasé seis años con Sienna y no llegué a conocerla como te conozco a ti. Da igual el tiempo, da igual todo menos cómo nos sentimos. Sé que lo hemos encontrado. El trato de verdad, lo que esperas y lo que esperabas tener la suerte de encontrar. Te amo.

Sollozó, sacudió la cabeza y me miró con un brillo acusador en los ojos.

—¿Cómo te atreves?

No era lo que yo esperaba y sentí cierto pánico, hasta que se puso de puntillas y me besó en la boca con una rabia incontenible.

—¿Cómo te atreves a venir aquí y a ser tan perfecto cuando solo quiero olvidarme de ti?

—No te olvides de mí...

—No puedo.

—Porque me amas.

Yo lo sabía, pero necesitaba, como no había necesitado nada en la vida, que ella me lo dijera.

Me empujó el pecho y creí que iba a gritarme o a alejarse de mí, pero me agarró y me empujó contra la pared mientras me besaba tirando de la cazadora. Me reí en su boca.

Eso era lo que quería, quería follarla, pero era otra manera de eludir el asunto, no tenía sentido esconderlo detrás del sexo, ya sabíamos que daba resultado.

La aparté con los brazos estirados.

—Me amas, ¿verdad?

—Sí, te amo.

Parecía tan rabiosa que no pude contener la risa.

—Muy bien, demuéstalo.

Se acercó para besarme, pero sacudí la cabeza.

—No —mi mirada era inflexible, pero todo mi cuerpo se quejaba a gritos por mis honrosas intenciones—. Antes, cenaremos y saldremos juntos.

—No quiero salir contigo —replicó con una incredulidad que entendí

perfectamente.

—Ya, pero vamos a hacerlo —me incliné y la besé levemente—. No voy a darte ningún motivo para que dudes de lo que significas para mí. Es nuestro nuevo trato. ¿Lo aceptas?

Me miró fijamente, con los ojos como platos, los labios separados y la respiración acelerada. Podía ver la palpitación en la base del cuello y quise olvidarme de las buenas intenciones y pasarle los dientes por ese punto.

Se acercó y restregó las caderas contra mí. Estuve seguro de que había notado la polla dura como una piedra a través de la tela de la ropa.

Me moría de ganas de arrastrarla hasta mi cama, pero si jugaba bien mis bazas, tendría el resto de mi vida para hacer eso. En ese momento, teníamos que firmar el trato, tenía que cerciorarme de que sabía cuánto la amaba y cuánto me amaba ella a mí para que empezara a olvidarse del gilipollas de Jeremy y empezara a verse a sí misma como la veía yo.

Valiente, lista, cariñosa, buena, única en su especie.

—Trato hecho —susurró ella—, pero no creas que voy a ponértelo fácil.

Me relajé. Le sonreí y ella me sonrió, nos entendíamos el uno al otro. El amor era una ruleta, pero también lo era la vida y mi vida tenía un significado nuevo porque había encontrado, inesperada e incuestionablemente, el amor para siempre.